

PRIMER AÑO DE COLEGIOS NACIONALES

HISTORIA DE ROMA

POR

ISAAC R. PEARSON

Miembro del Profesorado de Ciencias y Letras de los
Colegios Nacionales de la Capital

CON SUJECIÓN Estricta AL PROGRAMA
OFICIAL DE LA MATERIA

EDICIONES

FERRARI Hnos. - Bne Mtre 2734-48
BUENOS AIRES

HISTORIA DE ROMA

PRIMER AÑO DE COLEGIOS NACIONALES

HISTORIA DE ROMA

POR

ISAAC R. PEARSON

*Miembro del Profesorado de Ciencias y Letras de los
Colegios Nacionales de la Capital*

CON SUJECIÓN ESTRICTA AL PROGRAMA
OFICIAL DE LA MATERIA

EDITORES:

FERRARI Hnos. - Bmó. Mitre 2734-48
BUENOS AIRES

HISTORIA DE ROMA

1

FRANCIS H. REARSON

Traducción de la obra de Francis H. Reardon, "The History of Rome", por el Dr. J. M. de la Cruz.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Publicada en la Colección de Historia de la Universidad de México, D. F.

Editorial de la Universidad de México, D. F.
Calle de la Universidad, s/n, México, D. F.
1950

PROGRAMA OFICIAL

I

TIEMPOS PRIMITIVOS

Italia. Descripción geográfica. Situación. Divisiones de Italia. El suelo, el clima, las costas, etc. Primitivos habitantes.

Principales pueblos. Los etruscos y su civilización. Los latinos. Fundación de Roma. Leyendas.

Epoca monárquica. Tradiciones sobre los reyes.

Organización social. La familia. La *gens*. Patricios, plebeyos, clientes: su situación respectiva.

Religión. Religión pública y privada. Los grandes dioses y los héroes. Dioses familiares. El culto. Los sacrificios. Sacerdotes. Los presagios. El ejército. Su organización. La legión. El armamento y el orden de batalla. La disciplina. El triunfo. Fundación de colonias militares.

II

LA REPUBLICA

Organización política de Roma en esta época. El consulado. La dictadura. El senado. Las asambleas.

Aspiraciones de los plebeyos. La lucha por la igualdad. La adquisición de derechos.

a) Los tribunos: sus derechos y prerrogativas.

b) La igualdad ante la Ley. Ley de las Doce Tablas.

c) Igualdad social, política y religiosa. Triunfo de los plebeyos. Consecuencias.

d) La sociedad romana al terminar la lucha de los dos órdenes.

III

ÉPOCA DE LAS CONQUISTAS

Conquistas en Italia anteriores a las guerras púnicas. La tradición.

a) Conquista del Lacio.

b) Guerra con los etruscos. Toma de Veies; el estipendio militar.

c) Guerra con los galos, con los samnitas y con los griegos del Sur. Pirro. Roma al terminar la conquista de Italia.

Guerras púnicas.

a) Origen de Cartago. Su posición en el Mediterráneo. Carácter de Cartago. Organización política. Extensión del dominio cartaginés. Fuerzas respectivas de Roma y de Cartago.

b) Causas lejanas y causas próximas de las guerras púnicas.

c) Primera guerra. Batalla de Míkenas. Los romanos en África. Combates en Sicilia. Triunfo de los romanos. Fin de la primera guerra. El tratado de paz.

Resultado de la primera guerra.

d) Roma y Cartago durante la tregua. Extensión de las conquistas de Roma. Los cartagineses en España. Amílcar.

e) Segunda guerra. Aníbal. Antecedentes biográficos. Aníbal en España. Causas de la segunda guerra. Expedición de Aníbal a Italia. Dificultades de la empresa. Paso de los Alpes. Combates en el Norte de Italia: sus resultados. Actitud de los romanos. Fabio Constator. Batalla de Cannas: su importancia. La estrategia de Aníbal. Situación de los romanos después de Cannas. Movimientos de Aníbal. Aníbal en el Sur de Italia: estado de sus fuerzas.

La actitud de Cartago.

f) Escipión en África. Zama. Fin de la segunda guerra. Sumisión de Cartago. Últimos años de Aníbal. Juicio sobre Aníbal y sus hechos.

g) Tercera guerra púnica. Destrucción de Cartago. Consecuencias de las guerras púnicas.

h) Extensión de las conquistas romanas en Oriente. Conquistas de Macedonia, Grecia y Siria. Consecuencias. El helenismo en Roma. Extensión del poder de Roma al terminar las guerras.

Organización de los países conquistados.

IV

DECADENCIA DE LA REPÚBLICA

Estado social y político de la República al advenimiento de los Gracos.

a) La sociedad romana. La nobleza de nacimiento y por los honores. Los caballeros. La plebe. Los esclavos. Su situación respectiva.

b) La vida privada. La familia. Situación de la mujer. El matrimonio.

c) La vida política. Los magistrados. Cónsules, censores, pretores, ediles. El senado. Los comicios. La cámara de los honores.

d) Transformación de las costumbres en Roma. Influencia de Grecia y Oriente. Catón el antiguo: sus leyes.

e) Transformación social. Destrucción de la clase media: sus resultados. Manumisiones de esclavos.

f) Corrupción política. Decadencia de las instituciones republicanas. (Comicios, senado).

g) El desorden en el interior. Las provincias y su administra-

Dictadura de César. Reformas y proyectos de César. La conjuración de César. Juicio sobre César y sus hechos.

Octavio en Roma. Segundo Triunvirato.

Las proscripciones. Guerra contra los asesinos de César. Filipo. Antonio en Oriente.

Ruptura entre Octavio y Antonio. Batalla de Accio: sus consecuencias.

VII

EL IMPERIO

Causa de su establecimiento. Augusto: antecedentes biográficos. La absorción de los cargos republicanos. Títulos honoríficos concedidos al emperador.

Régimen imperial.

a) Atribuciones del emperador. El Consejo privado. Principales miembros. Mecenas.

b) Atribuciones del Senado.

c) Creación de nuevas instituciones (guardia pretoriana, prefectura de viveres, etc.).

d) Prosperidad económica del Imperio.

El Fisco y el Erario.

e) La administración de las provincias. Reformas y mejoras. La paz romana.

f) El imperio en el exterior. Estado de la Germania en la época de Augusto. Guerras con los bárbaros.

g) Últimos años de Augusto. Muerte del emperador. La apoteosis. Juicio sobre Augusto y su obra.

Reseña de los emperadores de la familia de Augusto: sus condiciones respectivas y hechos más salientes.

Los Flavios: su acción en el interior y exterior del Imperio.

Los Antoninos. Menció n de los emperadores más notables de esta familia.

Adriano: sus reformas políticas y administrativas.

Estado del Imperio en la época de los Antoninos.

Decadencia del Imperio. La anarquía militar.

Reorganización del Imperio. Diocleciano. Constantino. Fundación de Constantinopla.

Organización de la monarquía imperial. Sucesores de Constantino. Teodosio. La división del Imperio y su duración respectiva.

Resumen de la cultura bajo el Imperio.

a) Cultura artística. Los monumentos. El Foro. El Capitolio. Templos, arcos de triunfo, columnas, teatros y circos.

El Coliseo. Termas y acueductos.

Caracteres generales del arte romano.

b) Desarrollo de las letras.

La literatura a fines de la República.

Oratoria: Cicerón. Poesía: Lucrecio. Historia: Salustio, César.

Carácter e importancia de sus obras respectivas.

Las letras en la época de Augusto. Los grandes poetas: Horacio, Virgilio, Ovidio. Naturaleza y valor de sus obras. Sus relaciones con la literatura griega.

La historia. Tito Livio. La jurisprudencia.

La cultura entre la época de Augusto y la de los Antoninos.

a) La literatura. Lucano. Marcial.

b) Filosofía. Séneca. Epícteto. Marco Aurelio.

c) La jurisprudencia. Papiniano. Ulpiano, etc.

Las costumbres bajo el Imperio. La sociedad romana. La vida social en Roma. Los espectáculos. El anfiteatro.

Constantino y el cristianismo.

Reseña de la evolución del cristianismo en los primeros siglos.

a) Situación moral del pueblo hebreo y del romano al advenimiento del cristianismo.

La doctrina cristiana.

Los apóstoles, los Evangelios.

c) La iglesia primitiva. Los cristianos en Roma. Los cristianos y los emperadores. Las persecuciones: sus causas. Los mártires.

d) Progresos del cristianismo. Constantino.

Reconocimiento oficial del cristianismo bajo Constantino. El Edicto de Milán. Concilio de Nicea.

Organización de la Iglesia cristiana.

CAPITULO I

TIEMPOS PRIMITIVOS

Italia. — Tiene este nombre la región del globo en que se desenvolvió la civilización latina, en un proceso largo, accidentado y trascendental que llena muchas páginas de la historia humana.

Como Italia fué durante mucho tiempo Roma y Roma recogió la herencia de Grecia incorporándose su civilización, en la que luego puso su espíritu propio; y como de la civilización romana es reflejo y prologación la civilización moderna en que nosotros vivimos, este período de la historia reviste un especial interés.

Descripción geográfica. — Italia es una angosta y larga península rodeada por tres mares, el Adriático, el Jónico y el Tirreno, y cuya extremidad se aproxima al Africa, lo que le permite dominar a un tiempo las dos cuencas, la oriental y la occidental, del mar Mediterráneo.

Rodéanla por el norte los Alpes, en un semicírculo de altas montañas cubiertas de nieve en todo tiempo. Dentro de este semicírculo, hállase una fértil llanura que riega un caudaloso río llamado el Po.

El aspecto geográfico de Italia, contemplado en el mapa, es el de una pierna humana con su pie y talón.

Una ramificación de los Alpes denominada los Apeninos recorre los contornos de esta pierna en una extensión de 1.600 kilómetros, con 1.000 metros de altura media, dividiéndose en el extremo sur para formar el pie y el talón.

Entre los Apeninos y el mar surgen extensiones llanas, dos de ellas abiertas sobre el Mediterráneo y regadas por el Arno y el Tiber.

Por la parte del Adriático, hay fajas estrechas de tierra regadas por torrentes.

Por el lado del mar Tirreno, los espacios llanos son amplios, como los de Etruria, Lacio y Campania.

Fué en las costas del mar Tirreno, cuyo nombre evoca el recuerdo de los gloriosos navíos con que Atenas afianzó su esplendor, donde se inició el desarrollo histórico de Italia.

Situación. — Italia está situada en el mediodía de Europa, entre Grecia y España; y corta el Mediterráneo por en medio.

Esta privilegiada situación explica que la dominación romana pudiera extenderse a todo el mundo, como se extendió.

Divisiones de Italia. — Divídese Italia en diversas regiones, con características propias que diseñaremos.

Está la Italia llamada continental, cuyo territorio abarca la llanura del Po, entre los Alpes y los Apeninos: región muy fértil que, al ser invadida y ocupada por los galos, tomó el nombre de Galia Cisalpina.

Está la Italia peninsular, que es el rectángulo que atraviesan los Apeninos formando la parte baja de la bota geográfica que trazan los mapas. Esta región fué la Italia de los antiguos, siendo aquí donde tuvo iniciación y desarrollo el proceso de que fué coronación grandiosa la formación del imperio romano.

La parte del extremo la forman Calabria y Lucania, regiones muy accidentadas y que son dos puntas. Una de éstas júntase con Sicilia en el estrecho de Mesina y la otra avanza en dirección de Grecia.

Entre las dos puntas se extiende el golfo de Tarento, lugar de arribada de los griegos que poblaron esta parte de Italia, distinta bajo diversos aspectos de las otras dos.

El suelo. — El suelo de Italia fué y sigue siendo pródigo en dones para quienes lo habitan y cultivan.

En la época que vamos a estudiar producía ese suelo, con facilidad y abundancia, el trigo, la vid y los olivos.

El clima. — El clima es benigno y agradable.

Se ha dicho de Italia que, como Grecia, es el país del sol.

Pero es todavía mejor que el de Grecia el clima de Italia, porque las lluvias son más regulares y copiosas y porque el invierno italiano, aunque riguroso, es más corto que el griego.

Las costas. — Casi podría decirse que Italia es pura costa, bañado como está su territorio por tres mares.

Una buena parte de estas costas, era en los tiempos antiguos flajelada por la fiebre malaria o palúdica, lo que empujaba las poblaciones hacia adentro, como sucedió con Roma.

Primitivos habitantes. — Con precisión, no puede asegurarse quiénes fueron los primeros pobladores de Italia. La tradición a este respecto, es confusa; y consigna pronunciamientos que se contradicen.

Lo que parece indudable, es que las costas de Italia, hacia el año 1500 a. J. C., fueron exploradas por los fenicios de Sidón y hacia el 1200 por los de Tiro, quienes establecieron en esos lugares factorías o colonias. Tras de los fenicios aparecieron los etruscos, de la misma familia racial, según se cree. Hacia el año 1000 los griegos ocuparon el extremo sur de Italia, al que llamaron Magna Grecia.

Los fenicios, hacia el siglo VIII a. J. C., habían ocupado también Sicilia, Córcega, Cerdeña y las costas de España. Producida la declinación de los fenicios en su acción expansional, substituyéronlos en todas estas zonas los griegos que se habían establecido en Cartago.

Entre los años 700 y 550, los galos invadieron la llanura del Po, fundando a Milán. Empujando luego ellos a los etruscos hacia el centro de Italia, delinearon con sus posesiones lo que tomó el nombre de "Galia Cisalpina".

Principales pueblos. — De las indicaciones sucesivas que acabamos de enumerar, surgieron conglomerados sociales estables.

Entre ellos se destacaron los etruscos, los latinos y los griegos.

Los etruscos, con su espíritu comercial y de navegación, y con su religión y cultura; los latinos, con sus cos-

tumbres guerreras y agrícolas; y los griegos, con sus gustos artísticos y su filosofía, fueron el elemento básico de la futura dominación de Roma en el globo.

Los etruscos y su civilización. — Según Herodoto, los etruscos fueron originarios de la Lidia. Los autores modernos les atribuyen origen griego, egipcio o fenicio, no faltando quienes suponen que fueron producto amalgamado de todos esos pueblos. No hay riesgo de equivocación, afirmando que los etruscos pertenecieron a la raza pelásgica.

Formaron los etruscos un vasto imperio que abarcó la región comprendida entre los Alpes, el Rubicón, el Tiber y el mar Tirreno. Tuvieron hasta doce ciudades confederadas, bien que conservando cada una su monarquía propia hereditaria y su jurisdicción independiente de gobierno para lo interior.

La influencia griega aparece de manera clara en las instituciones etruscas, que dieron invariablemente primacía a las clases aristocráticas, aunque facilitando tierra con amplitud a las clases pobres para que la trabajasen.

Fueron los etruscos los que desmontaron y sanearon las llanuras pantanosas de la Toscana actual, como también los que impulsaron el desarrollo en ellas de la agricultura con grandes obras de canalización.

Tan diestros en la navegación como los fenicios, fueron competidores de éstos en el mar Tirreno y en el Mediterráneo Occidental y consiguieron hacer prevalecer en ellos su comercio. Pero este dominio sólo les duró hasta el florecimiento de Cartago, ciudad que, cuando a su vez lo obtuvo, hizo retroceder a los etruscos a su campo propio primitivo, juntamente con los umbríos y samnitas que debieron establecerse en las orillas del Adriático.

Los etruscos, que habían subyugado a los latinos, perdieron también esta situación con el crecimiento de Cartago; y los latinos quedaron en libertad al sur del Tiber.

Las vasijas, utensilios y joyas que se han hallado en la Toscana, unidos a documentos fehacientes y a múltiples indicios, atestiguan que los etruscos alcanzaron una

civilización bastante avanzada. Eran hábiles y eran tenaces.

Trabajaron con mucho acierto, además de la tierra, el hierro, el cobre y el bronce; y se acreditaron como buenos constructores de fortificaciones, rodeando de éstas a todas sus ciudades y dotándolas, para los desagües, de alcantarillas abovedadas.

Rindieron culto los etruscos a divinidades exclusivamente terroríficas. Temieron, como los asiriocaldeos, a los espíritus maléficos e idearon, para aplacarlos, bárbaros sacrificios humanos. Los combates de gladiadores de los romanos, parecen haber sido imitación modificada de la llamada "primavera sagrada" etrusca, en que, elegidas las víctimas que debían ofrendarse al dios que se suponía irritado, combatían entre sí salvándose los vencedores y siendo inmolados los vencidos.

Por lo que se ha encontrado, no concibieron los etruscos ninguna deidad expresiva de lo apacible o de lo grato. Todos sus símbolos divinales fueron horrorizantes. Así Tuculcha, dios al que personificaban en un monstruo con pico de águila que tenía la mano llena de serpientes.

Creiendo que las almas de los muertos podían causar daño a los seres vivientes, destinaron los etruscos un esfuerzo constante al embellecimiento de las cámaras sepulcrales. Eran éstas muy amplias, con huecos laterales para el depósito de los cadáveres; y pinturas, en las paredes, de cascos, hachas, espadas y dardos. Si bien no llegaron en estas obras a la suntuosidad de los egipcios, resulta obvio, de todo lo encontrado, que se preocuparon en grado sumo de la muerte y el destino que aguarda a lo espiritual de la criatura humana, una vez que se apaga en ella el hálito vital.

Existió un arte etrusco y tiene su importancia, particularmente en lo referente al decorado en cerámica. En lo demás, saltan a los ojos, en toda la producción etrusca, las influencias del Oriente.

En arquitectura, siguieron los etruscos el estilo dórico coronando sus columnas con el arco y la bóveda.

En la escritura, no puede decirse sino que parece

haberse derivado la etrusca de la fenicia y de la griega, porque continúa todavía indescifrable en gran parte.

Roma pudo absorber a Etruria, como la absorbió; pero no pudo substraerse al influjo de sus costumbres y de sus leyes, que las veremos sobreviviendo a la entidad política que las creó.

Los latinos. — Tomaron el nombre de latinos, los habitantes de la región de Italia comprendida entre los Apeninos, la Campania, el Tiber y el mar, llamada el Lacio.

Fueron un conglomerado compuesto de ecuos, volscos, albanos y sabinos.

Divididos en pequeños Estados independientes que llegaron a ser alrededor de 30, formaron con el tiempo una Confederación cuya capital fué Albalonga. Esta Confederación deliberaba anualmente sobre los asuntos de interés común, reuniéndose sus representantes en el monte Albano.

Las obligaciones de los confederados eran muy pocas y muchos los derechos que se les conferían.

Frecuentes querellas interrumpieron la armonía de estos pueblos o Estados; pero los vínculos de solidaridad entre ellos, respecto de lo exterior, se mantuvieron; facilitando la acción de Roma, cuando se propuso reducir todos esos elementos dispersos a la unidad política.

Fundación de Roma. — Roma fué fundada el 21 de abril del año 753 a. J. C., por dos hermanos descendientes de reyes que se llamaban Rómulo y Remo.

Eligióse para la fundación un lugar que tenía 7 colinas agrupadas, cualquiera de las cuales podía servir de acrópolis, cosa juzgada entonces necesaria para las ciudades.

Esas colinas eran las que se llamaron del Capitolio, el Quirinal, el Esquilino, el Viminal, el monte Celio, el Arentino y el Campo de Marte.

La ceremonia de la fundación de Roma consistió en un hoyo que se hizo, después de haber encendido una hoguera en sacrificio a los dioses. En el hoyo se arrojó tierra que los presentes llevaban del lugar de donde pro-

cedían, construyéndose encima un altar en honor de los antepasados y de los dioses de la nueva ciudad.

Finalmente el fundador, vestido de sacerdote y con la cabeza velada, trazó la zanja que señalaba el recinto, con un arado de bronce arrastrado por una ternera y un toro blancos.

Resultó de este trazado un recinto de 1.800 metros de contorno, para el que señaláronse cuatro puertas.

Para la elección del lugar tuvo presente que se hallase bastante cerca del mar (25 kilómetros) para recibir por el Tiber los productos extranjeros y bastante lejos para que no fuese presa fácil de los piratas .

Leyendas. — La historia mézclase de tal manera con la leyenda en lo referente a los antecedentes de los fundadores de Roma, a la suerte de uno de ellos y al período que subsiguió de inmediato a la fundación, que no se puede precisar donde termina lo real y comprobado y donde comienza lo imaginativo.

En esta situación, la prudencia aconseja englobar todo en las leyendas, como lo vamos a hacer.

Rómulo y Remo. — Nietos del rey de Albalonga Numitor, un hermano de éste que lo había destronado y que se llamaba Amulio, dió orden de que fuesen arrojados al Tiber en un cesto, para que se ahogasen. Rómulo y Remo, que eran mellizos, no fueron tragados por el mar; el cual, por el contrario, depositólos en la orilla. Alimentados allí por una loba en los primeros días, descubriólos un pastor que los llevó a su choza, donde crecieron hasta hacerse hombres. Los dos eran de hercúlea fuerza y, probándola a ésta con unos pastores vecinos, surgió una gresca en la cual los pastores salieron maltrechos. El patrón de éstos, a quien le fué llevada la queja, quiso conocer a los dos jóvenes que habían dado tan extraordinaria prueba de vigor y, no bien los vió, reconoció en sus fisonomías los rasgos de una hija suya que lloraba muerta. Aquel patrón de pastores era Numitor, el rey destronado; y los dos jóvenes Rómulo y Remo, sus nietos. Los nietos de Numitor juraron vengar la traición de Amulio para con su abuelo y, mezclándose con el pueblo y haciéndose reconocer en su seno como príncipes,

lo levantaron contra el usurpador del trono de su abuelo hasta derribarle y volver a sentar en él a Numitor.

Muerte de Remo. — En el momento de la fundación de Roma, luego de trazar Rómulo su recinto con el arado, pronunció de conformidad a lo que se acostumbraba, las más terribles maldiciones contra los que se atrevieran a franquearlo sin autorización. Remo no tomó a lo serio esta fórmula y saltó el foso, no dice la leyenda si por espíritu de desobediencia o de broma. El hecho es que inmediatamente Rómulo le dió muerte, afianzando de esa suerte su autoridad, que sería omnimoda, sobre la ciudad que acababa de fundar.

Las Sabinas. — Para poblar su ciudad, Rómulo abrióla a toda especie de hombres, sin averiguar sus antecedentes ni su procedencia. Como entre los que llegaron los había muy malos, formados en el robo y aun en el crimen, las tribus contiguas establecieron cordones de aislamiento con respecto a los habitantes de Roma, negándose al trato con ellos.

Esto creaba un inconveniente, porque en Roma faltaban mujeres y sus pobladores eran, en su casi totalidad, aventureros sin familia.

Rómulo organizó entonces grandes fiestas, invitando a ellas a los pueblos vecinos. De ellos, concurrieron los sabinos en compañía de sus mujeres. A una señal de Rómulo, los romanos se precipitaron sobre los invitados y les robaron las compañeras.

Este episodio suscitó una guerra bastante larga, que no frustró, empero, el propósito del fundador de Roma, de cuya población ulterior fueron fundamento las sabinas.

En el curso de esta guerra se produjo un suceso que dió el nombre y su histórica significación a la roca Tarpeya, situada en una de las Siete Colinas, la denominada del Capitolio. Guardaba la mencionada roca un valeroso jefe llamado Tarpeyo, cuya hija lo traicionó seducida por el apego a las alhajas; y dió acceso a los sabinos. Tarpeyo murió defendiendo la roca, que al fin fué tomada; y la hija autora de la traición, murió también a manos de los vencedores, que de esa manera le pagaron a la incau-

ta joven el servicio que les prestara. Cuando el dominio de los romanos se restableció en el lugar, destináronlo para dar muerte a los traidores precipitándolos desde su cumbre y lo denominaron roca Tarpeya.

Muerte de Rómulo. — Sobre la muerte del fundador de Roma, hay dos relatos:

En uno preséntasele como descuartizado por los principales jefes del pueblo, quienes llevando escondidos sus restos debajo de las capas, viéronle, maravillados, subir a lo alto en el carro del dios de la guerra.

El otro relato dice que se celebraba en Roma una revista militar y estalló, de improviso, una tempestad. En la confusión que ésta produjo entre la muchedumbre, nadie atinó a darse cuenta de lo que había sido de Rómulo, el cual desapareció, al decir de la leyenda, envuelto en una nube.

Epoca monárquica. — Rómulo había adoptado para el gobierno de Roma, la forma monárquica. Esa monarquía era por vida y limitada, pues tenía el rey que conciliar su autoridad con la del Senado, compuesto primero de 100, después de 200 y, finalmente de 300 miembros, escogidos entre los jefes de las primitivas familias; y con la de una Asamblea que se compuso primero exclusivamente de patricios no senadores y después de patricios y sus "clientes".

La monarquía constituida por Rómulo duró 205 años, o sea: desde el 715, en que desapareció el fundador de Roma, hasta el 510.

Tradiciones sobre los Reyes. — Los reyes que se sucedieron durante este período de tiempo fueron seis y se llamaron: Numa Pompilio, Tulio Hostilio, Anco Marcio, Tarquino el Antiguo, Servio Tulio y Tarquino el Soberbio.

Van a continuación los datos que respecto de cada uno de ellos han llegado hasta nosotros, transmitidos por la tradición y recogidos por el historiador Tito Livio.

Numa Pompilio. — Sabino de origen, habíase destacado por su versación en los libros y en las ciencias.

Decíase inspirado por una ninfa a la que daba la denominación de Egeria. Fué el sucesor inmediato de Rómulo y se dedicó con preferencia a la organización y la reglamentación del culto, entregando al Senado las funciones políticas. Agregó a los dioses locales divinidades griegas y entremezcló las costumbres latinas con las helénicas. Edificó un templo en el Capitolio al estilo griego; introdujo en el culto pontífices y flámines, y feciales y arúspices etruscos; y dió gran incremento al culto familiar de los antepasados. Pertenece, además, al período de Numa Pompilio, la reforma que hizo Roma del calendario.

Tulio Hostilio. — Era romano y fué un rey guerrero que hizo la conquista de Alba, la ciudad de donde procedieron los fundadores de Roma. Esta guerra se prolongó mucho, motivo por el cual, y a fin de ponerle término, hízose un convenio que dió a la historia el episodio de los Horacios y Curiacios. Fué el convenio, que se decidiera la guerra mediante un combate entre los miembros varones de dos familias, una de Roma y otra de Alba; la primera, la familia de los Horacios; y la otra, la de los Curiacios. Producido el encuentro, perecieron dos Horacios y quedaron heridos los tres Curiacios. El Horacio sobreviviente, que estaba ileso, aparentó huir, siendo seguido trabajosamente por los tres Curiacios heridos, que en este esfuerzo fueron distanciándose. Esto era lo que buscaba el Horacio sano, quien mediante dicho ardid pudo acuchillar uno por uno a los contendores que lo perseguían, decidiéndose de esta manera la guerra. Alba fué destruida y sus habitantes, llevados a Roma, engrosaron la población de esta ciudad ocupando el monte Celio. Tulio Hostilio murió asesinado, creyéndose que originó su desaparición violenta el menosprecio, que durante su gobierno hizo, de los patricios y de las formas religiosas que implantara su antecesor.

Anco Marcio. — Como Numa Pompilio, Anco Marcio fué sabino. Hizo un gobierno paternal y pacífico. Fundó el puerto de Ostia, en la desembocadura del Tíber; tendió sobre este río un puente de madera que unió a Roma con el monte Janículo, al cual fortificó además; y edificó la prisión o cárcel Mamertina.

Tarquino el Antiguo. — No era ni romano ni sabino. Era de Tarquinia, ciudad de Etruria; y pertenecía a una familia griega de Corinto. Con la táctica del halago de las clases populares, ganóse el favor de ellas. Apoyado por estas clases y a pesar del Senado, que lo resistía, escaló el trono. Tarquino el Antiguo construyó en Roma obras públicas importantes, como el templo del Capitolio, la plaza del Foro y una red de cloacas de la que subsiste todavía un trozo fragmentario llamado la cloaca Máxima. Tarquino el Antiguo fué el introductor en Roma de las costumbres etruscas, desde la toga viril o amplio manto blanco para los magistrados, y la silla curul para los senadores, hasta la presentación pública de los reyes con falda de púrpura, corona y cetro.

Servio Tulio. — Parece ser que fué hijo de una esclava. Lo que no ofrece duda, es que surgió del más humilde plano social. Inspirándose en la legislación de Solón, que regía en Atenas por estos tiempos (594 a. J. C.), reformó la Constitución vigente en Roma e igualó en derechos ciudadanos a los plebeyos con los patricios. En lo militar, creó las centurias y construyó en torno de Roma una muralla de 15 metros de alto y 4 de ancho, cuyos restos aún pueden verse. Obligó a todos los latinos a reconocer la supremacía de Roma; mandó construir el segundo recinto de la ciudad, a la cual dividió en barrios; y distribuyó tierras a los pobres. La hija de Servio Tulio, Tulia de nombre, estaba casada con un miembro de la familia de Tarquino el Antiguo; y vivía consumida por la ambición de reinar. Combinados Tulia y su esposo, hicieron caer a Servio Tulio desde lo alto de la escalinata del Capitolio; y este "accidente" costó la vida al monarca. A la calle en que ocurrió el suceso, se le dió el nombre de "Via Scelerata".

Tarquino el Soberbio. — Este crimen llevó al trono al yerno de Servio Tulio, que fué Tarquino el Soberbio. Rigió con mano dura los destinos de Roma. Afianzó en todo el Lacio el dominio de su patria y ensanchó con varias conquistas el territorio de ella. Su hijo Sexto era un príncipe corrompido, de vida sumamente disoluta. Hospedado en casa de su tío Tarqui-

no Colatino, ultrajó a la esposa de éste, llamada Lucrecia, la cual bajo el dolor de su deshonra perdió la cabeza y se dió la muerte.

Fué tan grande la indignación producida por este hecho, que Bruto, sobrino del rey; y Tarquino Colatino, marido de Lucrecia, pudieron sublevar al ejército, sucedido lo cual cayó Tarquino el Soberbio y se estableció en Roma la República.

Organización social. — En Roma la organización social pasó por fases diversas que nos corresponde señalar.

Bajo la monarquía, hasta Servio Tulio, la sociedad romana estuvo dividida en dos clases: la de los patricios, únicos que tenían el carácter de ciudadanos; y la de los plebeyos, que no eran computados como componentes del pueblo romano y cuya situación era la de una especie de súbditos directamente sometidos al Senado y al rey.

La reforma de Servio Tulio otorgóles a los plebeyos el derecho de adquirir tierras de las que poseía el Estado en el Lacio, por conquistas de guerra; y el de votar en las asambleas de ciudadanos.

Estas dos clases sociales continuaron, sin embargo, con línea diferencial acentuada, por cuanto además de no haber desaparecido ciertos privilegios de los patricios, conservóse la denominación de ellos y de los plebeyos en el censo o empadronamiento que se estableció con carácter obligatorio.

La familia. — La familia romana estuvo asentada sobre el patriciado y sobre la autoridad de su jefe, el que fué en ella sacerdote, juez y rey. El "paterfamilias" — así lo llamó la legislación de Roma — mandaba en su esposa, en sus hijos, en la servidumbre y en cuantos voluntariamente se incorporaban al hogar que presidía.

Los hijos no salían de esta dependencia, aunque llegasen a la mayor edad; y el hijo primogénito tenía la reverencia de toda la familia, como preparación a la autoridad que recaería en su persona alguna vez.

“La gens”. — Todas las ramas de una misma familia que tenían un antepasado común, formaban la “gens” (gentes).

Los miembros de cada gens llevaban el mismo apellido, por numerosos que fuesen; y se miraban como hermanos prestándose mutuo apoyo en todas las dificultades de la vida.

Esta unión manteníase aun en los servicios del ejército, en el cual formaban juntos los miembros de cada gens.

Hubo gens muy poderosas, como la de los Fabios (gens Fabia) que se encargó sola de una guerra contra la ciudad de Veyes, reuniendo para ella alrededor de 4.000 combatientes.

Patricios, plebeyos, clientes: su situación respectiva.

— Todo el que por razón de nacimiento formaba parte de una gens, era patricio. Los patricios, aun después de Servio Tulio, tuvieron la propiedad de la mayor parte de las tierras y los ganados.

Formaban la plebe (plebs), los que no pertenecían a ninguna familia que pudiera agruparse en gens. Tenían el nombre de plebeyos y no podían ser magistrados ni enlazar por matrimonio con los patricios, por prohibición de la ley religiosa.

Dábase el nombre de “clientes” a las personas libres que, no poseyendo nada, buscaban amparo en una familia patricia y se inscribían en ella como agregados. Los clientes contraían por esa inscripción la obligación de obedecer; y designaban a los componentes de la familia en que se habían inscripto, con el nombre de “patrones”.

El patrono debía al cliente asistencia y ayuda.

Religión. — Los dioses de los romanos abarcaron todas las manifestaciones de la vida, siendo perceptible a través del estudio de la época, que a muchos de ellos los tomaron de los griegos y de los etruscos.

Calcúlase que excedieron de 30.000 los dioses, divinidades o genios en que creyeron y a que rindieron culto los romanos, justificándose así la frase de Petro-

nio, romano escéptico, cuando dijo: "Nuestro país está tan poblado de divinidades, que es mucho más fácil encontrar en él a un dios, que a un hombre".

En mayor grado todavía que en Grecia asoció Roma la religión al desenvolvimiento de la vida, tanto la pública como la privada. Por una parte, fué esto la obra del presentimiento humano de un Supremo Creador, manifestado en todos los tiempos; y por la otra acto político, puesto que, dueño el Estado de los augurios y de los presagios que los sacerdotes, sus servidores, interpretaban según la voluntad oficial, fué también la religión un instrumento de gobierno y de dominación.

El temperamento supersticioso de los romanos ofreció campo amplio para que prosperase y arraigase el politeísmo más difuso, entremezclado con las trivialidades más pueriles. Los romanos, por ejemplo, no salían de su casa con el pie derecho; dejaban de viajar si se les aparecía un pájaro de mal agüero; sabían mil fórmulas contra el incendio y las enfermedades, que las grababan en las paredes del hogar; interpretaban como buen presagio un rayo que caía a la izquierda; y veían un indicio de la irritación de la divinidad, en un ataque epiléptico, un estornudo o un trueno.

No obstante lo expuesto, la religión fué en Roma el agente por excelencia para la solidificación de la familia, que fué la que generó y desarrolló el potente nacionalismo con que el pueblo de que hablamos se impuso a los pueblos de su vecindad, primero, y al mundo después.

Religión pública y privada. — Hubo en Roma dos cultos religiosos: el público y el privado.

Fué el primero, el de los dioses magnos o del Estado; y el otro, el de los dioses familiares o del hogar.

Existió además el culto de las divinidades protectoras de los hombres y de las cosas; y también el de los héroes.

Los grandes dioses y los héroes. — Los dioses magnos representaban fenómenos naturales o ideas abstractas.

Entre los héroes a que los romanos rindieron culto, se destacaron Quirino y Hércules.

Estuvieron también divinizadas ciertas fuerzas morales como la Paz, la Victoria, la Buena Fe, la Piedad y la Fortuna; y existieron divinidades protectoras, o genios del campo, como los faunos, silvanos y ninfas.

Como expresión endiosada de los ruidos de la naturaleza, tuvieron los romanos a las Camenas.

Roma estuvo bajo la protección particular de una trinidad compuesta de Júpiter, Juno y Minerva, cuyo templo común era la cima del monte Capitolino.

PRINCIPALES DIOS MAGNOS

<i>Dios</i>	<i>Idea representativa</i>
Juno	El cielo y la tempestad.
Minerva	La luz y el matrimonio.
Júpiter	La inteligencia.
Vesta	El hogar y el fuego sagrado.
Marte	La guerra.
Neptuno	El mar.
Vulcano	El trabajo de los metales.
Jano	La labranza.
Saturno	Las siembras.
Ceres	Las cosechas.
Venus	La belleza y los jardines.
Diana	La caza.
Mercurio	El comercio.
Orco	La muerte.

Dioses familiares. — Los actos de la vida y las diferentes partes de las casas de familia, tuvieron en Roma su respectivo dios. Así, el umbral, la puerta, el techo, el gozne; así las hondonadas y las cuestas; y así, "Diester", que daba la vida a los niños; "Fata", que era la diosa de su dicha; "Educa" y "Potina", que los enseñaban a comer y a beber; "Iterduca" y "Domiduca", que los enseñaban a ir y venir fuera de la casa;

"Farino", que les destrababa la lengua; y "Mens", que les despertaba la inteligencia.

En primera línea, adoróse en los hogares al dios Lar, alma del primer ascendiente de la familia; y, en segundo término, las almas de los otros parientes muertos, a los que se daba el nombre de Manes.

Finalmente encarnaron los romanos: en Proserpina, la germinación de las plantas; en Flora, la flor de las mieses; en Rubigo, el grano del trigo; en Pomona, los vergeles; en Palas, el ganado lanar; y en Bubona, el ganado vacuno.

El culto. — Los romanos rendían culto a sus dioses, no adorándolos con todos sus sentidos y potenciando imponiéndose una determinada línea de conducta moral; sino acudiendo a ellos, como a cooperadores convenientes para cualquier empresa.

Pedíaseles un favor y se contraía con ellos, en pago, la obligación de un sacrificio.

No obteniéndose el beneficio pedido, la obligación desaparecía.

Los dioses eran, entre los romanos, seres copartícipes, que podría decirse, de la vida terrena; se portaban bien o mal, como los mortales; y a su respecto eran procedentes tanto los estímulos encomiásticos como el resentimiento y el vituperio.

El culto público se hacía en los diversos templos de las gens, tribus o curias y en el de Júpiter Capitolino. Todo romano debía asistir a las procesiones de Baco, llamadas bacanales; participar de alguna manera en la conducción en carros de las estatuas de las divinidades; y concurrir a los convites rituales.

Para el culto privado, cada familia tenía su altar doméstico en lo más recóndito de la casa. En ese altar ardía perpetuamente el fuego llamado sagrado, frente a imágenes de los dioses lares, protectores del hogar; y se conservaban las cenizas de los antepasados. El jefe de la familia iniciaba el día con un sacrificio en presencia de toda ella; y no probaba comida alguna sin haber dado gracias a los dioses, ofreciéndoles parte de los ali-

mentos y hecho una "libación" derramando en honor de los mismos algunas gotas de vino.

Los sacrificios. — Los sacrificios de los romanos a sus dioses, consistían en la inmolación de animales.

Tratándose de animales mayores, se les daba el nombre de "víctimas".

Si los sacrificados eran animales pequeños, llamábaseles "hostias".

Una complicadísima reglamentación en que se determinaba hasta el color de los animales, según el dios a que se pidiese la gracia que se deseaba obtener, imperaba para los sacrificios; y esa reglamentación no podía ser desoída, sin riesgo de que el acto resultase estéril.

Las víctimas eran llevadas hasta el altar con una bola de harina salada en la cabeza, adornada ésta de cintas; y allí se la degollaba o acogotaba.

La grasa y los huesos se quemaban sobre el altar; la sangre se vertía en libaciones; y la carne se repartía entre los sacerdotes y los asistentes, debiendo éstos haber permanecido de pie cerca de los sacrificadores, en traje de fiesta, con un velo en la cabeza; y debiendo además haber pronunciado, sin la más leve equivocación, palabras determinadas prescriptas en un ritual.

Había sacrificios especiales para gracias que se consideraban difíciles de obtener. A estos sacrificios pertenecían: el "tauróbolo", en que se inmolaba un toro cuya sangre debía rociar al ofrendante, para lo cual éste se colocaba bajo la plataforma del sacrificio, armada con tablas perforadas; el "piaculum", de suma solemnidad; y el "devotio", en que se ofrecía la persona misma como ofrenda y buscaba para esto la muerte en los combates, como medio de inclinar la victoria para las armas de su patria.

Los sacerdotes. — Tan vasto ceremonial constantemente aplicado, pedía un sacerdocio muy numeroso. Roma lo tuvo y con un papel importantísimo en su sociedad.

El sacerdote romano no tenía cura o dirección de almas; es decir, se limitaba en su acción a dirigir las ceremonias, pudiendo además de esas funciones desempeñar otras, como la magistratura o la representación senatorial.

Los sacerdotes formaban secciones diversas, a saber: las de los pontífices, flámines, feciales, lupercos y salios. Estaban además las Vestales, que resultaban ejerciendo también una especie de sacerdocio.

Pontífices. — Caída la monarquía, bajo la cual el sumo sacerdocio de Roma lo ejerció el rey, creóse un Pontífice Supremo para el gobierno de lo religioso, completamente desprovisto de autoridad política y que, como condición esencial, debía pertenecer a la aristocracia. Fueron sus obligaciones, la vigilancia del culto y sus ministros; la fijación, en el calendario, de los días fastos y nefastos, en razón de los presagios tristes, de los recuerdos de catástrofes o de manifestaciones de irritación de los dioses; la conservación cuidadosa de los anales de la ciudad; y la organización de los cultos en honor de Vesta y Júpiter Capitolino, patronos de la familia romana y de la nación. Durante el Imperio, este Pontificado Supremo en lo religioso, pasó al Jefe del Estado.

Flámines. — Eran los sacerdotes consagrados exclusivamente al culto nacional de Júpiter Capitolino. Llevaban un goro puntiagudo, terminado con una borla de lana.

Feciales. — Vigilaban la frontera y gozaban del privilegio de concertar la paz y declarar la guerra. Para este efecto, cuando Roma tenía un conflicto con otro pueblo, iba el fecial a la frontera, pedía las reparaciones que fueran del caso fijando un plazo para la respuesta y, si no la obtenía o no era ella satisfactoria, pronunciaba una fórmula ritual y arrojaba una flecha en el campo enemigo, con lo cual la guerra quedaba declarada. Esta práctica, con que substituyó Roma las antiguas rupturas bélicas entre pueblos, sin tentativa previa de conciliación y sin aviso, es contemplada como precursora del "Derecho de Gentes".

Lupercos. — Eran los sacerdotes que honraban a los dioses rústicos, Luperco, Fauno y Pan. Tenían además el papel de flajeladores en la fiesta de estos dioses. La flagelación era una especie de ceremonia expiatoria. Se efectuaba mediante correas que se hacían con el cuero de las víctimas de los sacrificios.

Salios. — Eran los que custodiaban los "Aucilos" o doce escudos sagrados, de los cuales se creía que dependía la grandeza de Roma.

Dijimos que las Vestales ejercían también una especie de sacerdocio. Eran seis doncellas que se elegían entre las familias nobles y se consagraban al culto de la diosa Vesta. Debían conservar su virginidad y mantener en el altar el fuego perpetuo. Si faltaban a ello, se las enterraba vivas. Al cumplir 30 años de servicio, abandonaban el templo y quedaban libres. Era tal el respeto que se tributaba a las Vestales, que si el Cónsul se encontraba con alguna de ellas en la calle, debía detenerse e inclinar "los haces" en su honor. Las Vestales se cortaban la cabellera y llevaban vestidos blancos.

Los presagios. — Ningún romano emprendía una obra ni el Estado acometía una guerra, sin explorar la voluntad de los dioses por medio de los presagios.

Hallábanse éstos a cargo de sacerdotes especiales a los que se denominaba "augures".

Estos sacerdotes interpretaban la voluntad de los dioses por el apetito o el vuelo o el grito de las aves y por la duración o intensidad de los relámpagos.

A cargo de augures que no lo eran oficialmente, estaban otra clase de presagios que pertenecían más bien al género de la adivinación y respondían a la predicción del porvenir. Tenían estos adivinos el nombre de "arúspices" y contaban con una vasta clientela.

El ejército. — El ejército romano pasó por diversas etapas, antes de alcanzar la organización con que se haría invencible.

En los comienzos de la república, propiamente, no era ejército. Los hombres se agrupaban por "gens", es decir, por familias, y se armaban según su gusto y recursos.

Servio Tulio modificó esto, introduciendo la uniformidad en el armamento, por medio de las siguientes clases que creó: de caballeros o soldados a caballo, de coraceros con lanza y espada y de escuderos, flecheros y honderos.

A la modificación de Servio Tulio siguió la del dictador Camilo, que estableció el servicio permanente en el ejército, con paga periódica; y suprimió las divisiones por orden de fortuna, estableciéndolas por orden de armas y aptitudes.

El ejército romano llegó a su organización definitiva bajo Mario, que resolvió pudieran también los proletarios y desheredados sentar plaza de soldados en cualquiera de las secciones militares, inclusive la caballería; y que creó, por decirlo así, el oficio de soldado, equiparándolo a las demás actividades que entonces se estilaban.

Su organización. — Durante la república, para la organización del ejército romano siguióse el sistema de la fijación por el Senado del contingente que debía aportar cada una de las tribus en que para el efecto fué dividida Roma.

Los Cónsules anunciaban por edicto el día de un sorteo a que fueron obligadas las tribus; y este acto, que se verificaba en el Capitolio, daba la fuerza militar del Estado.

Comprendía el servicio militar a todos los romanos desde los 17 años hasta los 45, en que pasaban a alistarse en las fuerzas auxiliares, hasta los 60.

La reunión en el Capitolio se verificaba anualmente; y en ella, además del sorteo de soldados, hacíaase el nombramiento de los oficiales superiores del ejército, los cuales elegían a su vez a los oficiales subalternos.

La legión. — El ejército romano dividíase en diversos cuerpos que recibieron el nombre de legiones.

Cada una de las cuatro tribus en que había sido dividida la ciudad, debía proporcionar una legión, la cual constaba de 4 a 6.000 hombres; de suerte que el ejército de Roma, a poco de establecida la república, se componía de 25.000 hombres, aproximadamente.



Cada Cónsul (como veremos, eran 2) tenía el mando de la mitad de este efectivo militar.

Estaban a las órdenes de los Cónsules, a fin de facilitarles este cometido, doce oficiales superiores llamados tribunos militares, los cuales tenían el mando inmediato de las legiones, en riguroso turno.

Dividíanse las legiones en batallones de 1.000 hombres de infantería y 200 de caballería; y los batallones en dos "cohortes" de 600 hombres cada una. La cohorte dividíase a su vez en 3 "manípulos" de 200 hombres; los manípulos en 2 "centurias" de 100 hombres; y las "centurias" en "decurias" de 10 hombres cada una.

Diez decurias reunidas al mando de su decurión, componían, pues, la centuria cuyo jefe era el centurión; dos centurias formaban un manípulo y tres manípulos dos cohortes a las órdenes de un tribuno; el conjunto de cohortes componía la legión; dos legiones reunidas formaban un ejército al mando de un Cónsul; y muchas legiones reunidas se confiaban a la autoridad suprema de un general ad-hoc llamado "Dux", con varios "Legados" a su servicio.

El armamento. — La infantería del ejército romano tenía, como armas, el pilo y la espada.

El pilo era un dardo o venablo de dos metros de largo, que pesaba aproximadamente un kilo y podía ser usado como lanza o arrojado a distancia de 30 a 65 metros, según que se le manejase a simple brazo o con el auxilio de una correa.

La espada, corta y de doble filo, llevábala los soldados de la infantería romana, pendiente de un tahalí en el lado derecho; y los oficiales, sujeta por medio de un cinturón en el lado izquierdo.

Para su defensa, tenían estos mismos soldados casco, coraza y escudo. En un principio el casco fué de cuero; pero, como lo deformaban el sol y las lluvias, se substituyó el casco de cuero por el de bronce, acompañado de un cubrenuca; y con un anillo terminal, el casco, que permitía llevarlo a la espalda.

La coraza, llamada "loriga", pasó también por su evolución progresiva: fué, primero, una casaca de cue-

ro, con ligeras laminillas de hierro; y substituyéronse éstas, más tarde, por escamas de acero articuladas que protegían el pecho y los hombros, completada esta protección con una cota de mallas para el bajo vientre.

Cuanto al escudo, era de madera y cubriásele de cuero y guarneciásele con piezas de hierro, teniendo en el centro un bollo de relieve destinado a producir la desviación de los proyectiles.

Por lo que concierne a la caballería, llevaba broquel además de casco, cota de mallas, perneras de cuero, lanza y espada larga. Para montar, valíanse los soldados romanos de caballería; de los mismos elementos que los de nuestra época, a saber: carona, silla de cuero, cincha y brida. Sólo faltaban los estribos, que los romanos no los conocieron.

Las armas de la artillería, reducíanse a mecanismos para lanzar a la distancia piedras y dardos. Lo mejor que idearon en artillería los romanos, constituyéronlo las máquinas llamadas "balista" y "catapulta".

La balista componíase de un brazo de madera sujeto por cuerdas o marcos a bastidores preparados para el efecto. El brazo, atraído y puesto en tensión mediante un torno, lanzaba piedras, al ser puesto en libertad, a 400 y aun a 500 metros.

La catapulta era una especie de ballesta mecánica que lanzaba saetas, dardos y también piedras, con un alcance menor que el de la balista, pues no excedía normalmente de los 300 metros.

Poseyó la artillería romana otras máquinas de mayor potencia, mas para ser emplazadas y utilizadas requerían un esfuerzo complicadísimo. Poseyó igualmente máquinas livianas de diverso tipo, que tuvieron en las guerras de Roma el papel de la artillería ligera de nuestro tiempo.

Las enseñas del ejército romano fueron: en la caballería, un pequeño estandarte rojo; y en la infantería, las figuras enastadas de un lobo, un jabalí o un caballo, atravesadas a menudo por un tablerito con las iniciales S. P. Q. R. (Senatus Populus Que Romanus) monograma del pueblo y del Senado. Con el tiempo estas

enseñas desaparecieron, substituyéndolas un águila de oro, plata o bronce con las alas extendidas.

El orden de batalla. — La formación de combate del ejército romano, era de un frente de tres filas en fondo.

Componían la primera fila los soldados más jóvenes, apoyados por la segunda fila de legionarios armados con espada, los que a su vez tenían el sostén de la tercera fila de soldados veteranos.

Las filas se repartían en "manípulos", colocados de tal suerte que la segunda fila cerrara los claros de la primera; y los manípulos se repartían en centurias en idéntica posición.

El comienzo de la acción correspondía a la primera fila, que si era rechazada se retiraba a los claros preparados en la segunda línea, la cual avanzaba. Si la segunda fila era también derrotada, se replegaba sobre la tercera, que reemplazaba en el combate a la segunda y a la primera.

Respondía esta formación al propósito de presentar constantemente soldados frescos en batalla; y al de no ofrecer facilidad para brechas que pudieran producir la confusión y el desorden.

El enemigo, pues, para vencer, tenía que librar tres combates sucesivos; y aun ganándolos a todos ellos, todavía le restaba vérselas con las filas en descanso, que se retiraban pero no se desbandaban.

La disciplina. — La disciplina era muy severa en el ejército romano. Aplicábase la pena de muerte por cualquier falta.

Existía también la pena de azotes, a cargo de los "lictors".

Cuando a la falta no se le encontraba un responsable directo, aplicábase el procedimiento de diezmar a la sección militar correspondiente: es decir, el de dar la muerte a un soldado por cada diez.

El triunfo. — Cuando un general triunfaba, adquiría el derecho de dirigirse hasta el Capitolio de Ro-

ma acompañado de su ejército y de la muchedumbre, para rendir un sacrificio solemne a los dioses y recibir el título que se le daba de "imperator".

El vencedor penetraba a la ciudad sobre un carro construído en forma de torre, al que arrastraban cuatro caballos atados de frente, a los que se daba el nombre de "cuádriga".

Sentado el General favorecido por la victoria, en un sitio de marfil que se disponía sobre el carro, con la cara pintada de bermellón y la cabeza coronada de laurel, asemejaba un dios de los que veneraba el pueblo.

Delante del carro triunfal, iban los cautivos y el botín hecho al enemigo.

Para los triunfos honrosos y meritorios pero no trascendentales, existía la recompensa que se denominaba "ovación", ceremonia en la cual el General vencedor entraba a Roma, no en carro, sino a caballo.

Fundación de Colonias militares. — Dondequiera que Roma hizo una conquista territorial, creó campamentos permanentes de su ejército que tuvieron el nombre de Colonias Militares.

Establecíanse con preferencia estos campamentos en la confluencia de los caminos, la juntura de los valles o los vados de los ríos; y consistían en un gran rectángulo cortado por dos calles perpendiculares que terminaban en cuatro salidas o puertas. En el cruce de dos de esas calles erigíase: el altar del fuego sagrado, la tienda de campaña del jefe o "pretorio" y el tribunal que dictaba las sentencias. Al lado se construía una plaza pública llamada "foro".

El campamento era, de esta manera, la imagen de la ciudad, con sus dioses, su justicia y sus asambleas.

En torno del campamento cavábase un foso de dos y medio metros de profundidad por tres de anchura, utilizándose la tierra que se extraía para un terraplén o parapeto de más de un metro, al que se le coronaba con una estacada de la misma altura.

Los soldados destinados a estas Colonias Militares tenían el derecho de llevar consigo sus familias, a las

cuales se les entregaba un lote de tierra para que lo trabajasen. La vinculación que estas familias adquirían con los naturales de las regiones conquistadas, afianzaba poco a poco el adueñamiento realizado por la espada; conservándose ésta lista siempre para entrar de nuevo en acción si las circunstancias así lo requerían.

Las Colonias militares romanas salváronse de los graves inconvenientes del aislamiento, por una vasta y sólida red de caminos que las unieron, obra justamente famosa que se inició con la bien conocida "Vía Apia", que ligó a Capua con Roma en el año 312.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

1. — ¿Porqué reviste especial interés, el estudio de la historia de Roma?
2. — Particularidades geográficas de Italia: si tiene mares, cuáles; y lo mismo si tiene montañas y llanuras.
3. — ¿En qué lugar de Italia se inició su desarrollo histórico?
4. — ¿Qué se sabe de los primitivos habitantes de Italia?
5. — ¿Cuál fué el elemento básico en que se plasmó Roma y que dió el germen virtual de su futura dominación en el globo?
6. — Lineamientos generales de la civilización de los etruscos.
7. — ¿De dónde surgió, qué hizo y cómo murió Rómulo?
8. — ¿Por qué se da a Roma el nombre de Ciudad de las Siete Colinas y cuáles fueron los nombres de éstas?
9. — ¿Qué papel tuvieron en el desarrollo de Roma, las Sabinas?
10. — ¿Qué fué en Roma la roca Tarpeya y porqué se la denominó así?
11. — ¿Cuántos y quiénes fueron los reyes de Roma anteriores a la república y qué hicieron?
12. — ¿Qué fueron en Roma, la gens, la plebe y los clientes?
13. — Los dioses magnos de Roma y su idea representativa.
14. — Los dioses familiares.
15. — ¿Qué papel correspondió a la religión en el desenvolvimiento de Roma?
16. — Las divisiones que tenía el sacerdocio y la forma como se realizaban los sacrificios.
17. — Proceso evolutivo del ejército romano, hasta su organización definitiva.
18. — ¿De cuántos soldados se componía una legión y cómo se dividía la misma?
19. — Armamento, vestuario, etc., de los soldados de Roma.
20. — ¿Qué fueron el "triunfo" y la "ovación"?
21. — ¿Cuáles fueron las características de las Colonias militares de los romanos?

LA REPÚBLICA

Organización política de Roma en esta época. — La palabra “república” no significó en la antigua Roma lo que significa en nuestro tiempo; es a saber, una forma de gobierno.

En aquel entonces, la palabra sólo expresó la idea del Estado.

“Res”, en latín, quiere decir “cosa”. República y cosa pública confundíanse, pues. Se dijo república, para señalar aquello que pertenecía a los intereses de la comunidad social.

Pero como el término comenzó a emplearse a raíz de la caída de Tarquino el Soberbio y de la adopción del gobierno de los Cónsules, debió hacer ello que fuera siendo envuelta la palabra república en la acepción que finalmente prevaleció, de gobierno distinto del monárquico.

La organización política con que Bruto y Tarquino reemplazaron la del monarca que derrocaron, fué de dos Cónsules electivos y anuales y un Senado.

El Consulado. — Diéronse a los Cónsules todas las prerrogativas que tenían los reyes, con excepción del sacerdocio, la corona y el manto de púrpura recamado de oro.

Sólo podían ser Cónsules los patricios; y en los primeros siglos de la república tuvieron aquéllos, al propio tiempo que el mando del ejército, el nombramiento de los senadores mediante la proporción de una lista de candidatos, de la cual los elegía el pueblo; y el cumplimiento de las leyes, una vigilancia estricta del Senado, que los podía enjuiciar y suspender y al que, terminado su período, debían rendir cuenta de su conducta.

Los dos primeros Cónsules, fueron Bruto y Tarquino Colatino, que sólo breve tiempo marcharon en ar-

monía. Bruto creía definitivamente desalojada a la monarquía; y Tarquino Colatino, no. Como se produjera una conjuración para restablecer el trono, Bruto, que la descubrió y dominó, trató con mano terriblemente dura a los complicados, entre los cuales estaban sus propios hijos.

No solamente hizo condenar a todos los complicados a la pena de muerte, sino presenció en persona las ejecuciones respectivas. Tomando bandera Tarquino contra esta severidad que había horrorizado a la ciudad, se alzó contra Bruto. Sobrevino un encuentro de las tropas de uno y otro; y Bruto pereció en él.

Pero con la muerte del Cónsul inexorable no desapareció la tendencia contraria a los Tarquino, en la cual estaba embanderada la mayor parte del ejército romano. Tarquino Colatino, que se sintió débil para dominar la situación, pidió ayuda al rey de Etruria Porsena y éste, al frente de aguerridas tropas, avanzó sobre Roma.

En esta guerra adquirió renombre un romano llamado Mucio Scévola que intentó matar al rey Porsena consiguiendo penetrar hasta su tienda. Por una casualidad, el rey etrusco hallábase en otro lugar en ese momento. Creyendo Mucio Scévola eliminar a Porsena, eliminó a su secretario. Detenido el romano, e interrogado, dijo al rey de Etruria que, si no se apresuraba a hacer la paz, 300 romanos intentarían sucesivamente darle muerte y que alguno de ellos conseguiría consumir el propósito, porque no serían tan torpes como él, que lo había confundido a Porsena, error que deploraba y por el que se castigaría. Dicho esto, Mucio Scévola puso su mano derecha sobre las ascuas de un brasero encendido para un sacrificio a los dioses; y la mantuvo, sin un quejido ni un estremecimiento, hasta que se le carbonizó. Gente resuelta hasta ese extremo, era capaz de consumir lo que anunciaba. Porsena tuvo esa impresión y, poniendo en libertad a Mucio Scévola, pactó la paz con los romanos enemigos de Tarquino Colatino, el cual continuó guerreando, empero sin comprometer ya la suerte de Roma.

En el año 496 tuvo lugar la batalla del lago Regilo, que anuló definitivamente el valimiento político de los Tarquinos, falleciendo al año siguiente el último miembro destacado de esta familia, o sea Tarquino Colatino.

La Dictadura. — Como la revolución de Bruto y Tarquino no había dado resultado para los plebeyos, porque dejó subsistente la adjudicación exclusiva a los patricios de todas las magistraturas del Estado, aquéllos siguieron exteriorizando el descontento en forma que llegó a crear inquietud pública.

Ante esta situación el Senado agregó un nuevo alto cargo de gobierno a los que ya existían. Fué este cargo el de Dictador, que confería a un solo hombre la suma del poder.

Para que surgiera la dictadura, requeríase la existencia de una situación peligrosa en el Estado. El dictador era nombrado por el Cónsul, previa declaración de su necesidad que debía hacer el Senado; y duraba seis meses en sus funciones. Durante su gobierno quedaban en suspenso, o dependientes del Dictador, todos los magistrados; y figuraba entre sus facultades especiales la de adoptar cualquier medida que le pareciera adecuada para la salvación común.

Las insignias del Dictador eran la silla curul, la toga pretexta y 24 lictores que le precedían, con sus hachas en los haces, dentro y fuera de Roma, porque podía condenar a muerte, sin apelación, a cualquier ciudadano, por elevada que fuese su categoría.

El Senado. — Frente a la autoridad transitoria de los Cónsules, estaban en Roma la autoridad estable del Senado, que vigilaba todo en lo administrativo, fijaba los impuestos, proyectaba los gastos, concertaba las alianzas y la paz y declaraba las guerras otorgaba los derechos de ciudadanía, etc.

El Senado se reunía tres veces al mes o más, mediante convocatoria del Cónsul, el tribuno o el dictador. Sus decisiones convertíanse en leyes, bajo el nombre de "Senadoconsultos", o Consultas del Senado.

Durante un tiempo, los senadores fuéronlo por derecho de nacimiento; después, eligiéronles, sucesivamente, los cónsules, el censor y los emperadores. El cargo era vitalicio y con sus aspectos de hereditario por ocupar el hijo, muy frecuentemente, el puesto dejado vacante por la muerte del padre.

El distintivo de los senadores era una toga, con ancha orla de púrpura tachonada de ro. Gozaban del privilegio de la silla curial y tenían asientos reservados en los espectáculos.

Las Asambleas. — El pueblo sin distinción de clases, era convocado periódicamente a unas asambleas que se realizaban en el Foro, sin ceremonia religiosa.

En estas asambleas se votaba por orden de tribus o barrios, teniendo invariablemente la mayoría los plebeyos, por lo que fueron denominadas plebiscitos.

Tuvieron el derecho de sancionar leyes; mas los patricios, árbitros de las decisiones del Senado, limitaron los efectos de tales sanciones, estableciendo que solo regirían para la plebe.

Las leyes con fuerza obligatoria sobre los patricios, siguieron siendo las llamadas Senadoconsultos.

Aspiraciones de los plebeyos. — Los plebeyos formaban, pues, en Roma, una especie de pueblo aparte.

No podían ser cónsules ni senadores, ni actuaban en forma alguna para la provisión de estos cargos; no podían ejercer funciones sacerdotales, con lo que los patricios disponían a su paladar de la interpretación de los oráculos y los presagios; sólo podían adquirir bienes en proporción muy limitada y lo poco que les era dable adquirir perdíanlo fácilmente con las guerras, pues para ingresar en el ejército tenían que abonar una fuerte suma que como acto de favor prestábaselas los patricios, mas a un interés usurario y pudiendo, si no la devolvían, encarcelarlos y hasta esclavizarlos; y, por último, no podían tampoco salir de su situación por matrimonio, pues solo les era permitido casarse en su esfera social.

El sufrimiento que esta situación creaba para los plebeyos, hizo crisis bajo el gobierno de la república, sobreviniendo una lucha que duró desde el año 496 hasta el 302.

Encarnáronse las aspiraciones de los plebeyos, en una amplia reforma de la organización social que hiciese de saparecer toda desigualdad.

La lucha por la igualdad. — Los plebeyos, para hacerse oír, pusieron primero en juego la no participación en los servicios de guerra. Roma se sintió debilitada en sus efectivos militares, por más que las penalidades redujeron en buena parte la proporción de los que se negaban al servicio militar o desertaban del ejército.

Mas como no bastara el recurso para producir la ansiada reforma, resolvieron los plebeyos fundar una ciudad nueva en la que tuvieran los mismos derechos cuantos la habitasen. Para el mencionado efecto se trasladaron al lugar cercano de Roma llamado el monte sagrado y que era una de las siete colinas que interesaron la atención de Rómulo cuando fundó a Roma.

Esta emigración colectiva intimidó a los patricios, que se vieron sin campo para su dominio. Tenían el privilegio de las mejores posiciones del gobierno; mas les faltaba el pueblo para poderlo ejercer, a menos que se limitaran a gobernarse ellos mismos entre sí.

El Senado se reunió y, ante situación tan grave, resolvió parlamentar con los emigrados, enviándoles un representante que los persuadiese en el sentido de alguna forma de concordancia.

Envió Roma al monte sagrado, como su representante, a Menenio Agripa, quien consiguió, según es fama, desenvolverse con éxito en su cometido, mediante un apólogo que refirió a los plebeyos, cuyo sentido general consignaremos a consinuación.

Era en tiempos muy remotos. Aun no reinaba la armonía en el cuerpo humano. Las diferentes partes del cuerpo sintiéronse molestadas por el hecho de que ellas lo aportaban todo para el estómago en un trabajo constante y rudo, en tanto que el estómago no hacía otra cosa que gozar del placer. Las diferentes partes del

cuerpo tramaron entonces una conspiración; y las manos se negaron a llevar el alimento a la boca, la boca se negó a recibirlo y las muelas a masticarlo. Mas, he aquí que a poco de producida esta sublevación, el organismo entero comenzó a sentir laxitud y postración, de lo que participaron, mal de su grado, las muelas, la boca y las manos. Entonces comprendieron estas últimas, que si era verdad que el estómago lo recibía todo sin moverse, él a su vez alimentaba a todo el cuerpo y a todos los miembros del mismo mediante la digestión de los alimentos.

Los plebeyos. — concluyó Menenio — eran los miembros del cuerpo sublevados en el remoto tiempo del apólogo; y el Senado de Roma era el estómago. El Senado necesitaba de los plebeyos; y los plebeyos necesitaban de la clase social que formaba en Roma el Senado. Lo mismo en el Estado que en el cuerpo humano, la normalidad y la salud estriban en armonizar.

La adquisición de derechos. — Bien dispuestos para escuchar, los plebeyos, después del apólogo de Menenio, oyeron proposiciones y convinieron en regresar a Roma sobre la base de que se les concediesen algunos nuevos derechos.

Fueron éstos, la libertad de los esclavos por deudas y la creación de dos magistraturas especiales para la protección del pueblo.

Estos magistrados serían elegidos por las tribus, en las que, como se recordará, la mayoría popular era inmovible; y se llamarían tribunos.

Los tribunos: sus derechos y prerrogativas. — No se les dieron a los tribunos facultades de obrar; pero se les dió el más amplio poder para impedir. Tuvieron como misión la de velar por los habitantes de Roma para que ninguno de ellos sufriese opresión. A este efecto no podían ausentarse de la ciudad y su casa debía estar abierta, día y noche, a fin de que cualquiera pudiera pedirles protección. Los tribunos debían pertenecer a la plebe y tener 35 años de edad.

Toda proposición de ley quedaba en suspenso, si el tribuno pronunciaba la palabra "veto", cuya traducción

es: "me opongo". Ningún habitante de Roma podía ser encarcelado si, apelando él al tribuno, pronunciaba éste aquella palabra elevada a la categoría de fórmula sagrada. Y ella tenía la misma eficacia aplicada a las expediciones militares, aun cuando las hubiesen dispuesto los cónsules, los cuales, por otra parte, podían ser enjuiciados por los tribunos si se conducían como enemigos del pueblo, lo mismo que multados y aun mandados al destierro los Senadores.

En cambio el Senado podía librarse de los tribunos nombrando un dictador, caso en el que ellos quedaban en suspenso. Pero para el nombramiento del dictador se requería un estado de conmoción interior; y los dictadores no podían ser nombrados sino por seis meses.

A los tribunos se les declaró inviolables en sus personas. El que les ponía las manos encima, era sacrílego y podía ser muerto impunemente. Merced al carácter sagrado de esta inmunidad, podían los tribunos atravesar sin temor las filas de los núcleos más exaltados e irritados.

Al mismo tiempo que los tribunos, fueron creados los ediles; magistrados plebeyos también, a quienes se dió el cometido de ayudar a los primeros, atendiendo a la policía, los abastecimientos y las fiestas y juegos públicos.

La igualdad ante la ley. — Como continuación del programa trazado para llegar a la igualdad ante la ley, reclamaron los plebeyos el reparto entre el pueblo de todas las tierras que se conquistaban en las guerras, no solamente el de las del Lacio que con anterioridad se había concedido.

Hubo así de resolverse y, apenas ello logrado, se exteriorizó la aspiración de leyes escritas que pudieran ser conocidas y estudiadas por todo el mundo. Tendía esto a suprimir otro privilegio de los patricios, que era el de interpretar la ley existente, la cual solo la conocían ellos en sus términos precisos y podían así hacerla valer según su voluntad o conveniencias.

A los 10 años del insistente reclamo de esta reforma, obtuvieron los plebeyos el nombramiento de diez

CUADRO DEMOSTRATIVO DE LAS LUCHA ENTRE PATRICIOS Y PLEBEYOS EN LA ANTIGUA ROMA

<i>Plebeyos</i>	<i>Años</i>	<i>Patricios</i>
No tenían ningún derecho y podían ser encarcelados y hasta esclavizados por deudas.	496	Solamente ellos podían ser cónsules, senadores, sacerdotes y propietarios sin limitación de bienes.
Protestan y crean una situación de inquietud pública.		Para afrontar el peligro, crean la dictadura.
Se retiran al Monte Sagrado.	493	Envían a Menenio Agripa y obtiene éste el regreso bajo condiciones.
Obtienen los tribunos.		—
Son equiparados a los patricios en el reparto de las tierras conquistadas en las guerras.	458	—
Exigen y consiguen la ley de las doce tablas (igualdad civil).	450	Logran mantener la prohibición del matrimonio entre plebeyos y patricios.
Obtienen el derecho de contraer matrimonio con patricias (igualdad social).	445	—
Obtienen el derecho de ser senadores y cónsules (igualdad política).	366	Crean dos magistraturas exclusivas para ellos: la pretura y la edilidad curul.
Consiguen el acceso al sacerdocio (igualdad religiosa).	302	—
Consiguen el acceso a la pretura y la edilidad curul.		

Igualdad absoluta entre patricios y plebeyos



magistrados que la estudiasen. A estos magistrados se les dió el nombre de "decenviros".

Ley de las doce tablas. — Los decenviros consignaron la ley por escrito y, una vez aprobada ella por los plebeyos, fué fijada en doce tablas de bronce en el Foro, donde a todo el mundo le era fácil consultarla.

La ley de las doce tablas no hacía distinción de clases. Ya no decía: si un patricio ha cometido tal delito, sufrirá tal pena; y si el culpable es un plebeyo, sufrirá tal otra. Decía: si "alguien" incurre en delito; y establecía la pena sin tomar en cuenta la condición del incurso en ella.

Era la igualdad civil, en principio.

Nada más que en principio, porque la ley de las doce tablas proclamaba la soberanía del pueblo; pero rehusaba a los plebeyos el derecho de llegar a Cónsules; reconocía como legal al matrimonio de los plebeyos, pero prohibía los enlaces entre éstos y los patricios; castigaba la usura y limitaba el interés exigible en los préstamos, pero establecía disposiciones severísimas contra los deudores que no solventaban sus compromisos y mantenía el derecho de los padres de familia sobre los bienes de sus hijos y de su mujer.

Los plebeyos aceptaron la ley de las doce tablas, sólo como un baluarte provisional o etapa transitoria hacia conquistas nuevas más decisivas; y en virtud de que contenía, como ya lo dijimos, el reconocimiento en principio de la igualdad civil.

Igualdad social. — La igualdad social alcanzóla poco después Roma, por la supresión del artículo de la ley de las doce tablas, que prohibía el matrimonio entre plebeyos y patricios.

Para esta nueva reforma, fué menester que los tribunos hicieran una prédica vehemente en el seno del pueblo, al que decían: "¿No sentís el menosprecio que se hace de vosotros? Si pudieran, los patricios os quitarían hasta la luz del sol. ¿Porqué no deciden también que un plebeyo no podrá vivir en la vecindad de un

Cargos de gobierno	Facultades o cometidos	Primeros Cónsules	Su tendencia y suerte	Romanos que adquirieron fama	Motivo
Cónsul.	Las de los reyes, con excepción del Pontificado religioso.	Bruto.	Creyó definitivamente desalojada a la monarquía. Reprimió con severidad y horrorizante una conjuración para restablecer el trono. Murió en el campo de batalla.	Mucio Scévola.	Se dejó quemar una mano hasta carbonizarla, en castigo de haber cumplido mal su compromiso de asesinar al rey de Etruria Porseña.
Dictador.	La suma del poder, durante 6 meses.				
Senadores.	Vigilancia en lo administrativo, fijación de impuestos y gastos, concertación de la paz, la guerra y las alianzas, otorgamiento de los derechos de ciudadanía.	Tarquino Colatino.	No creyó definitivamente desalojada a la monarquía. Se sublevó contra Bruto y, muerto éste, luchó contra el ejército de Roma que se le alzó. Murió en la batalla del lago Regilo.	Menenio Agripa	Apólogo del estómago y los demás miembros del cuerpo humano.
Asambleas.	Sanción de leyes que sólo regían para los plebeyos.				
Tribunos.	Amparo para los derechos de los plebeyos, mediante el veto.				
Ediles.	Policía, abastecimientos y fiestas.				
Decenviros.	Estudio de la ley.				
Pretores.	Amparo de los patricios.				
Ediles Cures.	Id., id.				

patricio, ni andar por el mismo camino, ni sentarse a la misma mesa, ni presentarse en el mismo foro?"

Ante razonamientos de esta naturaleza, que penetraban sin esfuerzo en las mentes, tuvo que desaparecer la resistencia que a la nueva reforma oponían los patricios: y quedó sancionada en Roma la igualdad social.

Igualdad política. — No tardaron los plebeyos en exigir su libre acceso a la magistratura. Viendo venir el Senado, tras de esto, la exigencia del acceso también a los cargos de Cónsul, suprimió el consulado substituyéndolo por un tribunal militar, otro de censura y otro de cuestura.

Pero en el año 390, a raíz de la invasión de los galos, hubieron de ser restablecidos los cónsules y reapareció la aspiración de los plebeyos a poderlo ser.

Porfiada y larga fué esta lucha, como que duró 24 años. Sólo en 366 consiguieron los plebeyos no ser excluidos de los cargos consulares. Pero esto mismo no pudieron obtenerlo de manera completa, pues el Senado creó dos nuevas magistraturas exclusivas para patricios, que fueron la "pretura" y la "edilidad curul".

Mas ya, virtualmente, había alcanzado Roma la igualdad política.

Igualdad religiosa. — Al propio tiempo de hacer los plebeyos, en el año 302, la conquista de las preturas y las edilidades curules, premio sin duda bien ganado de su constancia, obtuvieron la igualdad religiosa por una resolución del Senado que les permitió penetrar en los santuarios, conocer los misterios de la religión y ejercer el sacerdocio.

Triunfo de los plebeyos: consecuencias. — Con lo dicho, el triunfo de los plebeyos hizose absoluto; y sus consecuencias no fueron otras que el fortalecimiento de Roma mediante la solidificación de su unidad.

La sociedad romana al terminar la lucha de los dos órdenes. — Al terminar esta lucha interna, que soportó Roma durante 200 años, se fusionaron en un solo cuer-

po los componentes distintos que hasta entonces actuaran en su seno.

Patricios y plebeyos dejaron de ser los eternos rivales, consagrados al acecho recíproco de sus defectos y a la disputa incesante del respectivo predominio.

Tuvieron un solo y mismo interés, que era el de la nación.

Fueron y formaron, en suma, a la nación.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

22. — Aceptación de la palabra república en la antigua Roma.
23. — ¿Qué gobierno se dió Roma después de la caída de los reyes?
4. — ¿Cómo murió Bruto y cuándo y cómo desapareció el peligro de la restauración de los Tarquinos?
25. — ¿Qué fué y que hizo Mucio Scévola?
26. — ¿Cuáles eran los derechos de los patricios en la antigua Roma y cuál la situación de los plebeyos?
27. — ¿Porqué se creó la dictadura y qué facultades se le dieron?
28. — ¿Qué papel correspondía al Senado en el gobierno de Roma?
29. — Duración y forma de designación de los senadores.
30. — ¿Cuándo y dónde se reunían y qué papel tuvieron las asambleas?
31. — ¿Quién fué y qué hizo Menenio Agripa?
32. — ¿Cuáles fueron las facultades y prerrogativas de los Tribunos?
33. — ¿Fué completa la igualdad civil que creó en Roma la ley de las Doce Tablas?
34. — ¿Podían llegar en Roma los plebeyos al enlace matrimonial con patricias?
35. — ¿Cuál fué el último esfuerzo de los patricios, en su resistencia a las pretensiones de igualdad de los plebeyos?
36. — ¿Cuándo llegó a ser completa y qué consecuencias produjo la igualdad política, social y religiosa de patricios y plebeyos?

CAPITULO III

ÉPOCA DE LAS CONQUISTAS

Conquistas en Italia anteriores a las guerras púnicas. — Terminada la lucha entre patricios y plebeyos, sintió Italia la necesidad de ensancharse y se hizo resueltamente conquistadora.

Este nuevo período de la historia de Roma tiene dos fases: una nebulosa, por la confusión en que nos muestra lo real comprobado con lo que puede considerarse como fabuloso; y otra, clara y precisa, que no consiente dudas.

La fase primera, se desprende de la tradición.

La tradición. — Forman la tradición los relatos transmitidos de padres a hijos y de generación en generación, por la vía oral.

Si cualquier suceso de nuestro tiempo, aun con el contralor de los infaltables testigos presenciales y del periodismo, varía y se deforma al pasar de labio en labio, pueden calcularse las variantes y deformaciones de las referencias orales sobre hechos cuyos testigos desaparecieron y que no han estado sujetas a ninguna comprobación.

Sin embargo, algunas de las versiones transmitidas por la tradición con respecto a la faz nebulosa de las primeras conquistas de Italia, tienen aspectos serios de veracidad.

Así las relativas a Coriolano y Cincinato, no exentas además de un cierto sentido filosófico.

Coriolano era un joven patricio que se distinguió por su denuedo en una guerra contra los volscos, pueblo del sur de Roma. El nombre lo obtuvo de la toma, que hizo él, de la ciudad de Corioles. Elevado al gobierno por virtud de su prestigio guerrero, pronuncióse contra los plebeyos, a los cuales dióles a optar entre el

pan o su pretensión de los tribunos. "O no tendrá trigo el pueblo — decía — o no tendrá tribunos". Irritado el pueblo contra Coriolano, lo expulsó de su seno. El desterrado no tuvo desde entonces otro anhelo que el de castigar a los que le habían derribado. Para este efecto, no trepidó en unirse con los que habían sido sus enemigos, los volscos, y su rey Tulio. Al frente de un ejército volsco presentóse Coriolano delante de Roma y derrotó a los romanos, que le imploraron piedad por medio de una delegación de patricios, magistrados y altos dignatarios del sacerdocio, hasta poco tiempo antes sus amigos. Coriolano los recibió; mas no accedió a los ruegos que le formularon. Pagaría Roma — dijo — ojo por ojo y diente por diente lo que le había hecho sufrir. Fueron entonces, hasta él, delegaciones de mujeres de la ciudad, que lloraron amargamente en su presencia. Entre aquellas mujeres estaban su madre, Veturia, su esposa y sus hijas, hacia las cuales corrió Coriolano ansioso de abrazarlas, conforme las vió. Rehuyendo la madre la demostración afectiva, contestó: "Antes que nada necesito saber si estoy al lado de un enemigo, o de un hijo; y si en este campamento soy tu cautiva, o tu madre". Conmovido Coriolano, contestó: "No mía sino tuya, madre, es la victoria. He vencido a tu pueblo; pero tú me vences a mí. Victoria que para ti será fausta y para mí fatal. Me retiraré". Luego, mandó la retirada. Los volscos, casi en seguida, le quitaron la vida.

Cincinato había sido Cónsul varias veces en Roma y tenía un hijo, Cesón, que lo fué también. Pero Cesón tuvo la hostilidad de los tribunos y, desterrado al fin, dejó deudas que recayeron sobre su padre, el cual, para pagarlas, empobrecióse hasta el punto de tener que retirarse, para vivir, a la otra orilla del Tiber, donde poseía unas tierras que se dedicó a cultivar por sí mismo. Al cabo de un tiempo, Roma fué atacada por los ecuos y se vió en grave peligro. Las miradas y la confianza públicas fijáronse en Cincinato, en cuya busca fueron el Senado y el pueblo con el nombramiento que se le otorgó de dictador. Cincinato asumió el

mando y por virtud de sus órdenes juiciosas como también en mérito de la acción personal que desplegó, los ecuos fueron derrotados salvándose Roma. Recibido triunfalmente al regreso de la campaña, dejó la dictadura no obstante poderla seguir desempeñando hasta los 6 meses, sin tomar la menor medida en desagravio del hijo amado a que Roma ofendiera; y, desoyendo todos los empeños en contrario, regresó a sus tierras, con la satisfacción — dijo — de haber obedecido a su deber y tener, después de ello, el derecho de trabajar y morir en paz.

Conquista del Lacio. — Anteriormente vimos que, en el período de los reyes, Tulio Hostilio hizo la guerra de Albania, Anco Marcio fundó a Ostia y Servio Tulio ensanchó a Roma extendiéndola a las Siete Colinas de sus alrededores.

Esto es lo que se llama la conquista del Lacio, que permitió a Roma pasar de su condición de ciudad pequeña y aislada, a la de centro y nervio de una confederación de ciudades, que se cree llegaron a 30.

Guerra con los etruscos. — Los etruscos ocupaban el territorio que tiene actualmente el nombre de la Toscana; e inquietaban mucho a Roma.

Cuando esta ciudad consiguió salvarse de la invasión del rey etrurio Porsena, la política romana tendió redes tenues que produjeron, en definitiva, desinteligencias graves entre las ciudades que formaban la confederación etrusca.

Con tal motivo Roma y Etruria volvieron a chocar; y esta guerra se extendió a los volscos, los ecuos y los latinos.

Toma de Veyes. — Episodios salientes en la guerra de que hablamos, fueron: la celada a los fabianos y la toma de Veyes.

Los fabianos eran una familia o gens que contaba, ya lo hemos dicho, con unos 4.000 miembros, comprendidos patricios y clientes. En una acción con los veyanos, tendieronle éstos una emboscada a la gens fabia-

na y perecieron en ella todos sus componentes, sin salvarse uno.

Los veyanos no cedían y Roma puso sitio a su capital. Veyes fué defendida tan ardorosa y tenazmente, que este sitio duró diez años. El dictador Camilo tomó por fin a la ciudad, en el año 395.

El estipendio militar. — El mantenimiento de un sitio tan largo impuso a Roma una variante en el sistema de organización y mantenimiento de su ejército.

Hubo de establecer el estipendio o "paga" para los soldados, pues sólo así le fué posible conservarlos en las filas el tiempo necesario, sin que los amedrentase el invierno ni los dominase el apego al hogar abandonado.

El estipendio militar quedó incorporado, desde entonces, como práctica regular del Estado, respecto de sus servidores en el ejército.

Guerra con los galos. — A esta sazón procuraron ensancharse, por el lado de Etruria, los pobladores de la Galia Cisalpina, que sentíanse estrechos en el valle del Po. Los etruscos acudieron a Roma en demanda de auxilio y Roma se los prestó. Los galos, con este motivo, declararon la guerra a etruscos y romanos. El ejército romano tuvo un grave contraste en las márgenes del Alia y quedó abierto para los galos el camino de Roma.

Solamente habían quedado en esta ciudad algunos ancianos, que colocándose con inmovilidad marmórea en lugares adecuados de sus casas, simulaban ser estatuas de adorno. Uno de esos ancianos, llamado Papirio, fué tironeado de sus blancas y largas barbas por uno de los jefes galos, con el propósito de cerciorarse de su verdadera condición. Papirio tenía en la mano un bastón de marfil, con el que dió un fuerte golpe al galo en respuesta a su acción. Comprobado que no se trataba de estatuas, los galos pasaron a degüello a todos los ancianos que habían quedado en la ciudad y la arrasaron e incendiaron a ésta.

Sólo quedó inmune la cima del Capitolio, en la que

se habían atrincherado algunas fuerzas romanas al mando de un oficial llamado Maulio. Resistieron estas fuerzas durante siete meses el asedio de los galos, los cuales resolvieron una noche escalar la altura asiéndose a las zarzas y aprovechando el sueño de los sitiados. Habían ya realizado los sitiadores la mayor parte de su plan y saltaban algunos de ellos las muralias sin haber sido sentidos, cuando graznaron estrepitosamente los gansos que la guarnición romana tenía consagrados a la diosa Juno. Maulio y sus soldados acudieron en el acto a defender la posición y pudieron rechazar el asalto.

Mas ya su resistencia tocaba al fin. El hambre, la sed y la desnudez vencieronlos a poco y hubieron de rendirse. Exigieron los galos por su rescate mil libras de oro, para pesar a las cuales presentaron una balanza que estaba falseada. Como los romanos reclamaran por las malas pesadas, el jefe galo pronunció las siguientes palabras que se harían famosas: "¡Vae victis!" (¡Ay de los vencidos!)

Nombrado Camilo dictador de Roma, levantó un ejército con el que desalojó de la ciudad a los galos y los corrió hasta su territorio.

Guerra con los samnitas. — Los samnitas formaban múltiples tribus incultas y guerreras que ocupaban la zona de los Abruzzos. Con ellos chocó Roma, cuando viéndose libre de los galos, volvió a sus planes conquistadores y los puso en acción por el lado de la Italia central.

Duró más de medio siglo esta lucha entre Roma y los samnitas; y se dividió en tres etapas.

La primera fué de resultado dudoso y cerróse como para un descanso en que los contendientes pudieran reponer sus fuerzas.

En la segunda etapa los romanos tuvieron un episodio adverso. Atravesando su ejército un valle rodeado de altas montañas y que sólo tenía salida por dos desfiladeros llamados las Horcas Caudinas, fué envuelto por los samnitas y no pudo salir del lugar sin un pacto y ceremonias humillantes. Pero el Senado de Roma no

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LA EPOCA DE LAS CONQUISTAS EN LA ANTIGUA ROMA

<i>Leyendas</i>	<i>Guerras</i>	<i>Acciones más nombradas</i>	<i>Figuras que se destacaron</i>	<i>Resultados para Roma</i>
Coriolano y su madre.	De Albania	—	Tulio Hostilio	Conquista del Lacio
—	Con los etruscos, volscos, ecuos y latinos.	Celada a los Fabianos y toma de Veyes.	El dictador Camilo	Conquista de Etruria.
Cincinato y el gobierno público.	Con los galos	La del Capitolio y los gansos sagrados.	Maulio	Conquista de la Galia Cisalpina.
—	Con los samnitas	La de las Horcas Caudinas; la del lago Vadimón; y la de Apulia.	El cónsul Decio y su hijo. Curio Dentato.	Conquista del territorio de los Abruzzos.
—	Con los griegos del Sur.	Batalla de Benevento.	Pirro	Conquista de la Magna Grecia.

aprobó ese pacto, y reanudadas furiosamente las hostilidades, las legiones romanas consiguieron imponer a los samnitas todo lo que ellos les impusieran poco antes.

Para la tercera etapa de la lucha entre samnitas y romanos, procuráronse los primeros la ayuda de los latinos o umbríos y de los galos y etruscos, pueblos todos que se consideraban agraviados por Roma o que le tenían envidia. Aunque pareció que toda la Italia central habíase coaligado contra Roma y pudo así pensarse que Roma sería vencida, sucedió lo contrario. Las dos victorias que decidieron la contienda en favor de los romanos, fueron obtenidas: una en Etruria, en el lago Vadimón, el año 311; y la otra en Apulia, en Aquilonia, el año 293.

Durante esta larga guerra, abundaron los actos de arrojo por parte de los romanos.

Así el Cónsul Decio que, viendo cejar a sus soldados en una batalla, resolvió ofrecerse a los dioses como víctima y se lanzó al medio de los enemigos a una muerte que era segura. Ante este ejemplo sus compatriotas se jugaron enteros en la acción, ganándola en definitiva. Un hijo de este Cónsul hizo con posterioridad análoga cosa, con el resultado de otra victoria.

Merece también mencionarse un rasgo de Curio Dentato, a quien le había tocado dar los últimos golpes a los samnitas. Estos, para detenerlo, le ofrecieron oro. Curio Dentato comía frugalmente en una cazuela, cuando llegaron hasta él los enviados de los samnitas y le hicieron su propuesta. "Decid a los que os envían — contestó — que los que saben desdeñar el oro, mandan a los que lo poseen".

Guerra con los griegos del Sur. — Roma no se satisfizo con vencer a los samnitas, pues aspiraba a conquistar también el mediodía de Italia, ocupado por colonias griegas.

Pudo someter sin mayor esfuerzo a estas colonias, excepto Tarento que, aparte de manifestarse en múltiples formas dispuesta a no ceder, hizo objeto de agravios a una escuadra romana que había fondeado en su puerto.

Ante este suceso, que el Senado de Roma interpretó como una provocación, declaróle él la guerra a Tarento. Esta ciudad carecía de ejército y llamó en su auxilio a Pirro, rey de Epiro; y Pirro arrastró tras de sí a los griegos del sur.

Pirro. — Pirro se hallaba en el territorio de la Albania actual.

Era este rey, un griego que se creía llamado a gran papel en la historia, en su calidad de pariente de Alejandro de Macedonia y jefe de pueblos habituados al guerrear.

Desembarcó en Italia con 25.000 hombres y 20 elefantes y, merced a estos últimos con los que los romanos todavía no habían aprendido a combatir, venciólos en Heraclea y en Asculo.

Pero fueron triunfos muy caros por la mortandad que produjeron en los atacantes, de donde nació la frase "victorias a lo Pirro" para designar aquellas que dejan deshecho al vencedor.

De tal suerte vióse debilitado Pirro, no obstante sus dos victorias, que envió un embajador a Roma proponiéndole la paz. Este embajador era Cineas.

Estaba Cineas a punto de lograr su propósito de una paz ventajosa, cuando se presentó en el Senado un descendiente de los Apios que había sido Cónsul. Llegaba enfermo, sin poderse valer por sí mismo; y dijo que iba en ese estado, con peligro de morir, para cumplir con el deber, que creía pesaba sobre él, de advertir a los senadores que la República no podía entrar en negociaciones, mientras quedara un extranjero en el suelo itálico.

Este acto produjo honda impresión y decidió una respuesta que hizo reanudar la guerra, pues Pirro, a quien se le exigía el inmediato retiro del suelo de Italia, no podía producirlo sin perder la partida, conviniéndole más entonces proseguirla, cual lo hizo.

El General griego se lanzó sobre Sicilia y la conquistó. Vuelto a Italia, los romanos derrotáronle en Benevento y le obligaron a retirarse al punto de su procedencia, donde poco después dejó de existir.

Esta guerra, que terminó con el sometimiento de Tarento, duró desde el año 280 hasta el 272.

Roma al terminar la conquista de Italia. — Con todo lo referido, Roma quedó convertida en una gran potencia, cuya buena voluntad resultaba ventajoso atraérsela para todos los pueblos del mundo de entonces.

Roma había demostrado saber conquistar. Distribuyendo sus favores, en proporción a la obediencia que obtenía; haciendo en extremo dificultosa cualquier acción contra su predominio, por medio de fortalezas que diseminó en todas direcciones, y de magníficas vías o caminos; y realizando de todas maneras el título de ciudadano romano, hasta hacerlo desear y solicitar por cuantos querían asegurarse amparo eficiente y tranquilidad, demostró que sabía también conservar lo que le habían proporcionado los recursos de su política y la fuerza de sus legiones.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

37. — ¿Quiénes fueron Coriolano y Cincinato?
38. — ¿Qué debemos entender por conquista del Lacio?
39. — ¿Cuáles fueron los pueblos que se aliaron con los etruscos, para la guerra de éstos con Roma?
40. — Episodios salientes de esta guerra.
41. — ¿Cuándo y porqué estableció Roma el estipendio militar?
42. — ¿Qué pasó en Roma, cuando la tomaron los galos?
43. — ¿Quiénes eran los samnitas y cuánto tiempo y con qué resultado lucharon contra los romanos?
44. — ¿Porqué y cómo declaró Roma la guerra a los griegos del Sur?
45. — ¿Quién fué, qué hizo y cómo murió Pirro?
46. — ¿Qué fué Roma, cuando terminó su conquista de Italia?



CAPITULO IV

GUERRAS PÚNICAS

Romanos y cartagineses. — Convertida Roma en la gran potencia que hemos visto, tropezó con el predominio que tenían los cartagineses en el Mediterráneo occidental.

Tal predominio provenía de la activísima corriente comercial que sustentaba la ciudad de Cartago, que había substituído a Fenicia, dominada por los persas, en la posesión de factorías, colonias y gran flota comercial.

La rivalidad entre Cartago y Roma quedó planteada de inmediato y originó al fin una lucha porfiada y prolongada (264 a 146) que tiene en la historia la denominación de "guerras púnicas"; en plural, por los tres períodos en que se dividió.

Los romanos llamaban "púnicos" a los pueblos fenicios; y de ahí el nombre que se dió a la guerra con Cartago.

Origen de Cartago. — El origen de Cartago remontábase al año 880 a. J. C., cuando producida en Tiro una rivalidad entre sus dos príncipes, Dido y Pigmalión, buscó el primero nuevo campo para su acción y arribó con un núcleo de adictos a las costas de Africa, donde pidió a los que las poblaban le diesen un pedazo de tierra no más grande que el que pudiese cubrir la piel de un buey.

Concedida la modesta petición, Dido hizo cortar la piel de un buey en correas largas y estrechas y, midiéndolas con ellas el suelo, obtuvo una extensión que dió el perímetro inicial de la ciudad que fundó, la cual fué Cartago.

Posición de Cartago en el Mediterráneo. — La posición que tenía Cartago en el Mediterráneo, permitió-

le dominar el estrecho paso que separa las dos cuencas de ese mar y comunicarse fácilmente con todo el mundo conocido.

Cuando Tiro decayó y, sobre todo, cuando desapareció, libre Cartago de ojos que la fiscalizasen, ocupó las islas del Mediterráneo, particularmente la de Sicilia; y se estableció en las costas de España, llegando además en excursiones frecuentes, por una parte hasta la Gran Bretaña y, por la otra, hasta las Islas Canarias.

Carácter de Cartago. — En Cartago vivíase para los negocios, siendo enteramente accesorio todo lo demás.

No interesaban en el pueblo cartaginés las instituciones ni las conquistas ni el arte, sino en cuanto concurrir pudieran al enriquecimiento nacional y pri-

Pueblo trabajador y emprendedor, habíase convertido el de Cartago en un emporio de producción e intercambio, como no lo tenía igual ninguna nación de la época.

Organización política. — Como Roma, Cartago era una república.

No había pasado, sin embargo, el sistema republicano cartaginés, por las sucesivas transformaciones que el sistema republicano romano.

Seguía dominante en Cartago una aristocracia, que no reconocía el menor derecho a la clase desheredada o pobre.

Gobernaban a Cartago dos "sufetes", con funciones más que nada judiciales; y un Senado que se compuso, primero, de 24 miembros y después de 100, miembros que, comenzando por ser vitalicios, lo fueron en definitiva por períodos anuales. Las facultades de este Senado eran amplísimas, pudiéndose decir que la verdadera dirección del Estado estaba en él.

Solamente tenían el carácter de ciudadanos, y por consiguiente, los derechos del voto, los miembros de las familias acaudaladas, entre las cuales se destacaban por la prevalencia alternativa la de los Hannon y la de los Barcas.

Cartago no tenía ejército nacional. Los cartagineses, absorbidos por los negocios y los placeres, carecían de tiempo para las funciones militares, las cuales por otra parte implicaban un riesgo para la existencia que nunca estaban dispuestos a afrontar si en su mano estaba el evitarlo.

La defensa militar de sus intereses tenía la confiada Cartago a tropas mercenarias, que sacaba de sus colonias, con particularidad de las españolas.

Extensión del dominio cartaginés. — Cartago estaba situada en Africa, al norte de Tunez y a buena distancia de Roma.

Su dominio, a pesar de ser tan importante, habría podido ejercitarlo tranquilamente, de no haberse extendido él a las islas del Mediterráneo y, sobre todo, a Sicilia.

Con su aptitud comercial y marítima, que habían heredado de los fenicios, los cartagineses desarrollaban una influencia poderosa mucho más allá de los límites territoriales de su nación.

Así, mediante sus caravanas, llegaban por el Sahara hasta el centro de Africa; por sus factorías, estaban en gran parte de Europa; por el Estrecho de Gibraltar, llegaban hasta Inglaterra y el Senegal; y por el Mediterráneo, inundaban con su comercio a los pueblos griegos.

Fuerzas respectivas de Roma y de Cartago. — El poder militar de Roma se asentaba sobre su ejército de tierra, que ya hemos visto de cuánto era capaz. El poder ofensivo de Cartago estaba en el mar, puesto que poseía numerosísimos barcos y una población hecha toda a navegar.

Cartago tenía, además, dinero en abundancia.

Pero Roma era una nación que había llegado al señorío de la ley y cuyos habitantes, por decirlo así, sentían la patria, porque todas las clases sociales de Roma habían llegado a significar y pesar como factores del progreso colectivo y de un interés común.

En Cartago, a la inversa, sólo una clase podía interesarse de verdad en las victorias de guerra: la clase

dueña de los privilegios y regalías, que venciendo se conservarían y perdiendo podrían desaparecer. Mas esa clase privilegiada no entendía de sacrificios y, por un interés, no trepidaba en ceder de cualquier arresto digno. La masa popular cartaginesa, que sabía no mejoraría ni empeoraría su condición con ninguna guerra, cualquiera que fuese su resultado, tenía que sólo contemplar en ella la contribución de sangre que le requeriría. No podía ser, pues, elemento ponderable para el éxito, a menos que se la templase e inflamase con el fuego de algún ideal.

En cuanto a los soldados mercenarios que contrataba Cartago en España, completándolos con otros de la Galia y la Numidia, eran valerosos y no desconocían la ciencia militar; pero no podían formar un ejército como el romano, por la falta de cohesión en que los colocaba lo diverso de su origen y porque no obedecían a otro interés que el de la paga; interés que nunca podía ser tan fuerte, como el de la conservación del propio bienestar y la propia vida, en la grandeza del propio país.

Causas lejanas y causas próximas de las guerras púnicas. — Roma, potencia europea; y Cartago, potencia africana, pudieron desenvolverse sin chocar. Tanto más se impone al espíritu esta creencia, si se considera que lo que principalmente interesaba a Roma era el dominio y a Cartago los negocios.

Pero la influencia comercial concluye por refluir sobre lo político. Roma y Cartago entraron, pues, en emulación.

He aquí la causa, que podemos llamar lejana, de las guerras púnicas.

Cartago hacíale sombra a Roma. Para unos pueblos, era más que ella; para otros, igual. En ambos casos Roma, que estaba enorgullecida por su éxito, tenía que anhelar que ese estado de cosas no continuase.

La causa próxima de las guerras púnicas, estribó en la posesión que tenía Cartago de varias islas del Mediterráneo, más próximas a Italia que al Africa; alguna de ellas, como Sicilia, casi geográficamente italiana.

Primera guerra. — Roma comprendió la necesidad que tenía de incorporarse a Sicilia, cuando comenzó a encontrarla en su camino al ejercer la dirección, que había alcanzado, de la Magna Grecia.

En esta situación surgió una disputa entre los pobladores de Sicilia y los de Mesina. Roma apoyó a los primeros. Cartago se puso del lado de los últimos.

Agriada de día en día esta controversia, Roma resolvió arrojar a los cartagineses fuera de Sicilia y sobrevino la primera guerra púnica, que duró desde el año 264 hasta el 241, o sea 23 años.

Batalla de Micenas. — Roma se apercibió en seguida de su impotencia por mar.

De nada le servía expulsar de Sicilia a los cartagineses, en tanto éstos quedasen dueños de las aguas.

Como casualmente encallara en la costa italiana una galera cartaginesa, los romanos la estudiaron y, tomándola de modelo, construyeron otras análogas, con las que comenzaron a surcar las aguas del Mediterráneo.

Pero los cartagineses, mucho más diestros que los romanos en el mar, se les escapaban si se veían débiles.

Al efecto de evitar esto, el Cónsul Duilio ordenó se agregase a los bajeles unos puentes que, arrojados sobre las naves enemigas, las asían con garfios de hierro permitiendo el abordaje, en el cual los legionarios romanos podían desarrollar sus conocidas calidades para la lucha en tierra.

Mediante esta innovación de los puentes y los garfios, los romanos consiguieron la victoria naval de Micenas en la costa norte de Sicilia, el año 260; y 4 años después, en 256, la de Ecnome, que les abrió el camino de Africa.

Los romanos en Africa. — El afán de Roma era llegar a Cartago y hasta dos leguas de la misma se acercó el Cónsul Régulo, con un ejército que salvó afortunadamente las dificultades de su traslado por mar.

Régulo sitió inmediatamente a la ciudad y ésta se mostró dispuesta a parlamentar.

Mas el Cónsul romano, considerándose dueño de la situación, propuso condiciones de arreglo que los cartagineses sólo podían aceptar estando en absoluta impotencia.

No lo estaban. Tenían tropas en más que regular número y las pusieron bajo el mando del general griego Xantipo, llamado el lacedemonio, quien sorprendiendo a Régulo, que pecaba de excesivamente confiado, infligióle una derrota completa, al punto de tomarlo prisionero a él mismo.

Cinco años estuvo Régulo cautivo, durante los cuales la suerte de Cartago en la guerra había sido variable.

Deseando el Senado cartaginés recuperar los prisioneros que le había hecho Roma, habló a Régulo de enviarlo con la propuesta de entregarlo a cambio de aquéllos, siempre que se comprometiese, por su honor, a volver en el caso de que la proposición fuese desechada. Régulo contrajo este compromiso y partió para su patria. Una vez en Roma fué el primer abogado en contra de la aceptación del canje, que le parecía desatinado, aun siendo él un Cónsul, porque los prisioneros que Roma debía devolver eran muchos; y no paró hasta obtener que el Senado romano rechazase la propuesta. Ello ocurrido, Régulo se dispuso a retornar a su cautiverio y lo hizo desoyendo todos los ruegos. Su honor empeñado — decía — debía estar por encima de su comodidad y de su propia vida.

Los cartagineses sólo vieron, de la acción de Régulo, lo que les había dañado; o sea, su esfuerzo para que no prosperase la proposición de canje. La grandeza moral del retorno, fué cosa superior a su comprensión. Condenáronlo a muerte a Régulo y, según una leyenda, diéronsla encerrándolo en un tonel erizado de puntas de hierro, que echaron a rodar desde lo alto de un monte.

Combates en Sicilia. — Entre tanto Amílcar Barca, general de distinguidísimas dotes, perteneciente a la familia que dominaba a la sazón en Cartago, había conseguido resistir en Sicilia a todos los ataques de las legiones romanas.

Roma se dió cuenta de que para dominar aquella resistencia, en que se unían la inteligencia y el denuedo, era indispensable obstruirle a Amílcar la vía por donde le llegaban los recursos y refuerzos, vía que era la del mar.

Y dedicáronse los romanos a mejorar su escuadra, con la habilidad y tenacidad que les era propia.

Triunfo de los romanos. — Una batalla naval que se dió en 241, al norte de Sicilia, en la costa de las Islas Egates, aseguró a los romanos el imperio del mar.

Cartago, temiendo la ruina de su comercio, pidió la paz y renunció a la Sicilia, que pasó a ser una provincia romana.

Fin de la primera guerra. — Con esto terminó la primera guerra púnica, sin que empero la paz pactada fuese otra cosa que una tregua, pues tanto Roma como Cartago dábanse cuenta de que la partida jugada no había sido definitiva.

El tratado de paz. — Además de la pérdida de Sicilia, el tratado de paz habíale impuesto a Cartago el pago de una fuerte indemnización por los gastos que Roma hiciera en la guerra.

Algunos autores hacen ascender a veinte millones de pesos oro el monto de esa indemnización, que los cartagineses se obligaron a pagarla en 20 años.

Resultado de la primera guerra. — El resultado de la primera guerra púnica fué, pues, ventajoso para Roma bajo todos los aspectos.

Aprendió esta nación, con la mencionada guerra, a desenvolverse en el mar y organizó su escuadra; ensanchó su territorio y, encima de esto, recibió dinero.

No podía anhelar más.

Roma y Cartago durante la tregua. — En la tregua, tanto Cartago como Roma tuvieron adversidades; pero ellas no impidieron a la última, como se verá, seguir mereciendo el concepto de afortunada.

En virtud del fuerte tributo que se le había impuesto, Cartago no pudo pagar de manera regular a su ejér-

cito, que ya sabemos se componía de mercenarios. Ese ejército se le sublevó, debiendo Cartago desangrarse, desde el año 241 hasta el 237, para dominar el movimiento.

Esto mismo no lo habría conseguido sin la fidelidad de su mejor general, Amílcar Barca, que fué quien concibió y ejecutó el plan de encerrar a la mayor parte de los amotinados en el desfiladero de Hache, donde se les hizo perecer de hambre.

Los demás debeldes, que se habían atrincherado en Túnes, fueron vencidos y exterminados allí.

Aprovechándose Roma de estas dificultades en que se veía Cartago y, no obstante la paz y sus tratados, se apoderó de Córcega y de Cerdeña y comenzó a poseisionarse de toda la costa del Adriático por medio de una poderosa escuadra que envió allí.

Pero cruzóse de improviso, contra estos planes, un ataque a Roma de los galos cisalpinos.

En un principio de esta emergencia, pareció que Roma llevaría las de perder.

Empero la batalla de Telamón resultó favorable para las armas romanas, enormemente superiores a las de los galos; y, perseguidos éstos después de la derrota, no pudieron hacer pie en ninguna parte.

El resultado fué que Roma, además de mantener sus conquistas de Córcega, Cerdeña y el Adriático, ocupara a Milán y se anexara la Galia Cisalpina.

Extensión de las conquistas de Roma. — Las conquistas hechas por Roma representaban, en extensión, casi todo lo que forma la Italia peninsular de hoy, más la Magna Grecia y las islas del Mediterráneo.

Ninguna de las naciones entonces existentes alcanzaba, desde el punto de vista territorial, la importancia de Italia, que se preparaba de esta manera para constituir, con el tiempo, lo que sería el inmenso y famoso Imperio Romano.

Los cartagineses en España. — Mientras tanto habíase formado en Cartago un partido de creciente potencia en torno de Amílcar Barca, vencedor de la insurrección de los mercenarios. Ese partido levantaba la

bandera de la igualdad social de todos los cartagineses, con el complemento de un ejército nacional de magnitud y capacidad suficientes para vencer a Roma.

Los aristócratas, que por una parte temieron el auge de estas aspiraciones y, por la otra, presentían que el comercio cartaginés padecería mucho con otra guerra, diéronse a meditar sobre un plan que los salvara de estos peligros y lo encontraron.

Amílcar se había convertido en ídolo del pueblo, que unánimemente lo creía llamado a hacer revivir las glorias de Cartago. Sin rechazarle su ensueño de la revanche con Roma, ofreciéronle, como campo preparatorio para la misma, un ensanche de las posesiones cartaginesas en España.

Hacia este campo marchó Amílcar jubiloso, seguido de gran número de parciales; y con éstos y los elementos que reclutó en España, conquistóla hasta el río Ebro, fundando en el suelo ganado un verdadero imperio cartaginés al que dió por capital la ciudad de Cartago Nova, hoy Cartagena.

Amílcar. — A la inversa de sus connacionales de origen noble, no era Amílcar un materializado de la vida. Comprendía la patria y no la amaba tan sólo por los beneficios que le pudiera proporcionar, sino por lo que en ella había de sepiritual: una tradición, una raza y una capacidad de civilización y de progreso.

Formó Amílcar en España un ejército que fué su imagen y que, como él, ansió medirse con Roma.

La aversión del conquistador de España era tan honda contra quienes le habían arrebatado a Cartago la Sicilia y otras zonas territoriales, que habiendo llamado a su lado a su hijo Aníbal, le hizo rendir, cuando llegó, un solemne sacrificio a los dioses y jurar que sería siempre enemigo de los romanos.

Amílcar afianzó sus conquistas con una administración diligente y disciplinada, sucediéndole, cuando falleció, su cuñado Asdrúbal, bajo el cual completó su preparación militar y comenzó a destacarse el hijo del Barca extinto, Aníbal, futuro gran capitán de la anti-güedad.

Segunda guerra púnica. — La segunda guerra púnica quedó virtualmente iniciada en el año 219, cuando Aníbal, elevado por muerte de Asdrúbal a la jefatura del ejército y las posesiones cartaginesas en España, atacó, ocupó y destruyó la ciudad de Sagunto, que estaba aliada con los romanos.

Roma envió inmediatamente una embajada a Cartago, exigiendo reparación por aquella hostilidad con que había sido interrumpida la paz entre las dos naciones. La aristocracia cartaginesa hubiera dado esa reparación; más el pueblo, admirador de Amílcar, había pasado ese sentimiento al hijo y estaba orgulloso por la toma y destrucción de Sagunto.

Tuvo así que contestar Cartago a la embajada, en una forma que permitiese mantener la paz sin desautorizar lo de España.

Roma planteaba la cuestión en estos términos: paz o guerra. No sería Cartago la que eligiese. Que hiciera la elección, Roma.

Roma eligió el segundo de los términos y sobre vino la segunda guerra púnica.

Aníbal. — Quien provocara esta situación, no lo había hecho impremeditadamente, sino a designio. Conocemos el juramento que Aníbal prestara ante los dioses, inducido por su padre. Había vivido, consumido por el anhelo de cumplirlo.

Antecedentes biográficos. — Tenía Aníbal, a la sazón, 27 años; y habíase singularizado, como jefe militar, por dotes eximias que su acción ulterior mostraría todavía acrecentadas.

Era de una resistencia extraordinaria para las privaciones; de una tenacidad en sus planes, que no excluía los recaudos de la más cuidadosa previsión; y de una firmeza de propósitos, que lo hacía no amilanarse ni ante la adversidad ni ante los obstáculos.

Aníbal en España. — Desde que asumiera la dirección de las posesiones cartaginesas en España, Aníbal habíase consagrado a rodearlas de las máximas condiciones de seguridad.

Guiado aparentemente por este solo pensamiento, había robustecido día por día su ejército no sólo en cuanto al número de soldados sino, con particularidad, en cuanto a la destreza de los mismos para combatir.

No buscó dominar a sus soldados por solo el rigor, sino, principalmente, por el propio ejemplo de la actividad y por la constante prédica de la subordinación en que debe estar toda criatura a las exigencias del honor.

Quería un ejército que se moviera, como bajo un solo resorte, por la acción de su voluntad; y no paró hasta que lo consiguió.

Causas de la segunda guerra. — Sabiéndose dueño de la fe de sus soldados, Aníbal atacó a Sagunto.

No podía ignorar las consecuencias de este paso, que desató la segunda guerra púnica. Mas, le constaba que solamente así, ante un conflicto ya creado, podría ser vencida la tendencia invariablemente transigente de que era expresión, la clase social privilegiada que gobernaba en Cartago.

Aníbal creía que era su patria, y no Roma, la nación bajo cuyo dominio debía quedar el mundo. Alejandro el Grande había hecho un inmenso imperio. Cartago podría sobrepasar la obra de aquel formidable guerrero y gobernante, porque estaba bajo todos los aspectos en mejor situación; y superaría la obra de Alejandro para bien de la humanidad, porque el genio cartaginés era de expansión comercial, mientras el impulso que movía a Roma no pasaba del afán de imponer un yugo.

Expedición de Aníbal a Italia. — Apenas produjo Roma su opción por la guerra, Aníbal escogió 50.000 de sus mejores soldados e inició el plan que tenía concebido y con el que asombraría al orbe.

No pediría nada a Cartago; ni esperaría nada de allí. Se lanzaría solo, por donde nadie lo hubiera osado y se dirigiría al corazón mismo de Roma, para herir mortalmente su poder.

Roma dominaba en una vastísima zona del globo; pero los pueblos que obedecían a su autoridad estaban,

a juicio de Aníbal, anhelosos de sacudirla. Los sublevaría a todos bajo el amparo de su ejército, el cual, aunque se debilitase en la tremenda marcha que emprendería, se fortalecería luego con los innumerables aliados que, una vez en Italia, se haría él por la fuerza de la razón o por la razón de la fuerza.

Dificultades de la empresa. — Basta saber que la travesía de los Alpes no la hace individualmente nadie sin riesgo grande y sin padecimientos, para darse cuenta de las dificultades que debió vencer Aníbal en su marcha hacia Italia, con un ejército por esa vía.

Paso de los Alpes. — Las cumbres gigantescas que le fué forzoso escalar; los vientos huracanados, que hubo de soportarlos entre la nieve; las escarpadas y angostas gargantas; y el intenso frío que sólo se podía combatir con el fuego, el cual unas veces no lo consentían las lluvias y otras la necesidad de avanzar, pudieron creerse óbices invencibles para las humanas fuerzas.

No fué así, por la fortaleza de aquella voluntad que guiaba a los expedicionarios y que aparecía accionando, dondequiera que se notaba un desfallecimiento, en forma adecuada a conjurarlo.

Si penoso fué el ascenso de los Alpes, no lo resultó menos el descenso hacia las llanuras italianas. Las sendas resbalosas poblában los abismos de caballos, jinetes y carros despeñados.

Mas, por fin, a los 17 días de aquella marcha, que podríamos llamar dantesca, porque pudo haberle dado lugar el autor de la "Divina Comedia" en su grandiosa concepción de los sufrimientos, Aníbal y lo que le restaba de su ejército salieron de los Alpes.

Habían sido 50.000 los que partieron. No alcanzaban a 25.000 los que llegaron: todos, exhaustos, hambrientos y semidesnudos, pues sus uniformes, desgarrados por todas partes, no eran sino harapos.

Combates en el norte de Italia: sus resultados. — Al penetrar Aníbal en la parte norte de Italia, no se pusieron de su lado los galos, como lo había calculado.

Durábalos el recuerdo del duro castigo que Roma les infligiera por rebeldías anteriores; y prefirieron mantenerse ajenos a la contienda que se abría.

Pero cuando Aníbal alcanzó las victorias del Tre-sino y del Trebia quedando con ellas dueño de la alta Italia, los galos salieron de su apatía y acudieron en tropel a engrosar las filas del invasor.

Apoyado en ellos atravesó Aníbal el Apenino. Al penetrar en los pantanos del Arno, hubo de perder en ellos a buena parte de sus soldados. Pero se compensó de todo esto con la completa derrota que consiguió infligir al Cónsul Flaminio, cerca del lago Trasimeno.

Después de esta acción, sólo 40 leguas lo separaron a Aníbal de Roma. Sin embargo, no por esa proximidad abandonó él su característica cautela.

Describiendo un semicírculo en torno de su presa ambicionada, bajó hacia el sur por Apulia e incorporó a su autoridad cuantas poblaciones halló al paso.

Fabio Constator. — En estas operaciones, el general cartaginés comenzó a sentir hostilidades, ya de un lado ya del otro.

Provenía esto de un plan que había puesto en desarrollo el dictador Fabio, llamado el Contemporizador o Constator, plan que tenía por fin cansarlo a Aníbal con pequeñas acciones, sin darle ocasión para ninguna batalla en forma.

Mas esta táctica lastimaba el orgullo de los romanos y, bajo la excitación del sentimiento público, fué necesario elevar al gobierno a un representante de las muchedumbres, plebeyo de origen y carnicero de profesión, que se había granjeado el favor popular atribuyendo a obra de la nobleza la falta de virilidad en la resistencia.

Para satisfacer las encontradas tendencias, se resolvió que los Cónsules fueron dos: uno, el plebeyo a que nos hemos referido, que se llamaba Terencio Varrón; y el otro, Pablo Emilio, espectral patricio.

Este último era partidario de la prudencia en la defensa, inclinándose a los procedimientos que aplicara

Fabio. Varrón, a la inversa, quería las grandes batallas inmediatas.

Como los dos Cónsules mandaban el ejército por turno, Terencio Varrón aprovechó el suyo para acercar el ejército romano al ejército cartaginés y se produjo la batalla de Cannas.

Batalla de Cannas. — Fué dada esta batalla por Aníbal, en inferioridad numérica de soldados. Eran 80.000 los de Roma, presentados por Varrón; y sólo 50.000 los de Cartago.

Pero Aníbal conocía, por un previo y detenido estudio, la extensa llanura que la batalla haría famosa; y supo aprovecharse de todas las ventajas de una buena colocación de sus tropas, para las cuales resultaron propicios el viento, el polvo y el sol, que los tuvieron de cara los romanos.

Tenía además el cartaginés, superioridad de adiestramiento en sus soldados.

Encima de esto, Aníbal actuó en toda la batalla como un gran estratega.

El resultado fué que los romanos quedaron deshechos, perdiendo en la acción 70.000 combatientes.

Importancia de la batalla de Cannas. — Pone en evidencia la importancia de la batalla de Cannas, la simple consideración de que colocó en las manos de Aníbal la suerte del mundo.

Si fué la influencia romana y no la de Cartago la que condujo a la humanidad durante largas centurias después de las guerras púnicas, ello debióse a que sucesos posteriores modificaron la situación en que la batalla de Cannas dejó las cosas.

Cannas tuvo el carácter del hundimiento del poder romano, siendo verdaderamente de admirar que Roma consiguiera levantarse del terrible golpe que sufriera y volviese en definitiva a prevalecer.

La estrategia de Aníbal. — Además de la habilidad en la elección del terreno y en la colocación de sus fuerzas, destacó la estrategia de Aníbal la aplicación magistral que hizo del movimiento envolvente, a que pro-

curan llegar, como es sabido, todos los peritos en la ciencia militar.

Para tal efecto formó sus tropas en media luna, hecho lo cual: con su infantería de vascos, valerosa y ágil; su caballería de españoles y númidas, que cargaba sin frenos, como una tromba; y sus honderos baleares, de raro acierto en el tiro, empujó por decirlo así a los romanos en la dirección que le convenía, que era el centro de la formación cartaginesa.

Esto ocurrido, cerró Aníbal las alas de la media luna y, quedando cercados los romanos, viéronse atacados por el frente, la espalda y lateralmente, produciéndose, con su derrota, la tremenda matanza que caracterizó a la batalla de Cannas.

Situación de los romanos después de Cannas. —

De no haberle quedado a Roma intactas sus colonias, hubiera sido desesperante su situación después de la batalla de Cannas.

En dichas colonias tenían los romanos guarniciones, con las cuales les fué posible rellenar los claros que se habían abierto en sus filas; y concluyeron por recibir de las mismas toda clase de auxilios en alimentos y en dinero.

Pero el primer tiempo que subsiguio a la derrota de Cannas y la misma tranquila percepción y utilización de las ayudas coloniales, pidieron un ánimo superior a los desfallecimientos naturales y comunes. Solamente el vigor excepcional de Roma, probado de mil maneras y ratificado de modo admirable en esta oportunidad, explica que no buscara la paz y se sometiera a las exigencias del capitán cartaginés.

Hay un hecho que muestra a lo vivo el temple del alma romana en los días que estamos evocando.

Cuando, deshecho Varrón, no parecía poder salvar ni los restos de su ejército, presentósele en ayuda el otro Cónsul, Pablo Emilio, con algunas tropas descansadas. Merced a ellas se pudo organizar una retirada de los soldados romanos del combate, que habían quedado con vida.

Pero fué tal el dolor de Pablo Emilio al contem-

plar las magnas proporciones del desastre, que lo venció y se quitó la vida.

Varrón, en cambio, afrontó las responsabilidades de la situación y se dirigió a Roma con los pocos millares de soldados que le habían quedado.

El Senado romano le salió al encuentro y, en vez de censurarlo y formarle juicio, lo felicitó de manera calurosa por no haber desesperado de la república.

Movimientos de Aníbal. — Aníbal, por su parte, no dejó de percibir que, avanzando sobre Roma a raíz de su victoria, habría podido imponerle la ley.

Alguno de sus generales pidióle, hasta como favor, el cometido de tal avance.

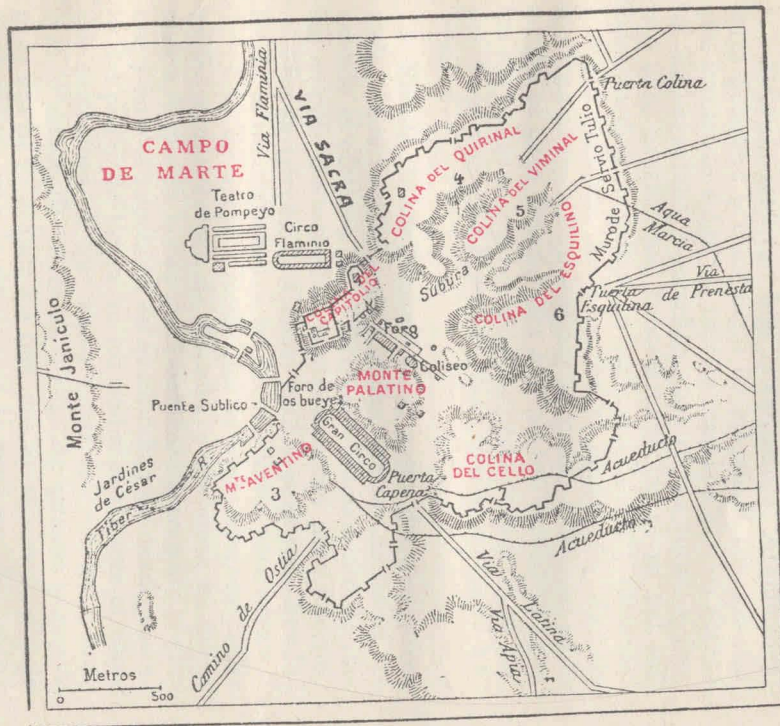
Mas Aníbal veía a su ejército extenuado y consideraba necesario su refuerzo. Pidió tropas a Cartago, enviando a su Senado un celemín de anillos de oro que había hecho arrancar de los caballeros romanos muertos en Cannas y, para esperar aquellas tropas en el descanso, se retiró a Cápua.

La vida muelle haría allí, con sus soldados, lo que no había podido conseguir la bravura de las legiones romanas; es decir, los destemplan; siendo éste el origen de la frase: "delicias de Cápua", que se aplica a las horas inactivas y placenteras que debilitan o matan la energía.

Aníbal en el Sur de Italia. — Como pasaran los meses y Cartago no contestara, Aníbal se dirigió en demanda de ayuda a su hermano Asdrúbal, que había quedado al frente de las posesiones cartaginesas en España; librando, entre tanto, acciones parciales en el Sur de Italia y amagando con ellas, algunas veces, a Roma.

Como consecuencia de la victoria del cartaginés y también por su instigación, subleváronse contra Roma la mayor parte de las ciudades de Sicilia y Siracusa.

Roma, en respuesta, entregó un ejército a Fabio el Contemporizador, vuelto a su confianza; y envió a Sicilia a un general nuevo, que había comenzado a acreditar condiciones distinguidas. Este general era Marcelo, al que se le llamaba ya "espada de Roma".



Roma y sus siete colinas.

Fabio volvió a aplicar con Aníbal su táctica de no presentarle nunca batalla campal y obligarlo a combatir constantemente; y Marcelo, luego de dominar las sublevaciones de Sicilia, pasó a Siracusa y la puso sitio en el año 212.

Fué una larga y reñidísima lucha.

Siracusa tenía un hijo talentosísimo, Arquímedes, sabio geómetra y constructor de máquinas. Inventó una que, arrojando sobre los bajeles romanos garfios potentes, los levantaba y estrellaba contra las rocas; e instaló unos espejos que, concentrando los rayos del sol, determinaban incendios en las embarcaciones romanas.

Sin embargo, los romanos al mando de Marcelo tomaron al fin a Siracusa por sorpresa, muriendo en la acción el gran Arquímedes que no fué reconocido por los asaltantes y que no se había dado cuenta de lo que pasaba por tenerlo abstraído sus cálculos mentales habituales.

Estado de sus fuerzas. — A pesar del tiempo corrido desde la batalla de Cannas, Aníbal no había retomado la ofensiva en el territorio propiamente de Italia; y cada día veíase menos capacitado para hacerlo.

En su ejército de Cápua, habían penetrado hondamente la desconfianza y las inclinaciones pacifistas.

Con un apego grande por la vida aquellos rudos soldados que llevara de España, o reclutara en Italia misma, y que en buena parte habíanse entregado al placer; y bajo la impresión en que estaban del resurgimiento del poder de Roma, ni los podía convencer el capitán cartaginés de que había lugar todavía para cambiar el estado de las cosas a base de audacia y arrojo; ni le era dado acallar los dictados de su conciencia de buen militar, que le decían era la suya una base débil para empresa tan grande.

Comprendiendo que Cartago lo dejaba abandonado a sus solos recursos, únicamente confió en los auxilios de España, que no podía creer dejara de enviarle su hermano Asdrúbal.

Acudió éste, en efecto, a Italia con un ejército, encabezando al cual pasó los Alpes. Pero los romanos sa-

liéronle al encuentro y, presentándole batalla a orillas del Metauro, lo derrotaron.

La cabeza de Asdrúbal arrojada por los romanos al campamento de Aníbal, fué la notificación que tuvo éste de tan doloroso contraste.

¿¿Qué hacer?

Aníbal era digno contendor de los romanos. Como ellos, no cedió.

Se mantuvo durante 5 años, defendiendo palmo a palmo el suelo italiano que pisaba. Arrojábanlo de un lado y se afirmaba en otro.

Estrechado y acorralado cada vez más, se refugió en la punta de la península itálica, en la región llamada del Brucio.

La actitud de Cartago. — Conocimos oportunamente la rivalidad que existía en Cartago entre las familias de los Barca y los Hannon. A esa rivalidad cupo parte muy principal en el abandono aparentemente incomprensible en que dejó Cartago a su gran general.

Cuando el Senado cartaginés consideró el pedido de Aníbal, uno de los Hannon sintetizó la situación de esta manera: "Si Aníbal es vencedor ¿para qué necesita refuerzos? Si por el contrario nos engaña ¿merece que se los enviemos?"

Como los núcleos dominantes en Cartago nunca habían sido partidarios de la guerra con Roma, aceptándola tan sólo en fuerza de las circunstancias, el raciocinio de aquel Hannon decidió la respuesta del silencio para la demanda del ilustre cartaginés, que se había jugado y seguía jugándose entero por su patria en el suelo de Italia.

Ya veremos el precio a que tuvo que pagar después Cartago este abandono.

Escipión en Africa. — Con la muerte de Asdrúbal y la destrucción del ejército que llevara él a Italia desde España, había quedado desamparado el dominio cartaginés en esta región.

A hostilizarlo y herirlo, de ser posible mortalmente, fué enviado por Roma Publio Escipión, que tenía

con Cartago un doble pleito pendiente: el nacional, por ser él romano; y el particular, que diremos, por haber perdido a su padre y a su tío en las guerras que estamos reseñando.

Escipión acreditó como militar las mismas condiciones de actividad, audacia y estrategia que Aníbal. Fué conquistando, una a una, las posesiones cartaginesas de España, hasta apoderarse de la propia capital de ellas, Cartagena.

Se imponía por la fuerza y a la vez por una hábil política, que congraciaba para con su patria la opinión de las poblaciones.

Cuando hubo terminado esta obra, propúsose hacer con Cartago lo que Aníbal hiciera con Roma.

¿Aníbal había llevado la guerra al sue'lo itálico? La llevaría él, al suelo africano.

Y a poco apareció con un fuerte ejército, en las proximidades de Cartago.

Zama. — La ciudad amenazada tembló. No había tenido para con Aníbal, que había probado que Roma podía ser vencida, sino la pasividad y el silencio; y Roma, restablecida de su quebranto, se le iba encima.

Bajo la impresión angustiosa del momento, la clase social que dominaba en Cartago percibió lo que antes no había querido ver; es decir, que en aquel General que había jaqueado solo a Roma durante 15 años, tenía Cartago el más potente sustentador de su grandeza. Y lo llamó con los acentos de la desesperación.

Pero el esclarecido capitán cartaginés no podía renunciar, sin gran dolor, al propósito que había siempre acariciado de no aparecer en Cartago sino después de haber vencido a Roma. Lloró amargamente aquella imposición de las circunstancias, que le obligaba a abandonar el teatro de su hazañosa y porfiada campaña.

Luego, no queriendo que se pudiera decir de él lo que de sus compatriotas del Senado cartaginés, cuando prefirieron hundida su patria antes que glorificada por un rival, partió para medirse con Escipión, sin trepidar ni aun en quitar la vida a todos aquellos de sus soldados que se negaban a seguirle.

Llegado Aníbal a Cartago, no le fué posible formar un ejército siquiera parecido al que llevara de España al suelo itálico. Los númidas, que le fueran tan útiles para empujar a los romanos en la dirección que le convenía, habían sido ganados por Escipión para su causa. Y Escipión era tan buen conocedor como él, de la importancia de la caballería en las batallas. Por otra parte los elefantes, de los cuales tampoco estaba muy abundante, ya no inspiraban terror a los romanos. Y, encima de esto, las tropas que hubo de mandar eran en mucha parte bisoñas y medrosas, habiéndose carecido de tiempo para adiestrarlas y disciplinarlas.

Producida en estas condiciones la batalla de Zama, en el año 202, Aníbal fué derrotado y Cartago tuvo que pedir la paz.

Sumisión de Cartago. — Las condiciones que impuso la nación vencedora, fueron bien duras.

Debería Cartago entregar sus bajeles, sus máquinas de guerra y sus elefantes; debería renunciar a sus posesiones en España; no podría tener ejército ni hacer guerra alguna, sin que Roma la autorizase para el efecto; tendría que conceder la independencia a Numidia, cuyo rey, Masinisa, quedaría bajo el protectorado de los romanos; y debería pagar una indemnización equivalente a 50 millones de francos, en 50 años; o sea, un millón por año.

Aníbal no debía tener más esperanza que la de una preparación lenta de su patria para el porvenir, por cuanto al ser consultado, lejos de resistir tales condiciones, aconsejó que fuesen aceptadas.

“Ofreced sacrificios a los dioses — dijo — y rogadles que intervengan para que el pueblo romano ratifique este tratado que se os propone”.

Esta ratificación se produjo y terminó así la segunda guerra púnica.

Ultimos años de Aníbal. — Apenas hecha la paz, Aníbal procuró que Cartago se lanzase por la vía de amplias reformas que afianzaran su unidad nacional y la encaminasen al robustecimiento de su poderío.

Pero Roma vigilaba y no tardó en pedir le fuese entregado el iniciador de aquel conato de reacción.

Aníbal entonces se trasladó a Siria, donde Antíoco, rey de Efeso, le dispensó una cordialísima acogida. Al poco tiempo Antíoco tuvo dificultades con Roma y concluyó por declararse su enemigo. Roma le atacó y, derrotado Antíoco, Aníbal tuvo que huir nuevamente.

Fué a parar a Bitinia, bien recibido por el rey Prusias. Pero éste se vió conminado por los romanos a la entrega de su huésped y parece ser que le significó a Aníbal que no tendría más remedio que acatar la exigencia.

Aníbal entonces absorbió un veneno, diciendo: "Libertemos a Roma de sus terrores".

Y desapareció de esta manera del mundo de los vivos, el gran capitán cartaginés.

Juicio sobre Aníbal y sus hechos. — La figura de Aníbal tiene contornos que no se podrán borrar de la memoria de las generaciones.

Sobre su empeño por la destrucción del poderío de Roma cabe la natural discusión, de conformidad a la filiación nacionalista y el concepto sobre la civilización que se posean.

Pero todas las opiniones concuerdan en que el paso de los Alpes, efectuado por el gran cartaginés; la batalla de Cannas, que acreditó en el vencedor la posesión de calidades militares eminentes; la resistencia de 15 años en Italia al poder romano rehecho y acrecentado; y la concepción que dejó Aníbal vislumbrar del plan de una revancha que sólo la fatalidad se la pudo frustrar, constituyen hechos merecedores de la admiración; los cuales dan la medida de lo que puede el hombre, animado por los vuelos de la inteligencia y empujado por la fuerza de la voluntad.

Tercera guerra púnica. — Un período de 48 años media entre la segunda y la tercera guerra púnica.

Ese período había sido provechosísimo para Cartago, que volvió a verse próspera y rica no obstante haber pagado casi toda la cuantiosa indemnización de guerra que le fuera impuesta.

Para la seguridad de Roma, esta prosperidad no revestía ningún peligro. Las inclinaciones de Cartago, ya sabemos que no eran guerreras; y, además, desde la desaparición de Aníbal había quedado esa nación sin conductor capaz de arrastrarla a las aventuras de guerra.

Pero, por un lado, el odio hacia Cartago que dejaron latente en Roma las guerras anteriores; y, por el otro, una cierta envidia de aquel resurgir portentoso no creído posible y que en verdad no se podía asegurar no llevase en su entraña alguna amenaza para el futuro, debían producir la tercera guerra púnica.

Imbuído de estos sentimientos y prevenciones estaba Catón, esclarecido ciudadano romano a quien se daba el apodo de "El Censor", por la frecuencia con que condenaba a hombres y sucesos en sus discursos, los cuales habíanle dado mucho prestigio y reputación.

Catón fué nombrado Embajador en Cartago y se quedó atónito al ver el florecimiento comercial de aquella ciudad que él, como la mayor parte de sus compatriotas, imaginaba empobrecida y abatida para siempre.

Vuelto Catón a Roma, presentóse en el Senado con unos hermosísimos higos que suscitaron la admiración de los senadores, a los cuales dijo: "La tierra donde se dan estos higos, no está sino a tres días de Roma". Para que no quedada duda de su intención, añadió en seguida: "Delenda est Carthago" (Cartago debe ser destruída). Y todos sus discursos sucesivos terminólos con esa frase, a objeto de grabar profundamente aquella idea en la conciencia pública de su país.

La tercera guerra púnica quedaba reducida, de esta manera, a una simple cuestión de oportunidad, como sucedió.

Destrucción de Cartago. — Dió la oportunidad, la represión que Cartago se vió obligada a hacer de las depredaciones que realizaba en su territorio el rey nómada Masinisa. Para tal efecto, los cartagineses tuvieron que organizar una fuerza militar.

Sosteniendo Roma que Cartago, al obrar de este

modo, había violado el tratado del año 201, que la obligaba a no levantar ejército sin autorización de la nación que la había vencido, le declaró la guerra y envió al África tropa armada.

Cartago no podía pensar en medirse de nuevo con Roma. La desproporción de poderío, era evidente. En tal virtud, ofreció una reparación por la falta que se le imputaba; y se produjo una lección histórica que nunca podrá envejecer, para las naciones que no se cuiden de asegurar su prosperidad con una adecuada fuerza defensiva.

Roma exigió primero a Cartago la entrega de las armas que tuviese: Cartago las entregó. Luego reclamáronse los elefantes, las máquinas de guerra y los bajeles, que fueron entregados también. Una vez Cartago sin armas ni barcos ni máquinas de guerra, exigióle Roma la entrega de la ciudad sobre la base del retiro de su población 15 kilómetros tierra adentro, es decir, lejos del mar que era la vía de expansión del comercio cartaginés.

La indignación que desde las primeras exigencias ardía en el pecho de los habitantes de la ciudad, estalló ante la última de manera incontenible; y sobrevino uno de los episodios de más trágica grandeza que encierra la historia de esos tiempos.

Cartago se sublevó, unidas todas sus clases componentes en la aspiración desesperada de resistir las imposiciones de Roma. Faltaba madera para construir barcos y máquinas de guerra: echáronse abajo las casas, a fin de utilizar la de las ventanas, puertas y techos. Carecíase de armas pero había hierro en relativa abundancia: con eso que había, improvisóse un Arsenal. No había cuerdas ni con qué construirlas: las mujeres, para ese efecto, se desprendieron de sus cabelleras.

Escipión Emiliano, puesto al frente de las fuerzas romanas, sitió a la ciudad rodeándola de un foso y cerrando su puerto con un dique. Cartago resistió al hambre, como había resistido a los asaltos.

Hubo un momento en que el riguroso sitio pareció sería quebrantado: los cartagineses horadaron una

roca para alcanzar una salida al mar. Pero, sentidos, rechazáronlos las fuerzas de Escipión Emiliano, sobreviniendo luego un asalto general de la plaza que duró seis días y seis noches y en que los romanos debieron librar un combate sangriento en cada calle, en cada casa, metro a metro y palmo a palmo.

Los cadáveres, amontonados en todas partes, llegaron a ser un serio obstáculo.

Cuando toda esperanza desapareció, la esposa del jefe de la heroica defensa, que era un hijo de Asdrúbal que llevaba su mismo nombre, encerróse con un millar de acompañantes en el templo de Esculapio, dándole fuego y pereciendo entre las llamas.

Vencedora Roma, declaró maldito el asiento de la ciudad, la arrasó y convirtió en una de sus provincias al territorio de Cartago.

Consecuencias de las guerras púnicas. — Como consecuencia de las guerras púnicas, Roma tuvo nuevos ensanches territoriales.

A España no había podido dominarla del todo.

Para comprometer lo que allí había conquistado, surgió un levantamiento acaudillado por un bravo pastor que se llamaba Viriato.

La última y más sonada acción de esta defensa española, que duró 64 años, fué la toma por los romanos de la ciudad de Numancia, pobre aldea que se alzaba sobre un peñón cerca del Duero. Resistía a todos los ataques y fué necesario enviar contra ella a Escipión Emiliano, que se había ganado el concepto de formidable arrollador de reductos, después de su toma de Cartago. Escipión Emiliano renovó sus procedimientos de aquella ocasión, con resultado negativo en el primer tiempo. Antes que rendirse los numantinos, preferían matarse entre sí por el hierro o el veneno, o arrojarse a las llamas de incendios que producían a designio. Numancia, empero, cayó al fin. Sólo que no hubo un numantino que pudiera ser encadenado. Todos habían perecido.

Contemporáneamente con estos sucesos, los romanos habían dominado definitivamente a los galos de la

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LAS GUERRAS PÚNICAS

Guerra	Motivo o pretexto	Acciones más nombradas	Figuras que se destacaron	Victoria de:	Resultados para Roma
1. ^a	Disputa entre Sicilia y Mesina.	Batallas de Micenas (260) y Ecnome (256)	—	Roma.	—
1. ^a	—	Ataque de Cartago por Régulo.	Xantipo.	Cartago.	—
1. ^a	—	Combate en las Islas Egates.	—	Roma.	Sicilia, provincia romana y, luego, conquistas de Córcega, Cerdeña y la costa del Adriático.
2. ^a	Ataque y destrucción de Sagunto.	Paso de los Alpes.	Aníbal.	Cartago.	—
2. ^a	—	Batallas del Tresino y del Trebia.	Aníbal.	Cartago.	—
2. ^a	—	Batalla de Cannas.	Aníbal.	Cartago.	—
2. ^a	—	Sublevaciones en Sicilia y Siracusa.	Marcelo.	Roma.	Reconquista de Sicilia y Siracusa.
2. ^a	—	Batalla del Mesauro.	—	Roma.	—
2. ^a	—	Ataques a las posesiones cartaginesas de España.	Escipión.	Roma.	Conquista de España.
2. ^a	—	Batalla de Zama.	Escipión.	Roma.	Desarme de Cartago.
3. ^a	Nuevo florecimiento de Cartago.	Sitio de Cartago.	Escipión.	Roma.	Cartago, provincia romana.
3. ^a	Levantamiento de Viriato, en España.	Sitio de Numancia.	Emiliano.	Roma.	Protectorado sobre Macedonia.
3. ^a	Querellas internas macedónicas.	Batallas de Cinocéfalos y Pidna.	Escipión.	Roma.	Grecia y Siria, provincias romanas.
3. ^a	Querellas griegas y sirias.	Batallas de Corinto y Magnesia del Sipilo.	Flaminio.	Roma.	Creación de una provincia más, en la Galia.

Cisalpina; hecho lo cual, viendo lo ventajoso que les sería asegurar sus comunicaciones con España, comenzaron so pretexto de ayudar a los griegos de Marsella a establecerse en el valle del Ródano, fundando las ciudades de Aix y de Narbona, que sirvieron de base para la formación, en el mediodía de la Galia, de otra provincia romana.

Extensión de las conquistas romanas en Oriente.

— Dominadas Cartago y España; abierta una fácil comunicación con esta última, por medio de la provincia romana de la Galia; y en sujeción tranquila todas las islas del Mediterráneo, restaba a los romanos hacer definitivo y consolidar su dominio en Oriente.

A ello se lanzaron.

Conquista de Macedonia. — Los pueblos que formaran el imperio de Alejandro vivían en querellas continuas. Roma intervino: y originó esto una guerra con Macedonia, cuyo rey, Filipo, fué derrotado en Cínocéfalos por el Cónsul Flaminio.

Macedonia quedó bajo el protectorado romano, contra el que más tarde se alzó el rey Perseo, que fué vencido en Pidna.

Conquista de Grecia. — Grecia estaba también trabajada por hondas divergencias internas. Roma las fomentó con el pretexto de solucionarlas; y llegó un momento en que tal situación dió pie para la intervención romana.

El resultado fué que también Grecia quedó dominada, y con dura mano.

A Corinto se la destruyó, como a Cartago; y Grecia pasó a constituir una provincia romana más.

Conquista de Siria. — Se recordará la derrota que infligió Roma a Antíoco, rey de Siria, cuando éste, muy probablemente bajo la sugestión de Aníbal, se puso en guerra con sus legiones.

Aquella derrota tuvo lugar en las Termópilas y, perseguido Antíoco de lugar en lugar, concluyó por ser definitivamente aniquilado en Magnesia del Sipilo.

Siria quedó, desde entonces, bajo el protectorado romano.

Consecuencias. — Como consecuencia de todos estos hechos, no hubo nación que pudiera hacer sombra, ni tan siquiera aproximarse a Roma en poderío, pues poseía las tres penínsulas del Mediterráneo y se había instalado en Africa y en Asia, pudiendo los romanos dar al Mediterráneo, como se lo dieron, el nombre de "Mare nostrum": nuestro mar.

El helenismo en Roma. — Políticamente, Grecia pudo ser subyugada por Roma; pero, espiritualmente, el genio griego, los gustos griegos, la literatura y el arte griegos introdujéronse en la nación vencedora, la cual, si continuó obrando en romano, pensó y sintió en heleno.

Esta influencia esperitual había de aumentarse más y más con el tiempo; y extenderse al universo entero, según lo veremos en su oportunidad.

Extensión del poder romano al terminar las guerras. — Al terminar las guerras que hemos narrado en este capítulo, Roma era dueña: en el Occidente, de toda la península itálica, más la Siiilia y el norte de Africa; y, en el Oriente, de Macedonia, Grecia y el Asia Menor.

Organización de los países conquistados. — Roma organizó el gobierno de los países que había conquistado, sin más criterio que el de la seguridad militar.

Estaban muy distantes los días del Escipión que procuró unir, en España, a la acción de la espada una política de atracción de las poblaciones vencidas.

Sintiéndose Roma dueña absoluta de la situación, no creyó necesaria política alguna que no fuese el severo exigir de la pleitesía y todas las contribuciones pecuniarias posibles para el tesoro general.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

47. — ¿Cuándo se planteó la rivalidad entre Cartago y Roma y porqué?
48. — ¿Cómo era gobernada Cartago y cuáles eran sus dominios?
49. — ¿En qué tenía superioridad Cartago sobre Roma y en qué Roma sobre Cartago?
50. — ¿Porqué se produjeron las guerras púnicas y porqué se les dió este nombre?
51. — ¿Qué período de tiempo comprendieron y cuántas fueron las guerras púnicas?
52. — ¿Cuáles fueron los episodios culminantes de la primera guerra púnica?
53. — Segunda guerra púnica: ¿quién la provocó y con qué objetivo?
54. — ¿Cómo se había preparado Aníbal para esta campaña y cuántos y de qué calidad fueron los soldados que eligió para el efecto?
55. — Importancia que tuvieron las batallas del Tresino y del Trebia.
56. — ¿En qué consistieron las discrepancias de los Cónsules Terencio Varrón y Pablo Emilio?
57. — Importancia de la batalla de Cannas y lo que pudo ella producir en consecuencias, si sucesos posteriores no hubieran variado, como variaron, la situación.
58. — ¿A qué se debió el hecho de que los romanos recobrasen las ventajas que les arrebató Aníbal en Cannas?
59. — ¿Cómo terminó la segunda guerra púnica?
60. — ¿Qué hizo Aníbal después de la batalla de Zama y cómo murió?
61. — ¿Porqué se produjo la tercera guerra púnica?
62. — ¿Qué castigo impuso Roma a Cartago?
63. — ¿Qué hizo Roma en la Galia Cisalpina y en la Macedonia, Grecia y Siria?
64. — ¿Cuál fué el pueblo de España que se inmortalizó en la historia por la manera heroica como sucumbió?
65. — Vencedora Roma por las armas, ¿fué dominada en algún otro campo por alguna de las naciones que ella subyugara?
66. — ¿Cuál fué la extensión del poder romano al terminar las guerras púnicas?

CAPITULO V

DECADENCIA DE LA REPÚBLICA

Estado social y político de la República, al advenimiento de los Gracos. — El largo y constante guerrear afirmó el poder y la grandeza de Roma, en forma de imposibilitar todo parangón; pero la perjudicó en cuanto a su organización política y social.

La sociedad romana. — En su organización política, aparecieron fallas y lacras, de las que ha generado siempre en la sociedad humana la materialización de la vida.

Un autor ha escrito al respecto esta frase de honrísimo sentido: "el mundo agonizante se vengó de su vencedor, comunicándole sus vicios".

Dominó el soborno aun en los estrados de la justicia; enviáronse los mandatarios a las provincias, para que se enriqueciesen por las vías que les pareciesen mejores, y no para que velaran por el bienestar y la prosperidad de los pueblos; aparecieron, de manera frecuente, los senadores cómplices de malversaciones; vióse a delincuentes ocupando los cargos de Censores; y el pueblo se desinteresó de los derechos y libertades públicas, satisfecho con que las autoridades le diesen pan y juegos.

La organización social romana sufrió también una perturbación grave. Las grandes extensiones de tierra arrebatadas a los vencidos y que arrendó el Estado a privilegiados de esos favores, los cuales poco a poco se las fueron apropiando, generaron una nueva clase social de adinerados, poseedores de lo que se llamó "latifundios". Y como con las guerras los campos quedaron sin cultivos y los que de ellos vivían debieron consumirse sus ahorros, desapareció la clase media redu-

cida al trabajo de jornal: un jornal que fué escaso y de difícilísima obtención, porque era más barato el trabajo de los esclavos y porque el trigo de Sicilia y Africa salió a competir ventajosamente con el trigo italiano.

Del ambiente desaparecieron, por último, aquellos conceptos fundamentales del patriotismo abnegado y el deber, ley suprema de la vida, que habían hecho de Roma lo que fué, siendo clara y concluyente revelación de ello la frase de Catón el Censor cuando dice: "Es inspirado de los dioses aquel cuyo libro de cuentas, después de su muerte, demuestra que ha ganado más de lo que había heredado."

No de otra manera habían concebido y comprendido a la existencia, los vencidos de Cartago .

La nobleza de nacimiento y por los honores. — A los privilegios con que volvió a ser realzada la nobleza antigua, o sea todo romano nacido en el seno de una familia de vieja figuración y tradición, agregáronse los de otra que se creó; la nobleza por los honores; clase social ésta, que eligió para su acción el campo del gobierno público, gozando particularmente de las regalias de la administración de las provincias.

Los caballeros. — Hubo todavía otros privilegiados, a los que se dió el título y rango de "Caballeros".

Fuéronlo, los hombres acaudalados que dominaban en los negocios y la banca.

La plebe. — El resto de la población de Roma y sus provincias, formaba la plebe.

A ella habían pasado los ex pequeños propietarios, cuya situación ya delineamos; y su porción mayor la constituían los proletarios, que siempre habían vivido del trabajo asalariado.

Durante cierto tiempo, la calidad de ciudadanos que conservaban los ex pequeños propietarios y proletarios, conformólos con su situación.

Podían votar y eran, así, factores en la constitución del poder público de la primera nación del globo.

Mas como la necesidad de obtener recursos para vivir, colocábalos a merced de los nobles y caballeros,

sin cuya protección les era imposible desenvolverse; y como los caballeros y nobles no los ayudaban, sino a cambio de su adhesión política; diéronse cuenta, al fin, los ex pequeños propietarios y proletarios, de que su participación en las cosas del Estado era solamente nominal; y comenzaron a tomar cuerpo en ellos el descontento y la aversión respecto de los doblemente privilegiados: por razón del vivir desahogado y por razón del dominio político.

Los esclavos. — Nada hemos dicho todavía de los esclavos, que eran muchos en Roma.

Como no rezaba con ellos la protección de ninguna ley, ni siquiera en las formas escritas, la situación de ellos siguió siendo la misma: máquinas humanas de toda labor y de toda servidumbre.

Cada caballero y cada noble tenía esclavos por centenares, y aun por millares, dándoles el uso, trato y destino que fueran, no ya de su agrado, sino de su antojo.

Situación respectiva. — Roma, pues, tuvo su organización social de hecho, después de las guerras púnicas, en la siguiente escala:

- 1.º Los nobles por nacimiento.
- 2.º Los nobles por razón de honores.
- 3.º Los caballeros.

Seguían después, confundidos en una insignificación común, aunque con cierta diferencia aparente, los ex pequeños propietarios y los proletarios; cerrándose la cadena social con los esclavos, el último eslabón no computado y propiamente no computable en el desenvolvimiento de la Roma de estos días.

La vida privada. — La vida privada de los romanos continuó caracterizándose por la sencillez, en todo el primer período de la República.

Habitaban los romanos (hablamos de la generalidad de ellos) en casas sin pretensiones, construídas de piedra y ladrillos unidos con una argamasa que adquiría suma solidez. Estas casas adolecían todas de la fal-

ta de luz, por ser pocas sus aberturas y no conocerse entonces los cristales ni los vidrios.

Los romanos dividían su tiempo entre la asistencia al Foro donde tenían lugar las sesiones del Senado y de los Tribunales, como también las asambleas; el Capitolio, lugar destinado a los actos religiosos; el Circo Máximo, en que se verificaban los juegos públicos; y el Campo de Marte, destinado para los ejercicios militares.

La familia. — Lo que más resistió en Roma las variantes subsiguientes al período de las conquistas, fué la familia, que siguió durante mucho tiempo conservando, bajo la República, su antigua solidez.

Su jefe continuó ejerciendo en ella un señorío indiscutible. No se movía por decirlo así una hoja en el seno de la familia, sino de conformidad a la voluntad y disposiciones de dicho jefe.

Cuando en el hogar nacía un niño, era depositado a los pies de su padre. Si éste lo alzaba en brazos, lo reconocía por suyo y se encargaba de educarlo en la familia; de lo contrario, quedaba reconocido como expósito pasando a la tutela del Estado.

Además de reconocer o rechazar a sus hijos, podía el padre venderlos y casarlos a voluntad y aun privarles de la vida lo mismo en la niñez que una vez adultos o casados.

El padre de familia testaba a favor de quien quería y adoptaba a quien le pareciera, especialmente si no tenía descendientes masculinos, a fin de asegurarse el beneficio eterno del culto familiar.

Situación de la mujer. — En la Roma de la República, la mujer subió algunos peldaños con relación a la situación que, por ejemplo, había tenido en Grecia.

No tuvo una situación segura en el hogar, porque podía repudiarla y hasta darle la muerte su marido; y dependía, en su libertad, cuando no de éste, de su padre o de sus hijos.

Pero llegó a ser algo más que una ama de llaves, pues participó en alguna medida en la figuración y los honores.



La ley no la dió amparo; mas las costumbres hicieronla aparecer asociada en las recepciones a su esposo; y ejerció sobre él una influencia de cierta consideración.

El matrimonio. — Entre los patricios el matrimonio era obligatorio, especialmente para el hijo mayor de cada familia a quien correspondía evitar la extinción de la misma y la del fuego sagrado del hogar.

El matrimonio de todo patricio, hacíase de noche en presencia de 10 testigos, del gran sacerdote y del Flámine de Júpiter. Iniciábase la ceremonia, que tenía el nombre de "Confarreación", esparciendo "farro" sobre una víctima que se ofrecía a los dioses y comiendo después los contrayentes una torta de esa especie de harina, que no otra cosa era el farro. Vestida de blanco la joven que se iba a desposar y cubierta la cara con un velo rojo, era conducida en seguida, a son de flautas y cánticos, a casa del que sería su marido, quien la levantaba en brazos cuidando de que no tocara con los pies en el umbral de la puerta; y la decía: "Ubi tu Caia, ego Caius": "donde tu Caya, yo Cayo", en señal de que en adelante compartirían los dos una misma vida. Entre ambos encendían luego el fuego del nuevo hogar; y quedaba realizado el matrimonio.

Para los que no pertenecían a la aristocracia ni tampoco a la plebe, la ceremonia matrimonial, denominada "Coemptio", consistía en la simulación de una venta de la mujer ante funcionarios del Estado. El esposo ofrecía una moneda de cobre a los padres de la prometida, como precio simbólico de ella; y quedaba con esto sellada la unión.

Los matrimonios entre la plebe, hacíanse mediante la simple comparencia de las parejas ante un funcionario del Estado y el levantamiento de una acta.

A los esclavos no se les reconoció nunca el derecho de contraer un enlace legal.

Roma tuvo el divorcio restringido, primero; luego, amplio; y, por último, bajo Augusto, con mayores restricciones que en un principio. Las restricciones primeras limitaron el divorcio a los casos de esterilidad, adul-

terio y tentativa de envenenamiento, previa autorización del Consejo doméstico presidido por el jefe de familia. Después de las conquistas, autorizóse el divorcio por simple consentimiento mutuo, llegándose a declarar por medio de una ley que el compromiso de no divorciarse constituía una inmoralidad. Los romanos, en esta época, cambiaban de esposa a voluntad. Estrabón habla como de cosa corriente, de la concesión mutua de las esposas. Al surgir en Roma el imperio de Augusto, este monarca consideró que había que ponerle frenos a la relajación que se había producido en las costumbres. Exigió que el propósito del divorcio fuera manifestado ante testigos; y rodeó de tales dificultades el trámite de la disolución del vínculo matrimonial, que descendió en un 75 por ciento el número de los divorcios.

La vida política. — No es fácil exponer en poco espacio lo que fué la vida política de Roma bajo la República, porque el sistema del voto y el número y carácter de las magistraturas, sufrieron variantes diversas, generalmente transitorias, como consecuencia de la lucha de las clases desamparadas contra las clases privilegiadas.

Particularizándonos con lo esencial y prescindiendo de los detalles que pudieran sembrar confusión, diremos que la República, a pesar de ciertas concesiones artificiosas en favor de las clases pobres — artificiosas, porque fueron más aparentes que reales — se desenvolvió en Roma bajo el dominio de una casta, constituida por los nobles de nacimiento, los nobles por honores y los caballeros.

Los magistrados. — Los magistrados en la Roma de la República, eran de dos clases: la proveniente de elección por las centurias y la que emanaba de elección de las tribus de la ciudad y los campos, formadas por las plebes.

Eran magistrados elegidos por las centurias: los Cónsules, los Censores y los Pretores.

Eran magistrados elegidos por las tribus: los Cuestores, los Ediles y los Tribunos.

Todos estos magistrados tenían derecho al sillón de marfil, llamado silla curul.

Cónsules. — Hemos visto antes de ahora las facultades que se les conferían y su importante papel en el gobierno del Estado.

Bajo la República, ese papel y facultades siguieron siendo los mismos.

Censores. — Los Censores eran dos. Correspondía levantar cada 5 años el Censo o empadronamiento de los ciudadanos.

El Censo comprendía la investigación de los bienes que cada ciudadano poseía y la inclusión del mismo en el plano social a que resultara perteneciendo.

Como el criterio personal del Censor influía mucho para la antecedente ubicación, era un funcionario al que procuraban halagar de todas suertes los interesados en conservar su situación, o en modificarla.

Pretores. — Los Pretores tenían a su cargo la administración de la justicia y podían además suplir a los Cónsules en el gobierno.

Cuestores. — Correspondía a los Cuestores la administración de la Hacienda pública.

Por razón de su cargo, ejercían la fiscalización en todos los gastos, comprendidos los del ejército y los de la administración de las provincias.

Ediles. — Estaba reservado a los Ediles el cuidado de las calles en su aseo y en su ornato, la organización de los juegos públicos y el abastecimiento de la ciudad, particular y especialmente en lo referente al trigo, que el Estado compraba en gran escala y vendía al pueblo a bajo precio.

Senado. — Formaron el Senado de Roma, bajo la República, ciudadanos escogidos por los Censores en número que varió de 300 a 600.

Para ser Senador, requeríase haber ejercido antes funciones públicas, cuando menos las de Censor.

Los Senadores eran invitados a opinar, uno a uno, sobre cada proyecto que se discutía; y se les tomaba el

voto haciéndolos colocar en hilera, los de la afirmativa en un lado y los de la negativa en el otro, de manera a evitar todo error en los cálculos.

El nombre que tomaban las decisiones que adoptaba ese cuerpo, era el de: "Decreto del Senado Consulto".

Comicios. — Las asambleas del pueblo llamábanse "Comicios".

Estas asambleas eran: las "curiatas" denominadas así por razón de la división religiosa en "curias" y que en definitiva quedaron limitadas a lo religioso, componiéndolas exclusivamente los nobles; las "centuriatas", formadas por núcleos del ejército de cien componentes cada uno, por cuyo pronunciamiento se proveían los cargos de Cónsul y otras magistraturas importantes, así como también se ponían en vigor las leyes; y las de las tribus, tanto de la ciudad como de las campañas, que por el estado de pobreza en que se vieron las plebes, quedaron supeditadas a la voluntad de quienes podían distribuir ayuda, que eran los potentados del gobierno o el capital.

Las asambleas "centuriatas" realizábanse con gran aparato en el Campo de Marte, convocadas por los Cónsules.

Cada centuria, o núcleo de cien votaba por separado, con su escrutinio propio.

Para este efecto seguía la división del pueblo hecha por Servio, en la siguiente forma:

1. ^a clase:	Caballeros que poseían 1 caballo	18	centurias
2. ^a	" Infantes ricos	80	"
3. ^a	" Pequeños propietarios	26	"
4. ^a	" ———	20	"
5. ^a	" ———	22	"
6. ^a	" ———	26	"
7. ^a	" Proletarios que no poseían nada	1	"

Total

193

Sumadas las dos primeras clases, compuestas por nobles y ricos, daban 98 centurias, equivalentes a 98 votos.

Hacían, pues, mayoría; de suerte que esas dos clases tenían en su mano el desoír o ahogar los anhelos de las clases pobres, que eran las más numerosas.

La Cámara de los Honores. — Para el otorgamiento de las promociones a la nobleza por honores, que recaían generalmente en militares o funcionarios de comportamiento distinguido, había un lugar especial en la "Curia", o palacio del Senado, que tenía el nombre de "Sala de los Honores".

Transformación de las costumbres en Roma. — Dijimos que después del período de las guerras, las costumbres sufrieron en Roma una transformación.

Comenzó a variar el modo sencillo y sobrio de vivir de los romanos, cuando abundaron en las clases nobles y de caballeros los enriquecidos por las guerras y por la administración poco escrupulosa de las provincias.

Esos ricos no sabían qué hacer con su dinero; y sufrieron el contagio de las prácticas ostentosas y de sibaritismo que habían reinado entre los magnates de Oriente y de Grecia y que conocieron por el contacto de las guerras y los libros.

Muchos de los grandes señores de Roma quisieron distinguirse de la generalidad por el lujo de sus ropas, por el número de sus esclavos, por la magnificencia de sus edificios y por el brillo de sus recepciones; y surgió de aquí una especie de emulación en el gastar, que formaba rudo y chocante contraste con la pobreza cada día mayor de las masas populares.

Destrucción de la clase media: sus resultados. — La destrucción de la clase media, o de los pequeños propietarios, se produjo por la necesidad en que éstos se vieron de enajenar lo que poseían para subvenir a los gastos de subsistencia de sus familias durante el tiempo que habían estado ausentes en los campos de batalla.

Pasaron todos esos bienes a poder de los nobles y los caballeros, rompiéndose con ello el eslabón, tan necesario en toda cadena social, que pone un plano intermedio entre la opulencia y la miseria extrema.

No hubo, en Roma, sino los que tenían todo con exceso; y los que carecían aun de lo indispensable para la vida.

Las consecuencias no podían ser sino el orgullo y el hartazgo, de una parte; y la irritación y la protesta, de la otra. Protesta e irritación, contenidas en un principio por intinidad de motivos interesados, mas que a la larga tendrían que estallar.

Manumisiones de esclavos. — Los romanos trataban con dureza a los esclavos, que formaban una parte considerable de la población.

Soportaban en la ciudad de Roma todo el peso de los trabajos domésticos; y, en la campaña, el de la siembra y las cosechas en medio de todas las inclemencias del tiempo, miserablemente alimentados y vestidos y bajo la férula de "villicus" o capataces que los encerraban en "ergástulas" o les daban suplicio mortal si no llegaban a su rendimiento máximo.

Con este motivo se produjeron revueltas que terminaron al fin ciertas formas de manumisión.

Tuvieron los esclavos un pequeño jornal, economizando el cual podían comprar su libertad; y establecióse también la manumisión por acto voluntario del amo, en premio de buena conducta.

Pero ni el liberto ni sus hijos podían llegar a la dignidad de ciudadanos.

Solamente a los nietos de esclavos les era dada la posibilidad de alcanzar la condición del hombre realmente libre.

Corrupción política. — Dominante en los romanos de abolengo la aspiración del dinero sobre toda otra aspiración, vieron pronto que el medio de ganarlo fácilmente estaba en los cargos públicos y, de manera especial, en los de Cónsul y Pretor. Las centurias eran, como hemos visto, las que designaban a estos funcionarios. Los aspirantes a Cónsules y Pretores no tuvieron, así, más preocupación que conquistarse la voluntad de los jefes de las centurias, llegando a comprarlos sin disimulo con dinero o con participaciones en bene-

ficios de operaciones ulteriores que se combinaban sobre la base de su tolerancia o de su apoyo.

Los cuestores, censores, ediles y tribunos servían también de escalón en la carrera administrativa y, como la designación de sus titulares provenía de las asambleas de las tribus, eran igualmente comprados los elementos principales de éstas, tanto individual como corporativamente.

Decadencia de las instituciones republicanas. —

Se puede imaginar lo que sería la administración del Estado, cuando dejaba margen para estas operaciones; y a lo que se veía reducido, en la práctica, el institucionalismo que alcanzara Roma después de varias tempestades internas que antes de ahora hemos consignado.

Ese institucionalismo cayó en una desfiguración que entrañaba fatalmente su decadencia.

Comicios, Senado. — Los Comicios no fueron sino una parodia de lo que concibieron quienes los legislaron; y el Senado también.

Por debajo de las fórmulas escritas, aparentemente observadas, circulaba la corriente turbia de manejos que aderezaban al paladar de los nobles y de los ricos la aspiración y deseos del mayor número, constituido por la gleba de los que no poseían dinero alguno ni distinción de origen o nacimiento.

El desorden en el interior: las provincias y su administración. — Las conquistas territoriales fuera de la península itálica, dividiólas Roma en 17 provincias, cada una de las cuales fué manejada por un gobernador.

Para este manejo no hubo un sistema uniforme, ni un criterio que se inspirase en el bien de los pueblos.

Roma sólo se interesó en que sus provincias se mantuviesen tranquilas y en que vivieran aisladas para que las agitaciones de las unas no repercutiesen en las otras.

Esto asegurado, en todo lo demás concedió Roma a los gobernadores la más amplia libertad.

Consecuencia de lo expuesto fué que las normas de gobierno aplicadas en un lado se contradijesen con las que se aplicaban en el otro; lo cual, añadido a la avidez de enriquecimiento de los gobernadores, sumió a todo el interior de Roma en el desorden.

Los Procónsules: sus abusos. — Para los Procónsules, nombre que se dió a los gobernadores, como también el de Propretores, no hubo cosa que estuviese vedada.

Eran dueños de cuanto poseían los gobernados, por medio de la justicia que la tenían a su cargo; y dueños a la vez de las vidas, por medio de la política que, so pretexto de asegurar la tranquilidad pública, les permitía cualquier arbitrariedad.

Para mantener las tropas, hacían requisas a las que nadie podía resistirse e imponían contribuciones a las ciudades y villas, arrasando con las riquezas acumuladas en los templos si así se les ocurría.

Los tribunales que se instituyeron en Roma para examinar y juzgar la conducta de los Procónsules, no dieron resultado por dos motivos: uno, que nadie se atrevía a formular quejas; y el otro, que si llegaba alguna, los miembros del tribunal encontraban la manera de que no prosperase, por hallarse interesados en el provechoso manejo de la respectiva provincia o región.

Los publicanos. — Tenían el nombre de "publicanos" los representantes de las compañías que arrendaban la percepción de los impuestos, pues el Estado no los cobraba directamente.

Independientemente de las contribuciones que imponían los gobernadores a su capricho, pesaban sobre los habitantes de las provincias romanas tres impuestos regulares: el personal, el territorial y el de aduanas, llamados respectivamente: "tributo", "vectigal" y "portoría".

Los publicanos tenían la fuerza del Estado a su disposición y, por lo común no se conformaban con los montos impositivos que fijaban los edictos, aumentándolos a voluntad.

Situación de los habitantes de Provincia. — Por estos motivos, la situación de los habitantes de las provincias, era de agobiamiento; y esto habría provocado protestas airadas y armadas, de no haberse hecho general la creencia de que el poder de Roma era incontrastable y optádose, en tal virtud, por obtener ciertos privilegios que el Estado concedía, como ser el “derecho latino”, que era el concedido a los latinos de Italia; o el “derecho romano”, que era el que se concedía a los ciudadanos de Roma.

Mediante cualquiera de estos dos privilegios, obtenían los favorecidos alguna defensa contra los publicanos, la cual les consentía sobrellevarlos.

Los Gracos y sus reformas. — Tiberio y Cayo Graco, a los que vamos a ver tomando la defensa de los intereses de la masa popular, eran nietos de Escipión el Africano, el glorioso vencedor de Aníbal.

Su madre, que como ellos ha pasado a la historia, llamábase Cornelia; y, desde que enviudó, no había tenido otro anhelo que la buena formación de sus hijos, para cuyo efecto los hizo educar con los mejores maestros de Grecia.

Del maternal amor de esta mujer, sin duda alguna de nivel superior al común, da idea acabada una anécdota que consignan los viejos autores.

Visitando a una linajuda dama de aquellos días, ésta la enseñó, una a una, sus alhajas, que eran muchas y de precio. Al retribuirle aquella dama la visita, pidió a Cornelia la mostrase lo que en su casa consideraba de más valor y mérito. Se refería visiblemente a objetos materiales de adorno personal o del hogar. Cornelia llamó a sus dos hijos y, presentándoselos a la dama, díjola: “Estas son mis joyas y lo más precioso que poseo”.

Tiberio Graco: leyes agrarias. — El mayor de los dos Graco, Tiberio, era de un temperamento bondadoso, muy versado en las ciencias políticas y excelente orador. Con estas calidades no tardó en destacarse y fué elegido tribuno en el año 134.

Tiberio era valeroso de ánimo, como que descendía de Escipión; y poseía un corazón en alto grado sensible, como el de su madre. Habíase compadecido, desde niño, de la situación de las clases humildes en Roma y, aunque miembro él de la nobleza, no había jamás callado, sin arredrarse ante la consideración de los intereses que heriría, que el dominio absoluto de esta clase consagraba una injusticia.

“Los animales salvajes — decía — tienen una guarida; y estos hombres (los plebeyos y los esclavos) no tienen ni una tumba de familia. Se les llama dueños del mundo y no poseen siquiera un terrón”.

Para remediar tal estado de cosas, Tiberio Graco propuso una distribución de tierras a los pobres mediante leyes que recibieron el nombre de agrarias y prescribían la donación de 7 hectáreas laborables a cada familia que careciese de bienes, destinando para el efecto los vastos territorios que Roma había adquirido en sus guerras.

Oposición de la nobleza. — Los mencionados territorios pertenecían al Estado; mas teníanlos en usufructo los nobles, que comenzando por arrendarlos y hacer que los trabajasen sus esclavos, habían concluido por retenerlos como propios, sin pagar arrendamiento, enajenándolos cuando les parecía bien y transmitiéndolos a sus herederos.

La nobleza se alzó airada contra el proyecto de Tiberio y se ganó para su causa al tribuno Octavio, que vetó la ley.

Tiberio, entonces, depuso al tribuno Octavio, realizando un acto que sin duda no estaba en sus facultades; y la ley entró en ejecución.

Muerte de Tiberio. — Mas no por esto cejaron los nobles en su resistencia. Sabían que el pueblo tenía horror a la monarquía y, a fin de arrebatárle a Tiberio su favor, echaron a rodar la especie de que lo que buscaba el Graco dominante, era destruir la República y coronarse rey.

Como el tribunado de Tiberio estaba a la sazón por terminar, anunciaron los nobles que apenas ello sucediese y perdiese con tal motivo las inmunidades que lo amparaban, lo acusarían ante los tribunales de justicia como enemigo de la República. A fin de frustrar este plan Tiberio pidió al pueblo un nuevo tribunado y le convocó para este pronunciamiento.

Llegó el día de la elección y todo auguraba que Tiberio Graco sería nuevamente elegido tribuno, cuando el acto fué interrumpido en el Foro por una irrupción de esclavos y plebeyos contratados por los nobles, la cual, so pretexto de salvar a la República, dió lugar al asesinato del autor y gestor de la trascendental reforma.

Cayo Graco. — Sin embargo, la causa popular no quedó desamparada. Quedaba con vida Cayo Graco, el hermano de Tiberio, y recogió la bandera del tribuno sacrificado, con no menor decisión y vigor que él.

Cayo Graco tenía aun mayores dotes oratorias que su hermano y su mismo fuerte y grande corazón.

Luchó 10 años; y al cabo de ellos fué elegido tribuno.

Ley frumentaria: fundación de colonias. — Reiniando Cayo el plan de auxilio a las clases pobres que concibiera su hermano, propuso y obtuvo la fundación de Colonias en los lugares que habían ocupado las ciudades destruidas de Cartago, Corinto, Tarento y Cápuá; y una ley, que tomó el nombre de Frumentaria, que concedía a cada pobre cinco medidas de trigo por mes, al precio ínfimo de 24 céntimos.

Las Colonias destinábanse para los pobres que quisiesen labrar la tierra; y las distribuciones de trigo, para los que prefiriesen permanecer en las ciudades.

Proyecto de concesión de ciudadanía a los latinos. — Al mismo tiempo propuso la concesión de la ciudadanía romana a los latinos, con la mira de contrabalancear de esta manera, pues los latinos le acompaña-

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LA DECADENCIA DE LA REPÚBLICA

Cargos públicos	Funciones	Desfiguración democrática	Composición política	LOS GRACOS Y SU SUERTE	
				Tiberio	Cayo
Cónsules	Las de Jefe de Estado.	Igualdad política y social en el nombre.	Justicia a cada paso sobornada.	Propone la donación de 7 hectáreas laborables a toda familia que careciese de bienes.	Fundación de Colonias.
Censores	Las de empadronar.	Predominio real, en la práctica, de unas clases sobre otras, a saber:	—	Derecho de ciudadanía a los latinos.	
Pretores	Administración de la Justicia y suplencia de los Cónsules.	Los nobles por nacimiento, para los cuales eran, con exclusividad, las altas posiciones.	Gobernadores rapaces.	Supresión de la asistancia de los Senadores a los Tribunales.	
Cuestores	Administración de la Hacienda pública.	Los nobles por razón de honores, de los que salían los gobernadores de provincias.	—	Veto del tribuno Drasso.	
Ediles	Cuidado de las calles, juegos públicos y abastecimientos de la ciudad.	Los caballeros, árbitros de los negocios.	Senadores cómplices en malversaciones.	Ausencia de Cayo para fundar la 1. ^a Colonia y agitación en su contra.	
Senadores	Legislación.	Ex pequeños propietarios y proletarios, con derecho de voto; pero obligados por la necesidad a entregarlo a las otras clases, en cambio de trabajo y protección.	Delinquentes elevados a Censores.	Huida de Cayo al monte Aventino.	
Tribunos	Defensa del pueblo.		Pueblo indiferente a todo, si le daban pan y juegos.	Se hace dar la muerte, creyendo así salvar a los adictos que le habían seguido.	
Publicanos	Cobro de los impuestos del Estado.				

ban cálidamente en sus planes, la influencia de los nobles en esta categoría.

Otros proyectos. — Por último, quitó Cayo Graco a los Senadores el derecho que tenían de ocupar asiento en los tribunales, pasándolo a los caballeros, que resultaron por esta variante rivales de los nobles, creándose así una división en la clase que tenía subyugado al pueblo.

Oposición de la nobleza. — Pero la nobleza volvió a oponerse y, como en los días del Graco asesinado, compró al tribuno Drusso que inmediatamente esorbó y detuvo las reformas.

Muerte de Cayo Graco. — Por razón de esta resistencia, solamente una ley quedó en vigor: la de la fundación de Colonias.

A fin de fundar la primera de éstas, Cayo Graco partió de Roma rumbo a Cartago. Durante su ausencia la nobleza predispuso contra él el ánimo del pueblo; y, cuando Cayo regresó, no pudo evitar se le declarara fuera de la ley por haber atacado a la dignidad del Senado al suprimirle a sus miembros el derecho de ocupar asiento en los tribunales.

Fué tal la animadversión pública suscitada contra Cayo Graco, que para defenderse de ella tuvo que retirarse al monte Aventino. Como hasta allí le siguieran gentes enardecidas, se refugió con un cierto número de adictos en un lugar que estaba declarado sagrado.

El sitio y el número de los que le siguieran, dábanle bastante seguridad. Pero, probablemente, Cayo Graco se condolió de la suerte que podrían correr sus acompañantes, los cuales no podían permanecer indefinidamente allí; porque decidió hacerse dar la muerte por uno de sus esclavos.

Su sacrificio fué estéril. Los 3.000 partidarios que lo habían seguido fueron pasados a cuchillo, siendo además declarado maldito el nombre de Cayo Graco y llegándose hasta prohibir a Cornelia, la infortunada madre, que exteriorizara por medio del luto su dolor.

Juicio sobre los Gracos y sus reformas. — Los Gracos deben ser considerados como mártires de la noble aspiración de la justicia social.

Conocieron al pueblo, en su más cálido favor y en sus veleidades tan frecuentes.

Lucharon en bien de las muchedumbres y éstas, comprendiéndolos en un principio, diéronles después la espalda, engañadas.

Pero la acción de los Gracos, generada por la percepción exacta de necesidades públicas que no se suprimían con desoírlas, obtendría al fin fruto, como más adelante se verá.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

67. — ¿Qué fallas y qué lacras aparecieron en la Roma de la República, después de las guerras púnicas?
68. — ¿Qué fueron los "latifundios" y por virtud de qué surgieron?
69. — ¿Cuál fué la razón que hizo desaparecer de Roma una clase social y qué clase fué esa?
70. — ¿Qué fueron los nobles por razón de honores y los caballeros?
71. — ¿No se apercebieron los ex pequeños propietarios y los proletarios, del carácter meramente nominal que habían llegado a tener sus derechos?
72. — ¿Cuál era la situación de los esclavos?
73. — Modo de vivir de los romanos y su organización familiar.
74. — ¿Qué situación tuvo la mujer en la Roma de la República?
75. — ¿Estuvieron sujetos a una ceremonia análoga, o distinta, los matrimonios entre nobles, entre los no aristócratas y entre la plebe?
76. — ¿Conocióse y practicóse el divorcio en Roma?
77. — ¿Qué magistrados elegían las centurias y cuáles las tribus?
78. — ¿Cómo se votaba en el Senado y qué nombre se dió a las resoluciones de este cuerpo?
79. — ¿Qué fueron y cómo se realizaban los comicios?
80. — ¿Cuándo, porqué y cómo varió el modo sencillo y sobrio de vivir de los romanos?
81. — Trato que se daba a los esclavos y mejoras que obtuvieron éstos en su situación.
82. — Formas concretas en que se tradujo la decadencia de las instituciones republicanas.
83. — ¿Porqué las clases sociales perjudicadas, soportaban la pérdida de la valorización que antes habían conquistado?
84. — ¿Quién fué y porqué ha pasado a la historia Cornelia?
85. — ¿En qué consistieron las leyes agrarias de Tiberio Graco?
86. — ¿Cómo se produjo el fracaso de esas leyes y cómo murió su autor?
87. — ¿En qué consistió la ley frumentaria de Cayo Graco?
88. — ¿Cuál de los proyectos de este Graco, no fracasó?
89. — ¿Cómo murió Cayo Graco?
90. — ¿Que juicio debemos formarnos de los Gracos y sus reformas?



CAPITULO VI

EPOCA DE LAS GUERRAS CIVILES

Mario: su carácter y tendencias políticas. — Mario era un simple soldado que comenzó a adquirir notoriedad por su intrepidez en los combates. Carecía de ilustración, poseyendo, sin embargo, grandes facultades asimilativas que le permitían retener cuanto oía. A medida que fué mayor su roce con gentes de cierto nivel intelectual, creció la suma de sus convencimientos y pudo dar la impresión de haber estudiado.

Era ambicioso y amaba a su patria y al pueblo.

De carácter afable y suave de maneras, poseía a la vez aquella energía sin la cual no es posible mantenerse en el papel de conductor de muchedumbres.

Era plebeyo y, por razón de su nacimiento, había sentido en carne propia, durante su mocedad, lo doloroso de la desigualdad social existente en su patria.

Su tendencia natural arrastrábale, pues, hacia la defensa de los intereses de la masa popular.

Guerra contra Yugurta. — Mario obtuvo su primera figuración en la guerra contra Yugurta, rey de la Numidia que había sido aliado de Roma y se puso contra ella movido por la aspiración de dominar con exclusividad en el norte de Africa.

El reino de Numidia comprendía una parte de Tunes y de la Argelia de hoy. Yugurta compartía el gobierno de esta zona, con varios primos suyos a los cuales dió muerte incorporando a su autoridad los territorios que les correspondían. Quejas que por esto llegaron al Senado de Roma, determináronle a intervenir mediante emisarios o representantes que envió al Africa. Pero Yugurta tenía de Roma este concepto, que expresaba sin reparos: "ciudad de venta, que sólo aguarda un compra-

dor". Compró, pues, a los emisarios del Senado romano y continuó en el goce de los frutos de sus crímenes. Más tarde Roma le declaró la guerra y Yugurta sobornó a los Generales romanos. Citado el rey numidio ante una asamblea del pueblo, tuvo el desenfado de concurrir; resultó que se había comprado a un tribuno, por cuya protección quedó detenido su proceso.

Vuelto el pleito al terreno de las armas, tuvo lugar una batalla y Roma fué derrotada. Enviaron entonces los romanos al Africa a un hombre íntegro llamado Metelo. El brazo derecho de este hombre fué Mario. Yugurta fué batido; pero quedando dueño de su campo.

Sobrevino un período de statu quo, durante el cual Mario regresó a Roma. Opinaba él, que aquella guerra debía activarse y terminarse; y culpó a los nobles de que así no sucediese. El pueblo lo escuchó y aclamó. Fué elegido Cónsul y se le confió el cometido de imponer la paz en el Africa. Reformando Mario, para esto, los procedimientos de reclutamiento del ejército, de manera que pudieran ser enganchados los proletarios como soldados con paga, partió en busca de Yugurta, lo derrotó y lo persiguió hasta obligarlo a refugiarse en la sierra de Cabilia, donde halló manera de que se lo entregaran.

Enviado luego Yugurta a Roma, se le dejó morir de hambre en su encierro.

Guerra contra los bárbaros (cimbrios y teutones).

— Otro peligro amenazó a la sazón a Roma: una invasión de hordas de bárbaros (cimbrios y teutones) procedentes de la Germania. La región invadida era la Galia, que levantó fuerzas para resistirla, fuerzas que fueron derrotadas.

¿Qué hacer? Por la Galia, los bárbaros estaban sobre el corazón de Roma. No había tiempo de llamarlo a Mario, que continuaba en Africa.

Mas, contra todo lo que podía preverse, los cimbrios y teutones tomaron el camino de España.

Roma, ya con tiempo por delante, llamó a Mario, quien reorganizando y reanimando a las tropas romanas,

reuniólas en un campamento fortificado cerca de Aix, en la actual Francia.

La acción de Mario. — Los teutones fueron los primeros que regresaron de España, después de haber saqueado y arrasado muchas de sus poblaciones.

Eran tantos, que no parecía posible poderlos batir.

Mas supliendo Mario la inferioridad numérica con el ingenio y aprovechándose de la desorganización militar de aquella masa, así como de un momento en que estaba desprevenida, provocó y libró la gran batalla de Aix, con el resultado de una tan gran matanza de "bárbaros", que la tierra del lugar hízose de una fertilidad prodigiosa por el abono de los cadáveres; y los marseleses cercaron sus viñas con los huesos de los muertos.

Estímase en 120.000 el número de "bárbaros" que perecieron en la batalla de Aix.

Quedaban, sin embargo, intactos los cimbrios, que habiendo tomado otro camino aparecieron en Italia, ignorantes de la suerte que había corrido la fuerza teutona. Mario ya estaba con su ejército en Italia. Los cimbrios enviáronle emisarios exigiendo tierras para ellos y para sus hermanos los teutones. "No os ocupéis de vuestros hermanos — contestóles el Cónsul romano — porque están ya en la tierra que les hemos dado y allí estarán siempre". Se renovaron las exigencias y esta vez con amenazas: conforme llegaran los teutones, se cobrarían los cimbrios en buena moneda todas las repulsas. "Han llegado ya vuestros hermanos los teutones — dijo Mario — y no estaría bien que os fueseis sin saludar'os". E hizo que comparecieran ante los quejosos, cargados de cadenas, los jefes teutones que habían sobrevivido a la batalla de Aix.

Los delegados cimbrios retiráronse enfurecidos y resolvieron atacar a Mario. Pero éste no les dió tiempo para combinar plan alguno. Fué en busca de ellos y, encontrándo'os cerca de Verseli, los derrotó haciendo entre ellos una nueva matanza, tan considerable como la de la batalla de Aix.

Popularidad de Mario: Consulados sucesivos. —

Vencedor de Yugurta, de los teutones y de los cimbrios, Mario se hizo la primera figura de la república y su popularidad superó todos los límites calculables. El pueblo no veía sino por sus ojos y le confirmó en el Consulado hasta seis veces consecutivas.

Esto no se había visto nunca.

Cimentando las bases sobre que descansaba este prestigio, que eran la adhesión a su persona del elemento popular o plebeyo, Mario hizo dar a cada veterano de las recientes campañas militares, 25 hectáreas de tierra en Africa, con facultad de poderlas vender; y a los pobres en general, lotes adecuados en la Galia Cisalpina.

Además, cada ciudadano tuvo derecho para adquirir mensualmente 40 medidas de trigo, a razón de 20 céntimos de franco.

Por último, arrancó del Senado una ley que declaraba delito castigado con la pena de muerte, todo agravio a la majestad del pueblo romano.

Con todo esto, la aristocracia sentíase humillada. No le era propicio el momento para recobrar su privilegiada situación perdida; pero no renunciaba a ello, esperando su hora.

Sila. — Llególe esta hora con la gran figuración que circunstancias especiales dieron a Sila, de familia patricia y muy estimado por la aristocracia.

Su carácter y tendencias políticas. — Sila había sido lugarteniente de Mario en Africa, distinguiéndose por su valor y su audacia.

Lo había acompañado también en sus primeras ascensiones en el favor público.

Cuando observó que se entregaba en absoluto a los plebevos, retráiose y estrechó sus contactos con la clase social a que pertenecía, participando de su descontento.

Guerra con los confederados itálicos: sus resultados.

— Sobrevino una sublevación de los italianos, cansados de oír la promesa, que no les era cumplida, de concederles la ciudadanía romana.

Mario, que los había tenido de su lado, fué blando en las hostilidades que le correspondía haberles llevado, en defensa de Roma.

Con ese motivo el Senado movió las cosas en contra de Mario y el sentimiento público le acompañó, siendo entonces nombrado Sila para dirigir la campaña contra los sublevados.

El nuevo jefe dominó a los italianos en una guerra rápida y el Senado, en recompensa de esta conducta, dió-le el mando de un ejército que fué necesario enviar contra Mitrídates, rey de Asia.

Rivalidad de Mario y Sila: su causa. — Se planteó inmediatamente una rivalidad entre Mario y Sila.

No era sólo de dos hombres: era de dos tendencias.

Del lado de Mario continuaban los plebeyos, bien que no ya de manera unánime.

Con Sila estaban todos los elementos sociales que habían sido antes privilegiados.

La causa, pues, de esta rivalidad tenía su raíz en la más vieja y honda contienda interna que había librado Roma y que seguía latente en su entraña.

Luchas de Mario y Sila en Roma. — Esta rivalidad hizo crisis en un motín que promovieron los partidarios de Mario, como consecuencia del cual fué convocada una asamblea del pueblo.

Esta asamblea anuló el decreto del Senado y destituyó a Sila del cargo que se le había conferido, nombrándolo a Mario en su lugar.

Pero Sila tenía el mando del ejército y éste le respondía.

Marchó inmediatamente sobre Roma, atacó a las fuerzas de Mario, las derrotó y penetró en la ciudad.

Huída de Mario. — Por más empeño que puso Sila, no pudo atrapar a su rival.

Mario, consiguiendo escapar de Roma, se había refugiado y escondido en los pantanos de Minturno, donde fué descubierto; pero sin que los funcionarios que representaban allí al poder público quisieran asumir la res-

ponsabilidad de apresarle, de conformidad a las órdenes impartidas por Sila.

Con la aquiescencia tácita de dichos funcionarios, Mario prosiguió su huída y consiguió llegar al Africa. Como allí se le notificara de que debía tomar otro rumbo, envió este melancólico mensaje al representante de Roma que le formulaba tal exigencia: "Dirás al que te envía, que has visto a Mario, fugitivo, sentado sobre las ruinas de Cartago".

Sila, entre tanto, revocó las decisiones que tomara la asamblea del pueblo bajo las instigaciones de Mario; consolidó de nuevo, en su predominio, al Senado; y, obtenido que hubo el restablecimiento de la tranquilidad, se ausentó de Roma para dirigir la primera guerra contra Mitrídates.

Primera guerra contra Mitrídates. — El resultado de esta guerra fué favorable para Sila, quien consiguió no solamente derrotar a Mitrídates, sino recoger un inmenso botín que le permitió recompensar munificentemente a los componentes del ejército que había estado bajo sus órdenes.

Sila en Grecia y en Asia. — Otras sublevaciones que se produjeron en Asia; un conflicto que se suscitó en Grecia; y luego la agitación en que nuevamente cayeron los italianos, retuvieron a Sila lejos de Roma.

En todos los combates que Sila hubo de librar para suprimir tales peligros, fué afortunado, pues venció, uno por uno, a cuantos osaron, en esos días, desafiar el poder de Roma.

Regreso de Mario a Roma: su muerte. — Durante la ausencia de Cila, había quedado gobernando a Roma el Cónsul Cinna, quien no le fué fiel al ausente y se presntó para secundar las aspiraciones de revancha que bullían en el alma de Mario.

Apoyado éste por los italianos y por los esclavos, había conseguido formar un ejército. El Cónsul Cinna no se movió para dispersarlo y Mario se presentó con aquel ejército a las puertas de Roma y la puso sitio. Dé-

bil también la resistencia, la ciudad cayó a los cinco días, siendo cruelmente tratados los partidarios de Sila, en particular, y los nobles en general.

Elegido Mario Cónsul por séptima vez, hizo declarar a Sila enemigo público y fué nombrado en su reemplazo para mandar el ejército de Roma que tenía al frente a su rival.

Disponiéndose para este cometido sorprendióle la muerte, pasando el poder a Cinna, que fuera el agente principal de su reaparición en escena, y a Mario el Joven, su hijo.

Como Sila no regresaba, pudieron estos dos mantenerse durante tres años en la posición que les diera la desaparición de Mario.

Sila en Roma: dictadura y proscripciones. — Sila tenía que volver y volvió con mas presagio que nunca, bien explicable esto dadas sus tan múltiples y sonadas victorias.

El Senado, al que Sila favoreciera tanto, se apresuró a declararlo Dictador Perpétuo; y, al amparo de las ilimitadas facultades que de aquí fluían, persiguió con saña terrible a todos los que habían pertenecido al partido de Mario. Las referencias concretas a este respecto, serían pálido reflejo de la realidad.

Luego de saciar sus móviles vengativos, Sila hizo una reforma constitucional que colocó otra vez al Senado como principal cuerpo del gobierno, quitando a la asamblea del pueblo el carácter de soberana, a los tribunos el derecho de veto y a los Cónsules toda intervención en la dirección de los ejércitos.

Hecho esto, Sila abdicó la dictadura, falleciendo al año siguiente, en su casa de Cuninas, de una enfermedad asquerosa que es la dolorosa expiación de los desórdenes y excesos en la vida; y que acaso constituyó el motivo verdadero, aunque oculto, de su retiro del gobierno.

Pompeyo: sus condiciones y tendencias. — Las reformas sociales que introdujera Sila, suscitaron, como no podía menos de suceder, la resistencia de los plebeyos

RESUMEN DE LA EPOCA DE LAS GUERRAS CIVILES EN ROMA

Cónsules	Antecedentes al surgir	Tendencia	Victorias militares	Reformas sociales	Suerte
Mario. (Redelecto 7 veces).	Gran des facultades asimilativas.	Favorable al pueblo.	Contra Yugurta. Contra los cimbrios y teutones.	Enganche de los proletarios como soldados con paga. Donación de tierras y provisión barata de trigo a las clases pobres. Supresión de los privilegios del Senado.	Pierde su 7.º consulado, vuelve a ser elegido por destitución de Sila, éste lo derrota, huye, reaparece en el gobierno y muere.
Sila (primer período).	Lugarteniente de Mario en Africa.	Favorable a la aristocracia.	Contra los confederados itálicos, contra Mitridates, contra sublevaciones en Asia y Grecia.		Desaparecen los dos de la escena, al regresar Sila.
Cinna y Mario el Joven.	El primero, reemplazante de Sila, ausente en las guerras. El segundo, hijo de Mario.			Dictadura perpetua, restablecimiento de los privilegios del Senado, supresión del veto de los tribunos y la intervención de los Cónsules en lo militar.	Abdica y fallece en su casa de Cumas, víctima de una terrible enfermedad.
Sila (2.º período).				Abrogación de las leyes de Sila.	
Lépido. Pompeyo } Craso }	Lugarteniente de Sila.	Favorable al pueblo. Oportunistas.	Contra Sertorio, en Sagunto y contra Mitridates en Asia. Contra Espartaco.		
Cicerón.	Gran orador.	Favorable al pueblo. —	Contra Catilina, en "Pistoja".		

que, acaudillados por el Cónsul Lépido, se alzaron armados exigiendo la devolución de los derechos que les habían sido arrebatados a los tribunos y a la asamblea del pueblo.

Formados los plebeyos en ejército en las afueras de Roma, avanzaron contra ella encontrando en el Campo de Marte la muralla, que no pudieron franquear, de otro ejército: el mandado por Pompeyo, militar que se había destacado al lado de Sila y que, además de valeroso, era rico y noble.

Estando Sila en el apogeo de su poder, había salido de Roma, cierta vez, para recibirlo a Pompeyo que regresaba después de haber librado varios combates victoriosos, y le llamó "grande". El serlo, no por lisonja, sino por virtud de hechos efectivos, constituiría desde entonces la ambición principal del homenajead.

Pompeyo era muy reflexivo en el obrar, pesando bien, antes de decidirse, el pro y el contra de sus actitudes; y sabía sacar habilidosamente, de las circunstancias, partido para sus propósitos.

Por nacimiento y posición, todo le arrastraba hacia la causa del Senado y de la aristocracia; pero, careciendo de fijeza en las ideas, y siendo su ley el oportunismo, sus inclinaciones aquéllas no le habían impedido, en más de una ocasión, mostrarse considerado y deferente con las clases inferiores de la sociedad de Roma.

Pompeyo en España. — Agradecido el Senado al servicio que le prestara Pompeyo salvándolo de la insurrección de Lépido, dióle el mando de las tropas que se enviaron a España para dominar a Sertorio, adicto de Mario que se había erigido en autoridad omnimoda allí, desconociendo toda dependencia de Roma.

Pompeyo cercó a Sertorio y lo derrotó en Sagunto.

Craso. — Entre tanto, producida en Roma la guerra llamada "de los gladiadores", había acudido a sustentarla Craso, en defensa de la ciudad.

Los gladiadores en revuelta fueron empujados por Craso hasta encerrarlos en la región de Calabria, junto con su animador y director, llamado Espartaco.

Como en aquel momento regresara Pompeyo de España, creyóse inminente un choque entre los dos generales vencedores.

Mas ambos optaron por entenderse y se dividieron el gobierno de Roma como Cónsules.

El oportunismo de Pompeyo llegó hasta aceptar y secundar los planes de Craso, que opinaba se debía acceder a los reclamos populares referentes a la abrogación de las leyes de Sila.

Bien es cierto que también aceptó esta abrogación el Senado, comprendiendo, ante los dos ejércitos amenazantes, que el momento no consentía otra cosa.

Segunda guerra contra Mitrídates. — El rey asiático Mitrídates, contra el cual, como se recordará, fuera enviado Sila, que lo derrotó, había vuelto a levantar cabeza; y se le dió a Pompeyo el cometido de reducirlo nuevamente a la obediencia.

Lúculo y Pompeyo en Asia. — Ya el Procónsul Lúculo luchaba en Asia contra Mitrídates y había conseguido vencer a uno de sus más fuertes aliados, el rey de Armenia Tigranes, copándole un tesoro de 47 millones en oro.

Perseguíalo Lúculo a Mitrídates, ya sumamente desorganizado cuando llegó Pompeyo, el cual, sin esfuerzo mayor, concluyó esa guerra ciñéndose sus laureles.

Vuelto Lúculo a Roma, con una inmensa fortuna, entregóse a disfrutarla con prodigalidad que le hizo famoso.

Tendido en lechos de púrpura y servido en vajillas adornadas de piedras preciosas, daba festines que nadie en su tiempo igualó desde el punto de vista del esplendor.

Refiérese de él, que un día tuvo a su mesa comensales que no esperaba. El mavordomo de su casa pidióle disculpa por haberle servido menos bien que otras veces, pues ignoraba que hubiese invitados. Lúculo contestó: "¿Ignorabas que esta noche Lúculo cenaba en casa de Lúculo?"

Consulado de Cicerón. — En la ausencia de Pompeyo había sido elevado al Consulado Cicerón, considerado como el primer orador de su época.

Conjuración de Catilina. — Un aristócrata que se hacía notar por su desordenada vida y que se llamaba Catilina, tramó una conjura, bajo el consulado de Cicerón, para atrapar el poder.

El renombrado orador sobre quien pesaban las responsabilidades del gobierno, descubrió esta conspiración e hizo arrestar a sus promotores excepto Catilina, que pudo fugar y reunir en seguida fuerzas armadas.

Cicerón condenó a los arrestados a la pena capital, y no paró hasta hacer derrotar a Catilina en "Pistoja", acción en la cual el jefe rebelde perdió la vida.

Esto daría motivo a que más adelante, cuando no se le permitió a Cicerón que pronunciara una arenga, acatara la prohibición, empero, diciendo: "Bien. Sólo diré, que yo sé que he salvado a la República".

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

90. — Calidades de Mario como hombre público y razón de su figuración y ascensión al Consulado.
91. — ¿Quién era Yugurta y qué concepto se tenía formado de Roma y aplicó?
92. — ¿Mediante qué reforma pudo Mario organizar el grande y fuerte ejército con que derrotó a Yugurta; y qué suerte corrió este ejército?
93. — ¿De qué otro peligro libró Mario a Roma, luego de vencer a Yugurta?
94. — ¿Cuántos eran, aproximadamente, los cimbrios y teutones que invadieron a Roma, porqué no la tomaron a ésta y dónde y en qué forma fueron batidos?
95. — Consulados que tuvo Mario, su acción en ellos e impresión que ésta produjo en la aristocracia romana.
96. — Antecedentes y tendencias de Sila al aparecer en la escena pública.
97. — ¿Fué solamente rivalidad de dos hombres, la que se planteó entre Sila y Mario?
98. — ¿Porqué se le quitó a Mario el mando del ejército que debía combatir contra la sublevación de los confederados itálicos y se le dió a Sila?
99. — ¿Qué hizo Mario en Roma, durante la ausencia de Sila?
100. — Derrotado Mario al regresar Sila, ¿qué fué de él?
101. — ¿Para qué se volvió Sila a ausentar de Roma, al Asia y a Grecia?
102. — ¿Quienes fueron y qué hicieron, Cinna y Mario el Joven?
103. — ¿Qué conducta tuvo Sila con sus enemigos, cuando se puso de nuevo al frente del gobierno en Roma?
104. — Abdicación de Sila y su muerte.
105. — ¿Quién fué y qué hizo Lépido?
106. — Calidades y acción que había tenido Pompeyo, cuando apareció frente a los plebeyos alzados en armas.
107. — ¿Qué política desarrolló y qué resultado inmediato le produjo?
108. — ¿Qué fué la sublevación de los gladiadores y quién la contuvo en ausencia de Pompeyo?
109. — Pompeyo en España y Asia.
110. — ¿Quién fué Lúculo?
111. — ¿Qué cargo asumió Cicerón y qué conjuración le tocó afrontar y con qué resultado?

CAPITULO VII

ÉPOCA DE CÉSAR

El primer triunvirato. — La palabra triunvirato viene de "trium", tres, y "vir"; hombre en latín; y quiere decir: tres hombres.

Cuando regresó Pompeyo de Asia, licenció su ejército creyendo que los servicios que había prestado a la República lo mantendrían, por sí solos, en el ascendiente que poseía sobre la sociedad romana. No fué así, porque, dejando de temerle el Senado, mostróse indiferente a sus pedidos, inclusive el de la ratificación de sus actos en Asia.

Sin embargo, Pompeyo era una gloriosa figura de Roma; una personalidad en torno de la cual se concentraba bastante opinión; era, en suma, un hombre al que no se podía dejar de contemplar en alguna medida.

En Roma había otra figura espectable: la de Craso, ciudadano inmensamente rico y que por esa su privilegiada situación tenía bajo su dependencia a mucha gente y un gran círculo de adictos.

Tanto Pompeyo como Craso adoptaron una actitud reticente respecto del Senado y se mostraron disgustados por su tendencia.

En esta situación se les acercó a los dos, un joven que se tenía ganada la simpatía del pueblo por la manera brillante como había organizado, durante mucho tiempo, los juegos públicos, en su carácter de Edil. Este joven, que se llamaba Julio César, propusoles a Pompeyo y Craso un concierto que les permitiría a los tres tomar sin dificultad la dirección de la República.

La proposición fué aceptada y este convenio tiene, en la historia de Roma, el nombre de primer triunvirato.

César: sus antecedentes biográficos. — César era sobrino de Mario y, por tal motivo, hubo de ser comprendido en las proscripciones de Sila. No fué fácil librario de ellas, porque Sila rechazó varios empeños en tal sentido, diciendo: "Hay en ese niño muchos Marios". Pero, finalmente, los pocos años de Julio César arrancaron la excepción.

Inteligente, afectuoso y muy dado al pueblo, alcanzó una por una todas las magistraturas después de la muerte de Sila; y se le dió el mando de operaciones militares en España que le permitieron regresar a Roma con laureles y con dinero.

Este era el momento en que la nascente personalidad de César, concertó su alianza con Pompeyo y con Craso.

Ardían en el pecho de dicho joven, aunque todavía contenidas, ambiciones ardorosas. De ellas son claro indicio, los rasgos que vamos a referir.

Un día, atravesando cierta miserable aldea de los Alpes, dijo: "Es preferible ser el primero entre estos bárbaros, antes que el segundo en Roma".

Otra vez fué sorprendido llorando con un libro en las manos: era la historia de Alejandro. "¿Porqué lloras?" — preguntáronle. Y respondió: "¿No debe causarme justo dolor la idea de que, teniendo Alejandro mi edad, había conquistado ya tantos reinos, sin que haya yo hecho nada memorable todavía?"

César: sus tendencias políticas. — Julio César pertenecía al partido del pueblo. Habíanlo definido en tal sentido, sus halagos a la muchedumbre mientras fué Edil; así como la reposición, que propuso y obtuvo, de las imágenes de Mario en el Capitolio, con la mala impresión que se imaginará de la clase noble por este hecho.

Distribución de las provincias entre los triunviros. — Los planes del triunvirato concertado entre Pompeyo, Craso y César, tuvieron feliz realización. Los actos de Pompeyo en Asia fueron ratificados; a Craso se le en-

comendó la guerra contra los partos; y César fué nombrado Cónsul.

Ocurría esto en el año 59.

Para que el pueblo no quedara sin su parte en los beneficios, dictóse una ley agraria por la que se concedieron tierras a todos los ciudadanos que tuviesen tres hijos.

César y la conquista de las Galias. — Julio César se hizo personalidad militar prestigiosa y gloriosa, con la conquista que realizó de las Galias, vasto territorio que se extendía, por el oeste, entre el mar del Norte, la Mancha y el Océano; por el sur, entre el Mediterráneo y los Alpes; y por el este y el norte, en todo el curso del Rhin.

En una parte de este vasto territorio imperaba la autoridad de Roma, es a saber: en la Galia Cisalpina, o valle del Po; y en la Galia Transalpina, entre los Alpes y los Pirineos, que era el camino de España.

Todo lo demás constituía la Galia independiente, habitada por más de 300 pueblos que, con sus correrías, habían ya hecho temblar a Roma más de una vez.

Los galos: sus costumbres, estado social y político. — Los habitantes de la Galia independiente vivían bajo el señorío de múltiples príncipes, perturbados por una constante desarmonía.

Las principales regiones de la Galia independiente, eran las de Aquitania, sobre el Garona; la Galia Céltica, sobre el Loire y el Sena; y la Galia Bélgica, que iba desde el Oise hasta el Rhin.

Tenían formadas los galos varias confederaciones; y eran pueblos guerreros, muchos de ellos con ciudades fortificadas.

Intervención de César en los asuntos de las Galias. — En las luchas internas que sustentaban los galos, un jefe "suevo" (germano) que se llamaba Arioristo, prestó ayuda a los "secuanos" que guerreaban contra los "eduos"; y éstos acudieron a su vez a Roma, con igual demanda.

Era la oportunidad para una intervención que César decidió en seguida, pues sabía que al pueblo romano le sería grata, viendo como veía un grave peligro en el poder de los galos.

Coincidió la demanda de los "eduos" con un plan de los helvecios de Suiza que se disponían a bajar de las montañas para desalojar a los galos del lugar que ocupaban en las orillas del Océano y establecerse allí en substitución de ellos.

La conquista: breve reseña. — César, que como sabemos ejercía el Consulado, marchó a las Galias con la complacencia agradecida de los "eduos" y de los otros galos amenazados por los helvecios, para los cuales no aparecía como enemigo sino como protector.

Al desembocar los helvecios por el valle del Ródano, fueron sorprendidos por el general romano, que los derrotó cerca de Macón. Poco después los derrotó de nuevo en el valle del Gaona, obligándolos a retroceder hasta Suiza.

César, esto obtenido, marchó contra Arioristo, que con un fuerte ejército se había establecido en Borgoña; y lo batió completamente cerca de Besanzón.

Sublevación general de los galos. — Pero el Cónsul de Roma tuvo muy pronto que hacer frente a una sublevación general de los galos encabezada, primero, por Ambiorix, de Lieja, al que César pudo dominar sin dificultad; y luego por Vercingetórix, de Gergovia, ciudad fortificada levantada sobre una montaña, a pocas leguas de Clermont Ferrand de hoy.

Vercingetórix. — El jefe de esta insurrección era joven, noble por nacimiento y valeroso.

Toda Auvernia respondió como un solo hombre a su llamado, siguiendo a esa región, en su actitud, los demás pueblos galos.

Adoptado como plan el de vencer a los romanos por el hambre, los auverneses no trepidaron en destruir sus cultivos ni en arrasar todas aquellas de sus ciuda-



des que estaban indefensas, y en que se hubiera podido aprovisionar el enemigo.

Triunfo de César. — La única ciudad no fortificada que los auverneses dejaron en pie, pero guarneciéndola bien, fué "Avaricum" (Bourges de hoy).

Hacia ella marchó inmediatamente César y, sitiándola, la tomó a pesar de la heroica resistencia que hicieron sus habitantes, que fueron pasados a degüello.

César se dirigió en seguida contra Gergovia, la ciudad natal de Vercingetórix, considerada inexpugnable por su situación y que además se hallaba protegida por el jefe auvernés.

El general romano cercó a la ciudad y al ejército que la defendía, con recursos de verdadero estrategia. En definitiva venció y tomó a la ciudad, cayendo en su poder el propio Vercingetórix que, prisionero durante un tiempo, pagó al fin con la vida su figura de adalid de la independencia gala.

Un año después de la caída de Gergovia, todas las Galias estuvieron bajo la dominación romana; y César, astro ya de primera magnitud en el cielo histórico de Roma, regresó a esta ciudad.

Rivalidades entre César y Pompeyo. — La triunfal carrera de César había creado un fuerte partido en su favor, en Roma; y Pompeyo contemplaba esto con visible recelo.

Tal cosa se desprende del hecho de no haberse aumentado de la ciudad, a pesar de estar nombrado por el Senado jefe del ejército que tenía Roma en España.

Estado de Roma durante la ausencia de César. — Durante la ausencia de César, Craso había muerto combatiendo contra los partos; y en Roma habían surgido bandas armadas que dirigía un agitador llamado Clodio.

La acción de Pompeyo. — Una resolución del Senado, detrás de la cual se sospechó la sugestión de Pompeyo, dióle a éste facultades plenas para gobernar a fin de poder acabar con Clodio.

Con estas facultades, iba el nombramiento de Cónsul único.

Actitud de César. — César, que estaba cerca, no aceptó tal temperamento, proponiendo, en cambio, que tanto él como Pompeyo renunciasen al Consulado, para que después se proveyese el cargo como se entendiera más conveniente para los destinos de la República.

Pompeyo, a su vez, no estuvo conforme con la proposición de la renuncia y obtuvo una resolución del Senado, ordenándole a César el licenciamiento de su ejército.

Paso del Rubicón. — César se encontraba a orillas del Rubicón, límite territorial que les estaba prohibido franquear a los generales romanos, con tropas armadas, sin autorización expresa.

No solamente menospreció César la orden de licenciar sus soldados, sino además aquella otra prohibición, pues franqueó el Rubicón y avanzó sobre Roma, pronunciando aquella su frase que se haría célebre: "¡Cúmplase el destino!"

La guerra civil: Farsalia. — Pompeyo intentó organizar una defensa de Roma contra César; mas, tropezando con la desunión del pueblo, que en buena parte estaba arrastrado por la admiración y la simpatía hacia el vencedor de los galos, optó por huir de la ciudad rumbo a Grecia, junto con el Senado y los nobles que le eran adictos.

César entró en Roma, impuso el orden y partió para España, donde Pompeyo tenía sus legiones más agueridas. Sus propósitos en esta expedición, los define la frase siguiente que pronunció: "Combatiré a ese ejército, falto de su general. Después atacaré a ese general, ya sin ejército".

Los pompeyanos de España hallábanse en contacto estrecho con la población de Marsella. César tomó a esta ciudad después de un sitio que acrecentó su fama militar y ahogó ese foco de posibles cooperaciones para los elementos que le interesaba destruir. Luego, sa-

bedor de que Pompeyo se preparaba para hostilizarlo, atravesó el Adriático y acampó en Epiro.

Pompeyo había levantado un ejército fuerte desde el punto de vista numérico, empero falto de unidad y de organización. La batalla presentábasele, pues, desventajosa y la rehuyó, alejándose.

Seguido por César y empujado por los nobles que exigían la definición, una vez por todas, del pleito, aceptó combate cerca de Farsalia, siendo completamente derrotado.

Muerte de Pompeyo. — Pompeyo había tenido que huir, casi solo, del campo de Farsalia. Se dirigió al Asia, para unirse con su esposa y con sus hijos; y de allí pasó al Egipto, de donde el Ptolomeo reinante había hecho llegar un ofrecimiento de ayuda.

Este ofrecimiento respondía a un propósito traidor. Apenas entró en la barca que se le había enviado de Egipto, fué asesinado en la propia presencia de su esposa, desfalleciente de espanto y de dolor.

Los criminales cortáronle la cabeza a Pompeyo, abandonando su cuerpo en la orilla; y se la hicieron presentar a César, al aparecer él en Alejandría.

César en Egipto. — El plan de los traidores falló en esto, porque César se horrorizó con el espectáculo de la cabeza de su rival e hizo ejecutar a los asesinos, derribando en seguida al Ptolomeo que ocupaba el trono de Egipto y colocando en este a Cleopatra, que daría más tarde, como veremos, páginas resonantes a la historia.

César en Asia, Africa y España. — Entretanto, el Asia Menor se había rebelado bajo las instigaciones y el comando de Farnaces, hijo de Mitridates. César marchó inmediatamente contra Farnaces, con el resultado que condensa su conocida frase: "llegué, ví y vencí".

Como en Africa se había refugiado y organizado un grueso contingente de partidarios de Pompeyo, fué en su busca y lo aniquiló en Thapso.

Pero en España había quedado el hijo de Pompeyo, que consiguió formar otro ejército. César pasó rápida-

mente a España y venció y dispersó a este ejército, quedando con ello sin enemigos que tuviesen seria base de tropa militar.

Dictadura de César. — Al llegar César a Roma después de tan numerosas y brillantes victorias, todo se le doblegó.

Fué nombrado en seguida Dictador Perpetuo y su voluntad fué la ley de la nación.

Dueño de tan inmenso poder, no quiso emplearlo ni para persecuciones y proscripciones ni para modificar el nombre de la organización política que existía.

Reformas y proyectos de César. — Redujo el Senado a simples funciones consultivas; dió representación en él a las provincias, para lo cual hizo que los senadores formaran un cuerpo de 900 miembros; y se declaró con facultad para proveer todas las altas magistraturas.

Gobernó, en suma, como un rey; pero dejó subsistentes las formas exteriores de la República.

En el sentido de los intereses del pueblo, procuró César salvaguardarlos.

Prestó atención especial a la organización de los juegos públicos, halagando así a la muchedumbre; distribuyó tierra a los pobres, por el procedimiento de la fundación de Colonias; emprendió grandes obras de Estado que proporcionaron trabajo a mucha gente, no excluyendo de éstos ni de otros beneficios a los que le habían combatido; y reprimió con mano rígida los abusos en la administración de la justicia y en la percepción de los impuestos.

Una frase corriente en aquellos días, sintetiza el concepto que se tenía de la acción de César: "Nadie supo como él conquistar los corazones por la bondad y hacer mudar el temor en esperanza".

Acariciaba César, entre otros proyectos, el de vengar a Craso destruyendo a los partos y llevando así su autoridad hasta el extremo del Asia, cuando se produjeron sucesos que frustrarían todos sus planes.

La conjuración. — Roma estaba tranquila y su pueblo no parecía necesitada; habían desaparecido los ladrones de Estado, que saqueaban las provincias, como también los magistrados venales; se construían grandes obras de beneficio público y de ornato; se fomentaba la agricultura... Pero la nobleza sentíase desposeída.

No conformándose ella con el papel de insignificación que le había tocado en el nuevo orden de cosas, conspiró.

Todo lo que se decía de la bondad de César, era cierto; pero la República peligraba con él. Mejor dicho, la República había desaparecido con César, el cual no perseguía otra finalidad que coronarse como rey: éstas fueron las razones que adujeron los nobles para un movimiento que declaraban necesario, en defensa — decían — de la República.

Muerte de César. — Entre los jóvenes de aquella época más favorecidos por César, figuraba Bruto. Su nombre recordaba los días iniciales de la República, cuando fueron depuestos los reyes por el otro Bruto que compartió con Tarquino Colatino el primer Consulado.

Tanto por ese recuerdo como por el hecho de que tenía libre acceso hasta César, Bruto fué puesto a la cabeza del grupo que llevaría a la práctica el plan de los nobles, basado en el asesinato del Dictador.

Dirigía esta trama Casio, que cierto día escribió en las oficinas de Bruto, nombrado por César Pretor, estas palabras: "Te duermes, Bruto".

César había sido informado de que sus enemigos conspiraban. Pero no quiso ni oír las denuncias. Probablemente, si las hubiera escuchado, no las hubiera creído en lo relativo a Bruto. Lo quería entrañablemente, encontrándose en las viejas crónicas la alusión a un rumor público, según el cual Bruto era hijo bastardo de él.

Yendo César para el Senado y en circunstancias que salvaba los dinteles del mismo, del grupo que le

acompañaba arrojósele sobre la cabeza una toga y múltiples aceros atravesaron su cuerpo.

Al caer por tierra el Dictador, mortalmente herido, la toga que lo envolvía se abrió y pudo César ver a Bruto entre los que le rodeaban puñal en mano. "¡Tú quoque, Brutus!" (¡Tú también, Bruto!") — alcanzó a balbucir.

Fueron sus últimas palabras, porque acto continuo expiró.

Juicio sobre César y sus hechos. — Como militar, Julio César es comparable con Alejandro el Grande y con Aníbal. No lo superaron aquéllos, ni en la magnitud de lo que emprendieron, ni en la forma de lograrlo. Particularmente su campaña contra los galos, disciérneme a César laureles que no se destruirán. Fué ese, un soberbio triunfo de la táctica, la disciplina, la pericia y la valentía.

César fué también grande como hombre de Estado. Poseyó un concepto del gobierno, distinto al de los hombres de su época. Tuvo como norte de sus actos el bien público y no fué rencoroso ni cruel.

Por último, se distinguió, además, César como escritor, siendo con justo motivo muy apreciada por las personas de alguna cultura, la obra que dejó relatando y comentando sus propias campañas, de limpidísimo estilo y muy sólida construcción.

Octavio en Roma. — Inmediatamente de muerto César, los conjurados salieron del Senado y comunicaron al pueblo lo sucedido diciéndole que Roma nacía de nuevo a la libertad. Pero el pueblo no hizo causa común con ellos. Quedó consternado por la pérdida de aquel dictador que le había dado paz, justicia, progreso y bienestar.

Comprendiendo, los del golpe, que el ambiente les era contrario, huyeron de Roma seguidos de numerosos miembros de la nobleza.

Al celebrarse los funerales del muerto, el Cónsul Antonio, que se había formado militarmente al lado de César, hizo el elogio de la ilustre víctima en términos

que conmovieron a la ciudad, leyendo luego un generoso testamento que había dejado redactado el extinto y mostrando la toga ensangrentada que atravesaran las 28 puñaladas que se le dieran.

El sentimiento público se definió abiertamente por César; y Antonio, que se había anticipado a interpretarlo y que lo había interpretado bien, fué el hombre de la situación.

Pero he aquí que, cuando parecía haberse encontrado en Antonio al sucesor del caído, se presentó en Roma Octavio, sobrino e hijo adoptivo de César. Llegaba procedente de Atenas, donde había estudiado; e inmediatamente de llegado reclamó el gobierno por entender que le pertenecía en virtud de los títulos de la herencia.

Antonio había salido de la ciudad, en persecución de Bruto; el Senado no tenía todavía actitud definida en cuanto a la provisión de la vacante de César y la presentación de Octavio acentuó esa indecisión; y a Antonio le había salido un opositor prestigioso, que era Cicerón, quien se pronunció en seguida en favor de Octavio mediante una serie de arengas que han llegado hasta nuestros días y se conocen bajo el nombre de las "Filípicas".

La palabra de Cicerón, que pedía fuese declarado Antonio fuera de la ley por usurpador de una posición que no se la había dado título legal ninguno, encontró eco en el pueblo; y, presionado el Senado por el sentimiento público, hizo la declaración que se le reclamaba y nombró a Octavio para operar militarmente contra Antonio.

Segundo triunvirato. — Las operaciones de Octavio contra Antonio, tuvieron una iniciación afortunada. Vencidas las fuerzas del último, tuvo él que huir. Octavio, entonces, regresó a Roma y reclamó el Consulado, cargo que el Senado persistió en no concedérselo, pues tenía noticias de que el rival se reorganizaba y reclamaría pronto, nuevamente, la misma posición.

En efecto: Antonio reapareció poco después, con

un ejército frente a Roma. Otra guerra civil, ardorosa y enconada, se presentaba como inminente.

Pero el ejemplo de César cuando en situación parecida se unió con Pompeyo y Craso, fué recordado y seguido en esta oportunidad. Antonio y Octavio se entendieron para repartirse el gobierno, incorporando a este pacto a Lépido, que gobernaba la Galia Narbona y amenazaba con reforzar los elementos todavía no aniquilados de Casio y de Bruto, los asesinos de César.

Surgió en esta virtud un segundo triunvirato, formado por Antonio, a quien se dió el gobierno del Oriente; Octavio, al que se adjudicó el de Roma; y Lépido, que obtuvo su continuidad en el gobierno de las Galias.

Las proscripciones. — Esta imitación de la política de César, no comprendió la de su conducta con los enemigos. César no los persiguió: el segundo triunvirato, si.

Por las persecuciones del segundo triunvirato, perecieron 300 senadores y 2.000 miembros de la nobleza que compartían las vistas de Casio y de Bruto.

Cicerón, que se había jugado entero por Octavio contra Antonio, cayó entre las víctimas. Así lo había exigido Antonio entre sus condiciones para la aceptación del pacto.

La cabeza del gran orador clavada en la tribuna que tanto honrara con su elocuencia, fué el pregón de que, para los dominadores de ese momento, se colocaba por encima de todo la aspiración de "llegar".

Guerra contra los asesinos de César. — Bruto y Casio habían levantado, por su parte, un ejército de 100.000 soldados en la Macedonia.

Antonio y Octavio partieron en ese rumbo, para jugar su suerte común en la partida que se imponía; y los hados de la fortuna les fueron propicios, pues vencieron a los asesinos de César en los llanos de Filipos, en dos reñidos combates, perdidos los cuales tanto Casio como Bruto diéronse la muerte.

RESUMEN DE LA EPOCA DE CESAR

Pompeyo	César	Resistencia gala Principales episodios	Casio y Bruto	Octavio	Antonio
Regresa de Asia y no consigue que el Senado ratifique sus actos.	Sobrinio de Mario, inicia su acción pública como edil y dirige con fortuna una expedición militar en España.	Batallas de Macón y Besanzón, ganadas por César.	Huyen de Roma, después del asesinato de César.	Aparece en Roma reclamando el gobierno, como heredero de su tío, Julio César.	Interpreta el sentimiento público por la muerte de César y es, por un momento, el hombre de la situación.
Descontento él y descontento Oraso, entiéndense los dos con Julio César y forman el primer triunvirato.	Es nombrado Cónsul.	Derrota de Ambiorix, cerca de Lieja.	Levantatan un ejército de 100.000 hombres en la Macedonia.	Derrota a Antonio y luego se entiende con él y Lépidio, formando el 2.º triunvirato.	Forma parte del 2.º triunvirato, tocándole el gobierno del Oriente.
Desconfía de César vencedor en las Galias y consigue que el Senado le ordene el licenciamiento de su ejército.	Conquista las Galias. Desobedece al Senado y pasa el Rubicón.	Sitio y ocupación de Gergovia, por el conquistador romano.	Son derrotados por Antonio y Octavio en Filipos.	Assume el gobierno de Roma.	Se enamora de la reina de Egipto, Cleopatra, y queda inactivo durante 2 años.
Es derrotado por César y huye a Grecia.	Vence a Pompeyo en Farsalia. Vence a Farnaces, hijo de Mitridates.	Prisión y muerte de Vercingetorix, el héroe mayor de la independencia gala.	Se dan la muerte, luego de pronunciada su derrota.	Vence en el Mar Mediterráneo, al hijo de Pompeyo.	Concibe el plan de conquistar el mundo, para coronarla a Cleopatra reina de él.
Se dirige después al Egipto donde, traicionado, se le asesina.	Desahace en Thapso a los pompeyanos.			Consolida su autoridad en Roma.	Derrotado por Octavio, se da la muerte, actitud en que le sigue Cleopatra.
	Es nombrado Dictador Perpetuo.			Rompe con Antonio y depone a Lépidio, para concentrar la autoridad en su sola persona.	
	No persigue a sus enemigos, emprende grandes obras de Estado y moraliza la justicia y la administración.			Vence a Antonio en la batalla de Accio y queda dueño del mundo.	
	Muere en la conjuración de Casio y Bruto.				

Antonio en Oriente. — El Egipto había prestado ayuda a Casio y a Bruto y los vencedores de éstos creyeron debía ser castigada esa conducta.

Antonio, que en el reparto del gobierno había sacado el del Oriente, partió para Egipto; en tanto Octavio se encargaba de mantener el orden en Roma.

Al llegar Antonio al Oriente prendóse de la belleza de la reina de Egipto, Cleopatra, puesta en ese trono por César, como se recordara; y, en vez de dominar la situación allí, para lo cual había ido, quedó inactivo entregándose al deleite.

Ruptura entre Octavio y Antonio. — Entretanto, Octavio había sometido al hijo de Pompeyo que con una poderosa escuadra se hiciera dueño del Mediterráneo, venciendo además otros obstáculos que se habían opuesto a la consolidación de su autoridad en Roma.

Sabedor de que los dos años que él empleara en afianzarse por el lado de Occidente, no habían dado fruto ninguno en Oriente, pues la única acción guerrera de Antonio era un avance contra los partos, del que hubo de retornar a Egipto maltrecho; e informado además de que el representante de Roma en el Oriente había concebido el plan de conquistar el mundo para ponerlo a los pies de su amada, coronándola como reina universal, soliviantó contra Antonio el ánimo de los romanos y se pronunció contra él, deponiendo a Lépido para responder a la necesidad, que invocó, de que en tan peligrosas circunstancias se concentrase la autoridad en una sola persona.

Batalla de Accio: sus consecuencias. — La disidencia adquirió el carácter de una lucha del Oriente contra el Occidente; y toda Roma se puso del lado de Octavio, que marchó en busca de Antonio al frente de numerosas y aguerridas fuerzas.

Antonio había reunido un ejército de más de 100 mil hombres. Estaba, pues, en situación de disputar reñidamente el predominio. Pero Cleopatra quiso que jugara su destino por mar y Antonio se apresuró a complacerla.

Las flotas de Antonio y de Octavio encontráronse al norte de Grecia, cerca del promontorio de Accio, en el Adriático. En lo mejor de la acción vió Antonio que las naves egipcias en que estaban Cleopatra y su corte, huían rumbo de Alejandría. Motivaba esta fuga, el hecho de que Cleopatra sentíase amedrentada por el estruendo de la batalla, habiendo desistido por ello del propósito de presenciarla. Octavio, que no conocía este motivo, creyóse ante la opción necesaria entre la dirección del combate o la mujer que lo tenía seducido, cuya suerte consideró en peligro. Optó por el cuidado de Cleopatra aun al precio del abandono de la batalla, la cual fué desde ese momento una fácil victoria para Octavio.

Perseguido Antonio por el vencedor, fué también batido en los alrededores de Alejandría. Dióse entonces la muerte, en lo cual le siguió Cleopatra que se hizo picar por una víbora venenosa.

Y quedó Octavio dueño del mundo.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

112. — ¿Cómo nació y se constituyó el primer Triunvirato?
113. — Los primeros tiempos de la figuración de César.
114. — ¿Qué territorio comprendieron los Galias?
115. — ¿Porqué, siendo tantos y tan aguerridos los pueblos galos, pudo Roma dominarlos?
116. — ¿Cuál fué la primera acción en la guerra contra los galos y qué consecuencia tuvo?
117. — ¿Qué hizo Ambiórix y quién fué Vecingetórix?
118. — ¿Qué sucedió en Avaricum y en Gergovia?
119. — ¿Qué había pasado en Roma durante la ausencia de César en las Galias?
120. — ¿Cuál fué la actitud de Pompeyo, al aparecer César cerca de Roma?
121. — ¿Qué se entiende por el paso del Rubicón?
122. — Motivo, resultado y consecuencias de la batalla de Farsalia.
123. — ¿Cómo desapareció Pompeyo de la lucha que sustentaba contra César; y a dónde se trasladó éste?
123. — ¿Adónde se trasladó César después de la batalla de Farsalia, a quién dió un imperio y qué batallas libró?
124. — Acción de César en Roma, luego de proclamado Dictador Perpetuo.
125. — Quiénes fueron Casio y Bruto, lo que hicieron y la suerte que tuvieron.
126. — ¿Cómo aparecieron Antonio y Octavio en la historia de Roma?
127. — ¿Con quién se entendieron para formar el segundo Triunvirato?
128. — Actitud de Cicerón en la rivalidad que surgió entre Antonio y Octavio y cómo correspondió este último a tal actitud.
129. — ¿Qué plan concibió Antonio desde Oriente y qué bandera levantó Octavio a fin de contrarrestarlo?
130. — ¿Cómo se desarrolló la batalla de Accio y cuáles fueron su resultado y sus consecuencias?

CAPITULO VIII

EL IMPERIO

Causa de su establecimiento. — Al consolidarse Octavio en el poder una vez vencido y muerto Antonio, el dominio de Roma abarcó un territorio inmenso, poblado por cien millones de almas, aproximadamente.

La necesidad de asegurar contra luchas internas y contra posibles desmembramientos esta colosal creación, generó en Roma la autoridad suprema única, que no podía recaer sino en quien se había impuesto sobre todos sus rivales y tenía el dominio de las fuerzas armadas, o sea, en Octavio.

Augusto: antedecentes biográficos. — Juzgándolo a Octavio por su físico, nadie hubiera creído que estuviese llamado al papel trascendental que le correspondió en la historia.

Al aparecer en Roma, procedente de Atenas, para reclamar la sucesión de su tío y padre adoptivo Julio César, era poco más que un imberbe. No tenía sino 19 años y su constitución física era precaria.

Delgado; de mal color; aparentemente apocado de ánimo; defectuoso en el hablar, pues lo afectaba un tanto la tartamudez; y defectuoso también en el caminar, pues cojeaba de una pierna, daba la impresión de un tarado de la vida y no parecía que la hubiera de disfrutar mucho tiempo.

Por debajo de esas exterioridades circulaba, sin embargo, la savia de una inteligencia poderosa, como habrán de ponerlo en evidencia los sucesos.

La absorción de los cargos republicanos. — Dueño de Roma y del mundo, Octavio volvió los ojos a las

normas que aplicara su ilustre tío, que dominara en absoluto sin hacerse odioso.

Como él. no quiso innovar en los aspectos externos del ejercicio del gobierno. Sólo le interesó la realidad de la autoridad.

Hízose elegir tribuno, con lo que su persona era inviolable; Censor, con lo que le fué dado intervenir en la designación de los senadores y ejercer sobre la sociedad funciones de vigilancia; Sumo Pontífice, mediante cuyo cargo dispuso para sus planes del poderoso influjo de la religión; y Presidente del Senado, con lo que tuvo en su mano orientar y dirigir las deliberaciones del mencionado cuerpo político.

Hízose poco después aun mayor esta absorción de los cargos que había creado la República, hasta quedar ella subsistente en las formas, pero suprimida de hecho.

Títulos honoríficos concedidos al Emperador. — No hubo título honorífico que no se concediese al nuevo dominador.

El principal, aquel que caracterizaría sus funciones distinguiéndolas de las que habían ejercido sus antecesores; el que las haría nuevas sin caer en la realeza, que no se quería en Roma. sumiólo a Octavio en mucha preocupación y vacilación.

"Imperator", habíanle llamado. Pero esto aludía a lo militar, solamente. "Imperator", significaba únicamente general victorioso. Por ese título se recordaba el origen de su poder: la fuerza de las armas; y quedaba con autoridad sobre todos los ejércitos. Pero su autoridad tenía un campo más amplio. Buscaba, pues, y buscó Octavio otra designación.

Rómulo, el fundador de Roma, lo había sido todo en sus días. Octavio pensó en llamarse como él. Mas la actuación de Rómulo estaba muy distante y no era bastante conocida. Además, Rómulo, en muchos momentos, había gobernado de manera violenta y hasta cruel, lo que no entraba en los planes de Octavio.

Deseando revestir su autoridad de una aureola como de veneración obligada, que dispusiera los ánimos a la obediencia, el pensamiento de Octavio se fué a la de-

nominación que tenían las cosas sagradas. A los lugares destinados para ellas, llamábaseles augustos.

Resolvió que se le diera el título de Augusto, con el que se inmortalizó en la historia.

Régimen imperial. — El régimen de gobierno que implantó Augusto, concentró en él todas las facultades ejecutivas, manteniendo en apariencia la organización política creada por la República.

Atribuciones del Emperador: el Consejo Privado. — Para disimular esta absorción personal de facultades, creó Augusto un Consejo Privado que aparecía decidiendo los asuntos de Estado.

Como los miembros de dicho Consejo los elegía él entre las personas que le eran más adictas, se comprenderá que el Consejo Privado no se pronunciaba sino de conformidad a los pensamientos y deseos de la autoridad omnímoda de que emanaba.

Principales miembros del Consejo Privado. — En toda sociedad sobran las personas anhelosas de actuar en las posiciones públicas.

Naturalmente, ellas abundaron en la Roma imperial.

El talento de Augusto se manifestó en la elección que hizo de tales colaboradores.

Pudo llevar a quien quisiese a su Consejo Privado, hombre conspicuo o no.

Pero buscó, para los mencionados cargos, a personalidades caracterizadas de la sociedad romana, todas con ascendiente sobre ella, ganándolas para sus propósitos por medio de halagos y favores.

Mecenas. — El principal miembro del Consejo Privado de Augusto fué Mecenas, hombre bajo múltiples aspectos distinguido y de mérito.

Era muy versado en las letras y en las ciencias, gran señor en los salones, prudente, sagaz y amplio de visión.

A estas calidades debieronse, sin duda, las características honrosas que presenta el gobierno de Augus-

to, sin que esto implique subalternizar al Emperador, que fué quien lo eligió y mantuvo en su posición, por sentirse evidentemente bien interpretado.

Atribuciones del Senado. — El Senado conservó sus atribuciones de dictar las leyes y autorizar la ejecución de las mismas.

Lo que el espíritu de las gentes no percibió, fué que, dependiendo como dependía de Augusto la elección de los Senadores, el cuerpo se formaba con adictos de él y no sancionaba, de consiguiente, sino aquellas leyes que tenían previamente el beneplácito imperial.

Creación de nuevas instituciones. — Creó por lo demás Augusto, instituciones que no tenían antecedentes en la tradición de Roma hasta su época y que juzgó de necesidad política esencial.

Guardia pretoriana. — Así la Guardia Pretoriana, formada de 9 cohortes y encargada de mantener el orden en la ciudad.

Estas 9 cohortes tenían un jefe que se llamaba Prefecto del Pretorio, cuidadosamente elegido por el Emperador.

Prefectura de víveres. — Y así también la Prefectura de Víveres, encargada de proveer a todas las necesidades de la población, en lo referente a su aprovisionamiento.

Prosperidad económica del Imperio. — Todo esto implicaba una acción continua en pro de la regularización administrativa.

Como no podía menos de suceder, esa regularización generó prosperidad.

El Fisco y el Erario. — El Fisco y el Erario dejaron de ser los enemigos del trabajo y de la producción, para comenzar a ser sus aliados.

Las rentas fiscales no sufrieron el drenaje a que las sujetaba la voracidad de los funcionarios.

Pudo saber el Estado con cuanto dinero contaba para costear la administración e impulsar el adelanto

social; y, si bien fué menor el número de los que individualmente se enriquecían, se elevó el índice de la riqueza del Estado o común.

La administración de las Provincias. — Como se recordará, César había regularizado la situación de las provincias, librándolas de los Procónsules rapaces y despóticos que les eran enviados desde Roma.

Manteniendo Augusto esta orientación ordenadora, dióle arraigo definitivo creando para las provincias funcionarios con sueldo fijo que se denominaron "legados" y gobernaban de conformidad a instrucciones precisas que les impartía la autoridad central del imperio.

Reformas y mejoras. — Esta mejora fué seguida de otras, ya relacionadas con las mismas provincias, ya con otros aspectos de las necesidades públicas.

Respecto de las provincias, luego de visitarlas Augusto personalmente, concedióles el derecho de organizar asambleas en que se estudiasen sus asuntos propios, con facultad para hacer llegar directamente al Emperador sus sanciones y sus anhelos.

En lo concerniente a las necesidades generales, continuó también Augusto la política de César promoviendo y realizando la construcción de caminos que facilitasen las comunicaciones y el intercambio de productos entre unas y otras regiones y pueblos del imperio.

La paz romana. — Los componentes del partido de Antonio, partido que no se había extinguido con la derrota y muerte de éste, bien que actuaba en orden disperso y entre las sombras, viéronse cada vez más faltos de ambiente.

El pueblo sentíase cómodo dentro del orden de cosas imperial. Abundaba el trabajo; había prosperidad y no soportaba la sociedad el predominio abusivo y vejatorio de una clase social sobre otra; había seguridad para las personas y para los intereses; y, de uno a otro extremo de la nación, la paz aparecía inconvencible.

Los mismos opositores acabaron por reconocer que se desenvolvía con acierto el gobierno imperial; y fue-

RESUMEN DE LA HISTORIA DE LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL IMPERIO EN ROMA

146

ISAAC R. PEARSON

Carrera de Augusto	Organización del gobierno	Obra	Guerras	Allegados principales del Emperador
Llega a Roma a los 19 años, con aspecto enfermizo, ciego, tartamudeante y, al parecer, apocado de ánimo.	Consejo Privado, para asesorar al Emperador sobre los asuntos de Estado.	Cooperación recíproca entre el fisco y el erario, de una parte, y de la otra el trabajo y la producción.	Contra los bárbaros, por haber invadido ellos el imperio. Episodio más resonante: La destrucción de las legiones de Varo, llevadas con engaño hacia los montes; y luego rodeadas y exterminadas en ellos.	Mecenas: el miembro más destacado del Consejo Privado de Augusto. Muy versado en las letras y en las ciencias; gran señor en los sagrados; prudente, sagaz y amplio de visión.
Reclama el gobierno como sobrino e hijo adoptivo de César; y no para hasta obtenerlo y hacerse dueño del mundo.	Senado, para dictar las leyes y autorizar su ejecución.	Gobierno de las provincias, por medio de instrucciones directas de la autoridad central.		—
Hácese elegir Tribuno, Censor, Sumo Pontífice y Presidente del Senado.	Guardia pretoriana de 9 cohortes, para el mantenimiento del orden en la ciudad sede del gobierno.	Derecho de los mismos a organizar asambleas especiales para sus asuntos propios, con facultad de hacer llegar directamente al Emperador sus sanciones y sus anhelos.		Tiberio, hijastro de Augusto y adoptado por él como hijo, cuando se convenció de que su esposa, Livia, casada en segundas nupcias con el Emperador, no le daría otra descendencia que Julia, mujer de cabeza ligera que amargó con sus desórdenes los últimos años de Augusto, hasta el extremo de tenerla que desterrar de Roma.
Llena su época con una vastísima acción que lleva al imperio a la más grande prosperidad.	Prefectura de Viveres, para el aprovisionamiento de Roma.	Fomento en todas formas de la cultura intelectual y artística.		
Muere a los 76 años, 14 después del nacimiento de Cristo.	Funcionarios con sueldo fijo, para la administración de las provincias.	Grandes obras públicas.		
	Ejército permanente de 400.000 hombres, para la seguridad de las fronteras.			

ron ellos los que le pusieron a este período histórico el nombre de la paz romana, cantada bella y armoniosamente por Virgilio en aquellos sus famosísimos versos:

“¡Gracias a tí, César, el buey vaga por las praderas; Ceres y la feliz abundancia fecundan nuestros campos; los barcos navegan sin temor en el mar pacificado; y la buena fe se alarma cuando hay la más mínima sospecha”.

El Imperio en el exterior: estado de la Germania en la época de Augusto. — La prosperidad del imperio no podía dejar de suscitar tentaciones en los pueblos de tradición e instintos vandálicos que ocupaban los territorios limítrofes con Roma.

Previendo cualquier posible intentona, Augusto había guarnecido fuertemente las fronteras imperiales, creando para el efecto un ejército permanente de 400.000 hombres, compuesto por 23 legiones y todos los necesarios elementos auxiliares. Estas legiones y elementos fueron distribuidos sobre el Rhin, el Danubio y el Eufrates y sobre las entradas a los desiertos de Asia y de Africa.

De todos aquellos pueblos, a los que se daba entonces la denominación de bárbaros, el que más recelo infundía era el que constituía la Germania, muy numeroso, sumamente aguerrido y que no respetaba ningún derecho, invadiendo al vecino cuando sentía la necesidad de aprovisionarse o cuando se le ocurría imponer una sujeción.

Durante un tiempo, la respetable fuerza acumulada en las fronteras imperiales fué de contención eficaz; pero llegaría un día en que desaparecería el temor, según lo vamos a ver.

Guerras con los bárbaros. — Los bárbaros comenzaron a introducirse parcial y aisladamente, en zonas territoriales del imperio.

Eran incursiones, como de prueba o tanteo.

Augusto había hecho clausurar el templo de Jano, en señal de que estaba cerrado para Roma el período de

las guerras. Pero tuvo que ordenar el escarmiento de los audaces que invadían; y recibió esta orden uno de sus legados en las provincias, llamado Varo, que atravesó el Rhin para tal objeto, al mando de tres legiones.

Los bárbaros se internaron en los montes, aparentando estar amedrentados; y Varo se internó también.

No era esto sino un ardid de los germanos, que rodeando luego los montes, exterminaron a las tres legiones romanas.

Ante este golpe, que fué terrible, Roma bramó como fiera herida.

Y se desató la guerra, que Augusto habíase empeñado tanto en evitar.

Ultimos años de Augusto. — Aquel joven que llegara a Roma con aspecto de enfermo, prometiendo desaparecer al menor embate de una dolencia cualquiera, alcanzó la longevidad.

Lo alto de su posición, no le libró de amarguras.

Los últimos años de Augusto, nos lo muestran muy poco feliz en su vida privada.

Había deseado con avidez un hijo varón; y su esposa, Livia, sólo le dió una mujer, Julia de nombre, cuyos desórdenes fueron tales que el Emperador la tuvo que desterrar de Roma.

Livia era viuda cuando se casó con Augusto y tenía un hijo de su primer matrimonio.

Este hijastro de Augusto llamábase Tiberio y el Emperador lo adoptó como hijo.

Muerte del Emperador. — Augusto falleció de muerte natural a los 76 años de edad, 14 después del nacimiento de Cristo, lo que hizo que bajo su gobierno se iniciara la era cristiana, que comienza, como se sabe, con el nacimiento del fundador del Cristianismo.

La apoteosis. — La muerte del Emperador produjo un duelo en el que participaron todos los factores sociales del imperio: senado, nobleza y plebe.

Considerósele a Augusto como un dios; y en tal concepto organizáronse ceremonias en honor de su me-

moria, a las que se les dió carácter permanente, creándose a fin de que las celebrase un colegio para la formación de sacerdotes que se consagrarían especialmente a las mismas.

En el ejército, en la magistratura y en las asambleas de los cuerpos del Estado y populares, fué fórmula obligada la del homenaje a Augusto, pasando todo esto a la historia con el nombre de apoteosis.

Juicio sobre Augusto y su obra. — Augusto marca con su nombre un ciclo de la historia humana, ya que Roma, en ese entonces, puede decirse que era el mundo.

“El siglo de Augusto”, se dice con referencia a la época que llenó e ilustró la acción múltiple y vasta de este Emperador.

Una nación, la mayor entonces del globo, substraída a las perturbaciones internas perennes y al guerrear exterior pertinaz, sangriento y ruinoso, como programa o bandera de gobierno; esa misma nación, impulsada hacia el trabajo y el orden, en todas las formas utilizables en los tiempos aquéllos; y la intelectualidad favorecida en sus más diversas manifestaciones, son el indestructible fundamento del juicio honroso para Augusto que le discierne la historia, no obstante las grandes legunas del régimen político que implantó, en el sentido de la libertad y la democracia como las entendemos en la actualidad.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

131. — ¿Qué causa generó la creación del imperio?
132. — ¿Porqué el joven débil y enfermizo que fué Augusto, al reclamar la herencia de César, pudo ser la figura grandiosa que es en la historia?
133. — ¿Cómo produjo Augusto su absorción de los cargos republicanos?
134. — ¿Porqué tomó Augusto este nombre?
135. — ¿En qué brilló el talento de Augusto al constituir su Consejo Privado?
136. — ¿Quién fué Mecenas y porqué su descollante papel en el gobierno de Augusto, no implica que éste quedara subalternizado?
137. — ¿Cuáles fueron las instituciones nuevas que creó Augusto?
138. — ¿Qué hizo el gobierno del imperio respecto del trabajo, la producción y la administración de las provincias?
139. — Significado y procedencia de la frase: paz romana.
140. — ¿Cuáles fueron los pueblos denominados bárbaros, en la época del imperio?
141. — ¿Porqué Augusto, que amó y afianzó en Roma la paz, hizo la guerra contra los bárbaros?
142. — ¿Qué fué Tiberio para Augusto?
143. — ¿Qué era humana se inició bajo el imperio de Augusto?
144. — ¿Qué se entiende por apoteosis, en la historia del imperio?
145. — ¿Cuál es el juicio de la historia sobre Augusto?

CAPITULO IX

ROMA DESPUES DE AUGUSTO

Reseña de los Emperadores de la familia de Augusto. — Los emperadores de la familia de Augusto que subsiguieron a su muerte, fueron cuatro: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón.

Ninguno de ellos hizo honor al antepasado ilustre que colocara tan alto el nombre de Roma.

Sus condiciones respectivas y hechos más salientes. Tiberio ya no era joven cuando asumió el gobierno. Tenía 56 años, una ilustración exigua y ninguna afición por los asuntos que requiriesen estudio. No había sido sino militar, regresando de los campamentos del ejército romano en Germania, ejército que tenía bajo su mando, para recoger la herencia de Augusto. Las primeras manifestaciones de Tiberio fueron de indiferencia respecto de la parte mental, que diremos, del gobierno, la cual la descargó sobre el Senado dándole facultades ejecutivas. No habría pasado Tiberio de un Emperador sin relieve ni en el sentido del bien ni en el del mal, a no surgir un episodio que lo sacó de su pasividad. Su hijo Drusso y Germánico, sobrino de Augusto, fueron asesinados y se descubrió que el inspirador de los dos crímenes había sido su favorito Seyano, llevado del propósito de extinguir la familia o dinastía que imperaba. Ante esta revelación, mostróse de cuerpo entero el militarote zafio y brutal que había en Tiberio. No satisfecho con cobrarse en la de Seyano las vidas de Germánico y de Drusso, persiguió con saña cruel sin proceso y en montón a gran parte de la nobleza, que supuso no había sido extraña a la trama de su favorito infiel; y adoptó como norma para sus actos esta frase: "Me importa poco que me odien, con tal que me teman". La

primera parte de la frase la vió cumplida con amplitud: fué un Emperador odiado. El temor sólo pudo inspirarlo hasta el año 37, en que murió en la isla de Caprea, a la que se había retirado y desde donde dictaba a granel sus órdenes sombrías.

Calígula, que le sucedió, era hijo de Germánico. Los ataques de epilepsia, que sufría desde la niñez, teníanlo convertido en un anormal a la muerte de Tiberio. Hizo el gobierno de un alienado, pues la posición desarrolló del todo su enfermedad. No hubo cosa descabellada que no realizase, arrastrando la dignidad imperial. El nombramiento de su caballo como Cónsul, es la más divulgada de sus extravagancias; pero no lo peor. Peores fueron los crímenes que hizo cometer hasta por simple capricho, de conformidad al deseo que alimentaba, y que no reservó, de que el pueblo romano no tuviera más que una cabeza, para poderla cortar de un golpe.

Claudio reemplazó a Calígula, que fué asesinado por Quereas, tribuno de la guardia pretoriana. Quereas había buscado, con la muerte de Calígula, el restablecimiento de la república; mas el ejército no compartió esas vistas, prefiriendo la continuidad de la familia de los Augustos. Claudio era otro sobrino de Augusto, hermano de Germánico. Luchaba con la ancianidad y vivía constantemente embriagado. Falto de voluntad, manejábanlo a placer los que le rodeaban. Por obra de ellos casó en segundas nupcias con su sobrina Agripina, hija de Germánico. Claudio tenía, al contraer este matrimonio, un hijo llamado Británico; y Agripina otro que se llamaba Nerón. Agripina no paró hasta conseguir que Británico se distanciara de su padre; y, ello logrado, lo envenenó a Claudio, haciendo que los pretorianos eligieran Emperador a Nerón.

En su culpa llevó, esta mujer, el más rudo de los castigos. Ella creyó gobernar a Roma por la tutela que ejercería sobre Nerón, muy joven todavía; y la ejerció durante cierto tiempo. Pero Nerón, no en balde había salido de sus entrañas. Si fiera había sido ella, más fiera todavía lo fué él. Siendo y todo Agripina su madre, como le molestaba, intentó suprimirla haciendo que fuera arrojada al agua, desde una barca. Agripina se

salvó, porque era buena nadadora; mas debió percibir con claridad el pensamiento criminal de su hijo, porque comenzó a tejer los hilos de una adjudicación del imperio a Británico, el hijo de Claudio en su primer matrimonio. Sabedor de esto Nerón, hizo matar a su madre y envenenó a Británico en un festín. Los excesos a que luego se entregó este degenerado, que no otro calificativo puede aplicársele a Nerón, habría que escribirlos con carbón, de tal manera sombrean la historia de esos días de Roma. Así, las fiestas orgíacas que daba, en que los vicios más bajos y repulsivos tuvieron ostentación endiosada; y así el incendio que se le atribuye de Roma, para que aquel histrión coronado, que se creía con imaginación y alma de artista, pudiera componer un canto. De este incendio se culpó a los cristianos, contra los cuales, con ese motivo, se desató la primera persecución. Al cabo de 13 años del mencionado estado de cosas, cuando la indignación y la náusea rebosaban del pecho de todos los romanos dignos que quedaban, los soldados de la frontera se sublevaron y este movimiento tuvo repercusión en Roma. Nerón no atinó sino a huir, falto de valor como falto había estado de toda cualidad de las que enaltecen al hombre. Murió en la casa de campo que poseía en las proximidades de Roma, lamentando la pérdida, que la extinción de su vida entrañaría, del artista que había en él. De la bestia humanada, debió pensar para estar en la verdad.

Los Flavios. — A raíz de una enconada disputa por la sucesión del trono que mantuvieron las legiones de España, las de Roma y las de Oriente, proclamando las primeras a su jefe Galba, anciano de 73 años que fué asesinado en el transcurso de la contienda; y levantando las segundas a Vitelio, que vencido en la batalla de Bedriaco se quitó la vida; pudieron las últimas imponer la ley con la ascensión al imperio de quien las mandaba, que era Vespasiano.

Con este Emperador nació en Roma una nueva dinastía, llamada de los Flavios, a la que pertenecieron, además del fundador, sus hijos Tito y Domiciano.

Acción de Vespasiano en el interior y exterior del imperio. — Vespasiano hizo un gobierno de ordenación económica. El período de Nerón había comprometido seriamente las finanzas imperiales. Vespasiano las mejoró, dominando además a los germanos y judíos en revueltas que intentaron y restableciendo con ese motivo la disciplina en los ejércitos de Roma. Gobernó con dura mano, pero dejó acción.

Tito, que sucedió a Vespasiano, estuvo solamente dos años al frente del imperio. Fué quien puso fin a la guerra con los judíos, sitiando, tomando y destruyendo a Jerusalén. Pertenece al período de Tito otro muy resonante suceso: la terrible erupción del Vesubio, que sepultó entre lava y ceniza a las ciudades de Herculano y Pompeya, descubiertas en gran parte a la mirada de las presentes generaciones, por el esfuerzo inteligente de conspicuos sabios de Italia.

Domiciano, sucesor de Tito, se inició tranquila y correctamente y terminó con excesos que le dieron concepto de Emperador aturdido, despótico y sanguinario. Ordenó asesinatos en número que espanta, aparte de la segunda persecución de los cristianos que promovió y sustentó. Domiciano fué asesinado por obra de una conjuración, en la que intervino su propia esposa.

Los Antoninos. — A la dinastía de los Flavios sucedió la de los Antoninos, que ya no comprendió a miembros de una misma familia, pues para la sucesión imperial establecióse como sistema la adopción, por quien ejerciera el gobierno, de un sucesor sin tomar en cuenta el parentesco.

Mención de los Emperadores más notables de esta familia. — De los emperadores de esta familia, dice el programa; pero debe entenderse, de esta serie.

Los Emperadores Antoninos fueron seis: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio y Cómodo.

Nerva: no tuvo relieve, limitándose a dejar el recuerdo de una acción gubernativa inspirada en buenos deseos.

Trajano: al subir al trono despertó una expectativa

favorable, por virtud de estas palabras que había pronunciado: "Seré con los demás, como hubiera querido que los Emperadores fueran conmigo, siendo ciudadano". Con esto que dijo, escribió su juicio condenatorio. Porque nadie puede suponer que Trajano hubiera querido de los emperadores el trato que dió a los cristianos, llevándoles la 3.^a persecución (año 106). En otros sentidos, Trajano fué útil para el imperio: sostuvo afortunadamente guerras contra los Dacios en Hungría y Rumania y contra los Partos en Oriente; y encontró formas de estimular el comercio, las industrias y el arte. En memoria de Trajano fué erigida en Roma la Columna que lleva su nombre y contemplan todavía los que visitan a la Ciudad Eterna.

Antonino, que dió su nombre a la dinastía, tuvo una actuación destacada. Ante todo, fué un Emperador que anheló la realización del bien. Llamósele "Pío", de tal manera se formó conciencia pública respecto de la bondad de sus propósitos.

Marco Aurelio: filósofo que, con las páginas que escribió enalteció el espíritu humano; y no así con la 4.^a persecución de los cristianos que escribió de hecho. Pudo pensarse que, desde el gobierno, aplicaría sus facultades a las ciencias, el arte y las letras, así como a la realización de sus máximas filosóficas preconizadoras de morigeración y aun de ciertas formas de la virtud. Tentó lo último en lo referente a la protección de los esclavos y al ensanche de los campos de la beneficencia pública; pero organizaciones armadas, procedentes de Moravia y de Bohemia, invadieron a Grecia e Italia; y Marco Aurelio tuvo que ponerse en campaña militar. La tenacidad de los enemigos mantúvolo largo tiempo al frente de las fuerzas de Roma, cargo en el desempeño del cual murió.

Cómodo: hijo de Marco Aurelio, no heredó ni su capacidad ni su teoricismo del bien obrar, pues no parece ni que hubiera llegado a concebir al bien. Fué el único Emperador que hubo, en la dinastía de los Antoninos, vinculado por la sangre al que lo había antecedido; y la desacreditó hasta hacerla aborrecer. A pesar de las enormidades que cometió Cómodo y que le

hacen equiparable con Nerón, mantúvose en el poder durante doce años, pereciendo asesinado en el año 192.

Adriano: sus reformas políticas y administrativas.

La innovación principal de Adriano fué de carácter político y consistió en la obtención, por parte del Emperador, del conocimiento directo de las necesidades de los vastísimos territorios de Roma.

Sin duda, Augusto había hecho parecida cosa; pero Adriano sistematizó los viajes imperiales y los acompañó de una acción inmediata, pues para este efecto llevaba en su cortejo arquitectos y hombres peritos en investigaciones, mediante los cuales reconstruyó por todas partes ruinas merecedoras de conservación y construyó obras y monumentos necesarios o que juzgó convenientes.

Las reformas administrativas de Adriano, fueron múltiples. En lo tocante a la justicia, reunió los edictos pretoriales dictados desde el nacimiento de la República y los coordinó formando un Digesto utilísimo llamado el "Edicto Perpetuo".

Reglamentó al mismo tiempo Adriano las funciones de los empleados públicos, estableciendo con fijeza las condiciones de acceso a las mismas y creando la jerarquía en la administración imperial.

Estado del Imperio en la época de los Antoninos. —

La época de los Antoninos podría ser considerada como de florecimiento para el imperio romano, si no hubiera tenido el cierre ominoso que le dió Cómodo.

Con él y todo, el balance asigne saldo favorable. El imperio romano no solamente conservó su inmensa extensión territorial bajo los Antoninos, sino la aumentó con nuevas provincias como la que se constituyó en Dacia, después de vencidos definitivamente los moravios y bohemios.

Y ni ésta ni las otras guerras comportaron malestar para el imperio, por cuanto sustentáronlas las legiones de las fronteras, sin que comprometieran en manera alguna, en las provincias, los beneficios de la llamada paz romana.

Si agregamos lo que bajo los Antoninos ganó Roma en organización administrativa, pues aún durante el período de Cómodo el funcionarismo de los puntos distantes de la sede del gobierno gozó de público respeto y tuvo eficiencia, nuestra anterior aseveración cobra el carácter de incommovible.

Decadencia del Imperio. — El siglo II de la era cristiana marca la decadencia del colosal imperio que constituyera Roma.

Por el motivo que se explicará, desaparecieron de hecho del imperio, las autoridades con sólido arraigo; y guerras continuas desampararon y empobrecieron a la nación.

La anarquía militar. — Produjo la decadencia del imperio romano, la participación decisiva que se adjudicaron los ejércitos en la elección de los Emperadores.

Si Roma hubiera tenido un solo ejército, sólo habría habido un pronunciamiento, cuán desatinado se le quiera imaginar, pero *uno*. Mas Roma tenía ejércitos por todos lados, que se desenvolvían sin contacto entre ellos, con jefes que se creían árbitros de la situación en cada vacancia del gobierno y que acechaban, todos, la oportunidad de apoderarse del mismo.

El resultado fué la anarquía militar, por obra de la cual en 93 años tuvo Roma 25 Emperadores.

A Cómodo sucedió Pertinax, hombre obscuro e iletrado, sin más mérito que el "óbolo" crecido o regalo en dinero que se comprometió a entregar a las legiones que lo impusieron. Duró 87 días, muriendo asesinado.

Previo un interregno sangriento que dió otro Emperador de días y otro crimen, ocupó el imperio Lucio Septimio Severo, jefe de las legiones del Danubio. Este gobierno alcanzó duración (193-211), perteneciéndole la responsabilidad de la 5.^a persecución contra los cristianos. En el sentido del orden en las provincias y en las fronteras, tuvo éxito; y también en las guerras contra los partos y los escoceses.

Sucedió a Septimio Severo su hijo Caracala, Emperador que tuvo en abundancia extravagancias y des-

atinos, debiéndosele, sin embargo, como por carambola, la construcción de las grandes termas de Roma y la concesión de los derechos de la ciudadanía a todos los súbditos del imperio.

Heliogábalo, primo de Caracala, fué quien lo reemplazó. Sin juicio como él y, además, un degenerado, que vivió vestido de mujer y rodeado de mujeres.

El siguiente Emperador, Alejandro Severo, demostró una cierta preocupación por los problemas públicos y quiso hacerse abanderado de la tolerancia religiosa; pero fué asesinado por Maximino, un legionario que tenía la inteligencia en los puños y la actividad concretada en el tragar, pues no era superable como comilón.

Durante su dominio, que no fué duradero, Maximino desató la 6.^a persecución contra los cristianos.

No fué duradero este gobierno, porque las legiones de Roma no aceptaron la elección de Maximino y se opusieron a su entrada en la ciudad capital, sucediéndose un período de cuatro largos años en que los Emperadores proclamados llegaron a ser 29.

Reorganización del Imperio. — Como esta intervención de los ejércitos en lo político, distrájoslos de su cometido propiamente natural y esencial, que era la custodia de las fronteras, los "alamannos" (alemanes de hoy), que habitaban la región del Alto Danubio, invadieron a Italia llegando hasta Milán; los "francos" (actuales franceses), que estaban radicados en el curso inferior del Rhin, cruzaron la Galia saqueándola; y, también como éstos contra los intereses de Roma, salieron de su pasividad los godos, los partos y los persas.

Decio, que se había apoderado del gobierno procurando afianzarse por medio de la 7.^a persecución de los cristianos (año 250), fué derribado por Valeriano, quien le imitó en su ferocidad anticristiana haciendo la persecución N.º 8, que le fué fatal a los 5 años, después de haber alcanzado algunas victorias de guerra.

Valeriano fué reemplazado por Aureliano, que hizo un gobierno que por sí solo lo detiene el apodo que se le dió de "Hierro en Mano", con su persecución cristiana de clisé, la N.º 9.

Le sucedió Probo, que lo fué como gobernante, consiguiendo además algunos éxitos militares; y apareció Diocleciano, que emprendería la obra de reorganizar el imperio.

Diocleciano. — Para este fin, el nuevo emperador dividió el gobierno en dos secciones: la de Oriente y la de Occidente.

El gobierno del Oriente lo asumió él, con residencia en Nicomedia; y entregó el del Occidente a uno de sus compañeros de armas predilectos que se llamaba Maximiano, con residencia en Milán.

Uno y otro fueron Emperadores y tomaron el título de Augustos, subdividiendo a su vez la autoridad que investían en adjuntos o príncipes con la herencia imperial que se llamaron Césares y fueron: Constancio Cloro, que residió en Tréveris; y Galerio, que residió en Sirmia, a orillas del Gave, cerca de la actual Belgrado.

Este gobierno, denominado tetrarquía (gobierno de cuatro), afianzó el orden político; pero se sombreó con la persecución cristiana N.º 10, la última y considerada la más sangrienta de todas. Al hablar de 10 persecuciones, nos referimos a las oficialmente declaradas, fuera de las cuales estuvieron las que de su cuenta desataron lejos de Roma los Procónsules y que nunca les comportaron reprobación ni disfavor en los círculos imperiales. Los horrores que en la persecución de Diocleciano se consumaron con los primitivos fieles de la religión de Cristo, que no hacían sino orar y practicar la ayuda mutua, suenan a creaciones fabulescas, tales y tantos son, no pareciendo posible — y la triste verdad es que lo fué — que de seres humanos emergiera tamaña brutalidad.

Diocleciano, por motivos que no se han explicado, acabó por sentir una invencible repulsión del gobierno. Abdicó al fin, en lo que le imitó Maximiano.

Diocleciano se radicó en Salónica, según algunos autores, para observar desde allí el resultado que daba el sistema que implantara; y persistió tanto en él la repulsión por el poder público, que invitado a reocupar el Imperio, contestó que no le harían tal propuesta, quienes

se la formulaban, si pudieran ver las hermosas lechugas que tenía, plantadas de su propia mano.

Constantino. — Constancio Cloro y Galerio, que tenían el gobierno del Imperio, no tardaron en chocar.

La desarmonía en que actuaban, hizo crisis con motivo de la designación de herederos.

El hijo de Constancio Cloro, Constantino, fué elegido Augusto por los soldados que le obedecían, en substitución de su padre; y Galerio se opuso. Ante la grave divergencia, Maximiano resolvió volver al tronco y declaró su heredero a Majencio, su hijo.

Sobrevino, con este motivo, una guerra civil que se epilogó en una gran victoria de Constantino.

La obtuvo cerca de Roma, en el puente Milvio, contra Majencio, el cual se ahogó en el Tíber al intentar salvarse a nado.

Vencido también poco después el Emperador que había quedado en Oriente, fué Constantino el Emperador único.

Fundación de Constantinopla. — A dos razones atribúyese la fundación que hizo Constantino de la ciudad de Constantinopla para nueva capital del imperio romano: 1.^a, que los enemigos más poderosos y temibles del imperio en el momento de su ascensión al trono, eran los godos y los persas, los cuales podrían ser vigilados y combatidos mejor llevando la sede del gobierno cerca del Danúbio y del Eufrates, como lo estaba la antigua Bizancio, lugar en que Constantinopla fué fundada; 2.^a, que el Cristianismo pudiera expandirse y arraigarse sin los óbices de una fuerte tradición que le era contraria, como sucedía en Roma, sede milenaria de los cultos paganos.

El Cristianismo que se atribuye a Constantino no lo aceptan algunos autores, sosteniendo que solamente le tributó una adhesión política, hasta la hora de su muerte en que se bautizó. Efectivamente, este acto del bautismo solamente lo produjo Constantino al morir; pero ello se debió, según otras versiones, a que el cargo imperial imponíale a Constantino obligaciones para con

la vieja religión de Roma, que no hubiera podido cumplir una vez hecho cristiano por la recepción del sacramento que redime de la culpa originaria.

De todas suertes, son hechos históricamente comprobados: 1.º, que la madre de Constantino, Santa Elena, educóle en los principios cristianos; 2.º, que el Senado de Roma mandó grabar una inscripción afirmando que en la victoria contra Majencio, Constantino obró: "instinctu divinitatis" (a impulsos de la Divinidad); 3.º, que el Senado de Roma obró de esta manera, en virtud de manifestaciones que hiciera el Emperador, según las cuales, cuando marchaba contra su rival, había visto en los aires una cruz luminosa con esta inscripción: "in hoc signo vinces" (con este signo vencerás); 4.º, que el estandarte adoptado por Constantino para su ejército, desde la victoria contra Majencio (estandarte del que hay ejemplares en los museos), tuvo el monograma de Cristo rodeado por una corona y esta frase: "en touto, nika" (en esto vencerás); y 5.º, que la tesis de no haber sido Constantino sino un simpatizante del Cristianismo hasta la hora de su muerte, en que lo habría recién profesado, tendría en su abono, si fuera cierta, la conducta de ese Emperador con miembros cercanos de su familia (esposa, varios hijos y padre y hermano políticos) en cuyas muertes violentas se le asigna responsabilidad.

La ciudad de Constantinopla hízola edificar Constantino, a la usanza romana, con acueductos, termas, palacios, foros, hipódromo y templos; y creció de manera extraordinaria en poco tiempo, hasta ser un foco potente de cultura y el punto de reunión de las flotas comerciales de Oriente y Occidente.

Organización de la monarquía imperial. — Constantino organizó el imperio sobre la base de una autoridad central y única, que era la del Emperador.

Llamó a su lado a cinco ministros, que formaron lo que se denominó "Consistorio Sagrado". Entre esos cinco ministros se dividió la atención de los asuntos civiles y militares, dándose al de funciones más delicadas el título de Gran Chambelán o Maestre de Cámara y a quien lo seguía en jerarquía el de Gran Canciller o Maestre de los Oficios.

Del Sínodo Sagrado partían las órdenes para las administraciones provinciales, cuyas facultades y deberes definiéronse por medio de una reglamentación minuciosa.

El imperio fué dividido en 4 Prefecturas. Las Prefecturas se dividieron en diócesis. Cada diócesis comprendía varias provincias. Las provincias eran la reunión de varias ciudades, con sus respectivas poblaciones circundantes. Los funcionarios a cargo de prefecturas se llamaron Prefectos, los de las diócesis Vicarios y los de las provincias Rectores.

Constantino introdujo también modificaciones en el ejército. Sus generales, que tomaron el título de Duques y Condes, fueron substraídos a todo cometido de orden civil. El número de los componentes de las legiones, fué reducido a 1.500 hombres; y para el servicio militar de fronteras se adoptó un criterio de reclutamiento sin restricciones, admitiéndose a todo sujeto que se presentaba cualquiera que fuese su procedencia.

Preocupación visible del Emperador fué la de rodear a su autoridad de todos los posibles reales. Vistió de seda y oro, llevó diademas de perlas y se rodeó de una corte fastuosa, en la cual su persona quedaba poco menos que inaccesible, siendo contadísimos quienes podían acercársele.

El imperio romano alcanzó, bajo Constantino, una gran fortaleza; y su importancia puede medirse por el hecho de que lo constituyeron 119 provincias.

Sucesores de Constantino. — La sucesión de Constantino dió lugar a conmociones intestinas que sólo terminaron al imponerse Juliano, sobrino del extinto Emperador que había rechazado una invasión de los bárbaros derrotándolos cerca de Estrasburgo. Las legiones que obtuvieron esa victoria, fueron las que le proclamaron Emperador.

Juliano había pasado su primera vida en Grecia, dedicado al estudio de la Filosofía. Aun cuando había conocido y aun parece ser que profesado también la fe cristiana, el paganismo con su carencia de frenos morales ejerció sobre su espíritu una grande atracción y,

comenzando por contemplar indiferentemente a la nueva religión menosprecióla al fin; y una vez en el gobierno del imperio, procuró empeñosamente desarraigarla de los campos que había conquistado. Este empeño, que se caracterizó por lo pertinaz, dióle el nombre de Juliano el Apóstata con el que figura en la historia.

Radicado en Lutetia (París de hoy), construyó allí el palacio de las Termas, que se conserva todavía comprendido en el museo de Cluny.

Una expedición que hubo de llevarse contra los persas, entre los años 360 y 363, condújole a la muerte. Cuando se vió ante ella, pronunció su famosa frase: "¡Venciste, Galileo!", con referencia a Cristo, al que percibió sobreviviéndole, como sucedió, en su doctrina por él tan hostilizada.

Teodosio. — La muerte lo sorprendió a Juliano sin descendencia y Roma se vio nuevamente ante la disputa del trono que se hacían sus generales más poderosos. Valentiniano, primero, y luego Valente pareció que constituirían una autoridad definitiva. Pero, derrotado el último por los visigodos en Andrinópolis y a punto el imperio de un arrasamiento fatal, salvóle el general que mandaba las legiones de España, llamado Teodosio, quien desalojó a los visigodos de todos los lugares de los Balkanes en que se habían establecido. En 379, Teodosio fué proclamado Emperador de Oriente; y en 394 lo fué también de Occidente.

Teodosio fué el último Emperador dueño del mundo.

Era cristiano; pero, formado en las batallas, bajo la influencia de la crueldad romana secular, al sublevarse Tesalónica, y dominarla con un esfuerzo que le resultó sumamente intenso, dictó órdenes de exterminio inconciliables con la fe del perdón y del amor que emerge del Evangelio.

Llegado a Milán de regreso de su expedición, quiso entrar como cristiano en la iglesia de esa ciudad. Al poder de un Emperador de Roma no había habido, hasta entonces, cosa que no se doblegase. Por primera vez los Emperadores romanos representados por Teodosio, encontraron una valla infranqueable que, para sorpresa

aun mayor, fué solamente moral. San Ambrosio lo detuvo a Teodosio en los umbrales del templo y le prohibió entrar en él mientras no hubiese hecho penitencia.

Se puede imaginar lo sensacional de la escena. Aquel Emperador lo tenía todo en materia de poder: a un solo gesto suyo, el Obispo hubiera sido despedazado. Pero el Cristianismo había ya revolucionado los conceptos básicos que habían informado la vida del mundo antiguo. Sus legiones de mártires habían demostrado que se podía destruir la materia deleznable; mas no la idea, no la justicia ni el derecho, que sobrevivían a los Emperadores por mucho que sembrasen la muerte.

Teodosio cedió ante aquella imposición espiritual y, haciendo la penitencia pública que se le exigía, entró después en el templo de Dios.

La división del Imperio y su duración respectiva. —

Este Emperador romano, que ya dijimos fué el último de la Roma dominadora del mundo, es señalado en la historia con el título de Teodosio el Grande, porque, efectivamente, dejó tras de sí una vasta obra.

Antes de morir quiso ver reinar a sus dos hijos, Arcadio y Honorio, y dividió entre ellos el imperio, dándole al primero el gobierno de Oriente y al segundo el de Occidente. Arcadio estableció la sede de su imperio en Constantinopla; y Honorio la del suyo, en Milán.

El imperio de Occidente creado por esta división, duró hasta el año 476; y el de Oriente hasta 1453, en que los turcos se apoderaron de Constantinopla, desapareciendo definitivamente el imperio romano y naciendo una nueva época en la historia de la civilización.



RESUMEN DE LA HISTORIA DE ROMA DESPUES DE AGUSTO

D I N A S T I A S			Emperadores subsiguientes	Hechos de mayor resonancia
De Augusto	De los Flavios	De los Antoninos		
Tiberio.	—	—	—	Asesinato de Drusco y de Germánico.
Calígula.	—	—	—	Consulado de su caballo.
Claudio.	—	—	—	Casamiento con Agripina.
Nerón.	—	—	—	Asesinato de su madre y de Británico y 1. ^a persecución de los cristianos.
—	Vespaciano.	—	—	Restablecimiento de las finanzas impe- riales y de la disciplina en los ejér- citos.
—	Tito.	—	—	Sitio y destrucción de Jerusalén.
—	Domiciano.	—	—	2. ^a persecución de los cristianos.
—	—	—	—	—
—	—	Nerva.	—	3. ^a persecución cristiana. Guerra con- tra los Dacios y Partos.
—	—	Trajano.	—	Viajes por todo el imperio y vastas obras inmediatas.
—	—	Adriano.	—	—
—	—	Antonino.	—	4. ^a persecución cristiana. Guerra con- tra los moravios y bohemios.
—	—	Marco Aurelio.	—	Horrores a lo Nerón.
—	—	Cómodo.	—	Su asesinato a los 87 días.
—	—	—	Pertinax.	5. ^a persecución cristiana. Guerra con- tra Partos y Escoceses.
—	—	—	Lucio Septimio	Entre innumerables extravagancias y desatinos, la construcción de las grandes termas de Roma.
—	—	—	Severo.	Su vida, vestido de mujer y rodeado de mujeres.
—	—	—	Caracala.	Tentativas en favor de la tolerancia religiosa.
—	—	—	Heliogábalo.	6. ^a persecución cristiana.
—	—	—	Alejandro Severo.	7. ^a persecución cristiana.
—	—	—	Maximino.	
—	—	—	Decio.	

RESUMEN DE LA HISTORIA DE ROMA DESPUES DE AGUSTO

D I N A S T I A S			Emperadores subsiguientes	Hechos de mayor resonancia
De Augusto	De los Flavios	De los Antoninos		
—	—	—	Valeriano.	8. ^a persecución cristiana.
—	—	—	Aureliano.	9. ^a persecución cristiana.
—	—	—	Probo.	—
—	—	—	Diocleciano.	Reorganización del imperio y 10. ^a persecución cristiana.
—	—	—	Diocleciano y Maximiano.	División del imperio en dos: de Oriente y Occidente.
—	—	—	Constancio y Galerio.	—
—	—	—	Constantino.	Reunificación del imperio.
—	—	—	Juliano el Apóstata.	Tentativa frustrada para hacer resurgir el paganismo.
—	—	—	Teodosio.	Escena con San Ambrosio en el atrio de la Iglesia de Milán.
			Arcadio y Honorio.	Nueva división del imperio en dos: Oriente y Occidente.

Disolución del Imperio Romano.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

146. — ¿Cuántos y cuáles fueron los Emperadores de la familia de Augusto, que le sucedieron?
147. — ¿Cuál fué el suceso que transformó en sanguinario a Tiberio?
148. — ¿Qué dijo Calígula que hubiera querido que fuese el imperio romano?
149. — ¿Qué buscó Agripina al casarse en segundas nupcias con Claudio y qué hizo con éste?
150. — ¿Cuántos años reinó Nerón y cómo murió?
151. — ¿Cuántos y cuáles fueron los Emperadores de la familia de los Flavios; y cuántos y cuáles, los Emperadores de la familia de los Antoninos?
152. — ¿Qué recuerdo se conserva en Roma de Trajano?
153. — Los hechos de Marco Aurelio como Emperador, ¿fueron en todo la aplicación de las teorías que proclamó en sus escritos?
154. — ¿Cuál fué el único Emperador Antonino que estuvo vinculado por la sangre al que lo antecedió y que hizo aborrecer la dinastía a que perteneció?
155. — ¿En qué consistieron las reformas de Adriano?
156. — ¿En qué siglo comenzó la decadencia del imperio romano y porqué?
157. — ¿Cuáles fueron los seis Emperadores que se sucedieron en Roma después de Cómodo?
158. — ¿Quiénes fueron y qué hicieron, Decio, Valeriano y Anreliano?
159. — ¿Qué Emperador antecedió a Diocleciano?
160. — ¿Qué quiere decir tetrarquía y cuál fué el Emperador que estableció el gobierno de este nombre y con qué objeto?
161. — ¿Cuántas fueron las persecuciones que se declararon contra los cristianos y qué Emperadores las promovieron y sustentaron?
162. — ¿Cómo llegó al Imperio Constantino y qué hizo desde el gobierno?
163. — ¿Cuál fué el Emperador al que se dió la denominación de Apóstata y porqué?
164. — ¿Cómo llegó al imperio, Teodosio?
165. — ¿Qué enseñanza se desprende de la escena entre Teodosio y San Ambrosio en el atrio de la iglesia de Milán; y porqué asumió el primero esa su conocida actitud?
166. — ¿Cómo y para quiénes dividió el Imperio Teodosio?
167. — ¿Hasta qué año duró el imperio de Occidente creado por Teodosio; y hasta qué año el de Oriente?

CAPITULO X

EL IMPERIO Y LA CULTURA

Resumen de la cultura bajo el imperio: cultura artística. — Roma surgió de poblaciones de campesinos, sólo entendidos en las labores de la tierra y, por las guerras, en la ciencia de los combates.

La cultura se introdujo en Roma poco a poco; y, más que otra cosa, por espíritu imitativo. El imperio había subyugado a Grecia: aquel pueblo de escritores, oradores y artistas, ejerció una seducción avasalladora sobre los rudos amos que le impusieran su dominio. No entendían éstos de cánones literarios ni artísticos; pero sentían, mejor dicho, intuían la belleza en la forma estatuaría, en los monumentos arquitectónicos, en la prosa robusta y luminosa y en la palabra musicada por el verso.

El romano era soberbio y no se resignaba a ninguna inferioridad. Los griegos vencidos, éranles espiritualmente superiores. El primer impulso para la adquisición de la cultura por los romanos, debió producirlo el afán de poseer aquéllo que, vencidos y todo los griegos, dábales realce y hacía'os destacar.

La tenacidad de la raza obró el prodigio: Roma se dió una cultura. Fué ella de copia en los comienzos; mas concluyó por tener propio sello y espíritu.

Los monumentos. — Las ciudades romanas aparecían en una pobreza de monumentos vergonzante, si se las comparaba con las ciudades de Grecia.

Cobraron una extraordinaria importancia los ediles, que hicieron traer de la nación subyugada, madre reconocida de la belleza, arquitectos y obreros en gran número; y se construyeron templos, teatros y mansiones señoriales al estilo griego.

Con el tiempo, el trabajo de los elementos importados llegó a ser familiar para los arquitectos y obreros romanos. Dejaron entonces, éstos, de ser tributarios de la mano de obra griega, que la tomaron de su cuenta; y aun se lanzaron a superar los modelos, como que, si tomaron de los griegos los tres órdenes de columnas, dórica, jónica y corintia, rompieron la motonía de la línea recta, tan característica de la arquitectura helena, con la curva armoniosa del arco abovedado.

A las construcciones propias agregóse el cuantioso despojo que se hizo de la Grecia avasallada, cuyas mejores obras susceptibles de traslado fueron conducidas a las ciudades romanas, para su ornato.

El Foro. — Entre los recuerdos de la Roma imperial, es uno de los más evocadores el Foro, donde por razón de haber estado la sede de los Tribunales y del Senado, se concentró una gran parte de la vida de la ciudad.

Augusto, primero y principal impulsor del embellecimiento de Roma, le agregó al primitivo tres Foros nuevos, adornados de estatuas de dioses o de Emperadores.

Las ruinas que se conservan, dejan percibir la grandeza que tuvo este monumento, que con sus paredes destrozadas por el tiempo habla todavía de las agitaciones y solemnidades que se desenvolvieron en su interior.

El Capitolio. — Dice también mucho al espíritu lo que se conserva del Capitolio, en que se verificaban los actos religiosos que, como se sabe, llenaron la vida de Roma.

Templos, arcos de triunfo, columnas, teatros y circos. — El embellecimiento de Roma abarcó infinidad de manifestaciones; pero, con particularidad, los templos, los arcos de triunfo, las columnas, los teatros y los circos.

Templos: túvolos Roma de todos los estilos, algunos como el Panteón de Agripa, muy famoso, de forma circular.

Arcos de triunfo: eran puertas monumentales de una o varias aberturas, adornadas con estatuas o bajorrelieves alusivos a victorias de guerra. Subsisten los arcos de Tito, Septimio Severo y Constantino.

Columnas: usábaselas, como los arcos, para rememorar victorias. La más célebre es la de Trajano, que se eleva a 43 metros y fué erigida en honor del triunfo de ese Emperador sobre los Dacios.

Teatros: fué el mayor de ellos el de Pompeyo, y se representaron en él comedias, tragedias, farsas y pantomimas, traducciones, las de las dos primeras especies, que hacían del griego Plauto y Terencio.

Circos: eran espacios al aire libre, circundados de tribunas; y se destinaban a carreras y combates de gladiadores o de fieras.

El Coliseo. — El más vasto de estos circos fué el Coliseo, de 188 metros de largo por 50 de alto y cuya capacidad fué, según unos autores, de 50.000 y, según otros, de 90.000 espectadores.

Termas y acueductos. — Los establecimientos de baños públicos recibieron en Roma el nombre de "termas"; y los tuvieron todas las ciudades romanas, construídos en forma de poder satisfacer los mayores refinamientos del cuerpo. Quedan todavía restos de las termas de Caracalla y Diocleciano, por los cuales se reconstruye sin dificultad el capítulo importante que constituyeron las termas en la vida de la Roma imperial.

Por los acueductos, abastecieron los romanos de agua a sus ciudades. Las termas y las fuentes públicas, dependieron de ellos. Solamente la ciudad de Roma tuvo 19 acueductos, de lo que puede inferirse cuánto se cuidaban las autoridades de que no fallara a tal respecto ninguna previsión.

Caracteres generales del arte romano. — Caracterízase el arte romano por la incorporación, que ya dijimos hizo, del arco y la bóveda a las construcciones; y por la adaptación feliz a las mismas, que también produjo, de las columnatas, cariátides y decorado de los griegos.

La tendencia acentuada en que lo vemos a útiles aplicaciones, es también característica del arte romano que corresponde anotar.

El arte griego superó al romano en esmero y tal vez en gracia, para no mentar la originalidad que es galardón casi exclusivo de la Grecia. El arte romano le dió al griego variedad substrayéndolo a sus moldes rígidos, pudiendo agregarse que también en cierto modo le dió grandiosidad.

Desarrollo de las letras. — Paralelamente con su crecimiento como nación, Roma fué alcanzando personería intelectual.

El desarrollo de las letras no se interrumpió con las guerras, ni con el sensualismo muelle que se adueñó en ciertos períodos de sus clases sociales superiores.

Hubo, en todas las épocas, romanos que alcanzaron la celebridad en los campos de cultivo del verso, la oratoria, la filosofía y las descripciones en prosa de cuadros de la naturaleza.

La literatura a fines de la República. — A fines de la República, ya Roma tenía historia literaria. Sus poetas, sus oradores, sus filósofos, no iban a la zaga de los filósofos, oradores y poetas de otras naciones, comprendida la misma Grecia que sirviera de primer modelo.

Oratoria: Cicerón. — Ninguno de los oradores romanos alcanzó la fama ni los méritos de Cicerón. Catón tuvo un solo registro: el de la censura. Los Gracos, especializáronse en la oratoria política. Pompeyo y César fueron oradores, pero sobresaliendo más que por el arte de la palabra, por otras calidades que fueron las que propiamente hicieron su nombradía. En Cicerón el político se diluye hasta desaparecer, conforme se presenta el orador. Con la particularidad de que su capacidad de esta índole se reveló lo mismo en las arengas inflamadas para el pueblo, que en los discursos ante los estrados de la justicia para defensa razonada de la ley.

Era tan natural la oratoria en Cicerón, que bro-

ta como del manantial el agua, aun en sus cartas, gran número de las cuales se conservan.

Entre sus discursos políticos son de imponderable vigor y de hondísimo sentido, los coleccionados bajo los títulos de "Catilinarias" y "Filípicas".

Dejó además Cicerón una serie de estudios filosóficos de sumo interés, que le dan sitio honroso al lado de Platón. Titúlense esos estudios: "De la República", "De los deberes", "De la naturaleza de los Dioses", "De la Vejez" y "De la Amistad".

Poesía: Lucrecio. — El más destacado de los poetas romanos que aparecieron en los últimos tiempos de la República, fué Lucrecio (98-53 a. J. C.). Era epicúreo en filosofía, o materialista, y este doctrinarismo se refleja aun en su poema más renombrado, que es el titulado "De rerum natura" (De la naturaleza de las cosas). Para Lucrecio, según lo que de este poema se infiere, el gobierno del mundo obedecía a leyes ciegas e inmutables contra las cuales era vano luchar.

Este espíritu fatalista del poeta, llevóle al suicidio en edad temprana.

Lo que hizo la personalidad literaria de Lucrecio y el influjo grande que tuvo en las corrientes espirituales de su época, fué la perfección que dió a la forma de sus versos, no alcanzada por ninguno de sus contemporáneos.

Historia: Salustio, César. — En la historia sobresalieron Salustio y César.

Salustio era gobernador de Numidia cuando se produjo la guerra de Roma contra Yugurta. Tuvo con ese motivo oportunidades para seguirla en sus causas y su desenvolvimiento; y luego la relató. Escribió también la "Historia de la Conjunción de Catilina".

César escribió los "Comentarios" a la conquista que le tocó hacer de las Galias.

Carácter e importancia de sus obras respectivas. — La Historia de Salustio sobre la guerra contra Yugurta, se caracteriza por la concisión y por el colorido de las descripciones. Su relato de la conjunción de Catilina

contiene páginas muy vivaces que, sin embargo, se resienten de una animadversión acentuada para con Cicerón, desbaratador notorio de la conjuración aquella y a quien Salustio procura dejar en plano secundario de acción.

La obra de César como historiador, es la única que escribió y basta para consagrarlo hombre de pluma y de pensamiento. A pesar de ser actor en los sucesos que refiere, da la sensación de juzgar hechos a los que fuera extraña su persona, de tal suerte y con tanta imparcialidad y serenidad se expresa. Ha de agregarse a este encomio, el del elegante y limpio estilo y la suma copiosa de conocimientos técnicos acumulados en los "Comentarios" de César, obra histórica acaso la mejor entre cuantas se escribieron en la antigüedad.

Las letras en la época de Augusto. — El florecimiento cultural que se produjo en Roma bajo Augusto, alcanzó, como no podía menos de suceder, a las letras.

La producción literaria anterior y posterior al imperio, queda como apagada ante el fulgor deslumbrante de las poderosas luminarias que aparecieron en este período.

Los grandes poetas: Horacio, Virgilio, Ovidio. — Fueron estas poderosas luminarias, Horacio, Virgilio y Ovidio, poetas cuya fama ha perdurado a través de los siglos, y que fueron excelsos a tal punto, que darían lustre a cualquier edad humana.

Naturaleza y valor de sus obras. — En las composiciones poéticas de Horacio, sopla una inspiración potente constante; y el verso fluye de ellas sin violencia y sin esfuerzo, como la expresión natural de una alma toda encendida en el amor de lo bello. La producción literaria de Horacio comprende Odas, Sátiras y Epístolas. Entre las Odas, júzgase que la titulada "Carmen seculare" lo coloca a la altura de Píndaro. Las Sátiras son 18 y se vinculan con la disolución de costumbres que reinaba en la Roma imperial, para las cuales tiene el poeta alfilerazos que debieron producir mucho escozor. Entre las Epístolas de Horacio, algunas muy agudas y que acu-

san el más travieso ingenio, se menciona preferentemente la que escribió a los Pisones.

Lo que caracteriza a Virgilio es el sentimiento con que lo anima todo. Una melancolía crepuscular, a manera de suave neblina como la que flota en los paisajes de Mantua que al poeta le fueron familiares, poblados de cañas verdes y de cisnes blancos, pausados esquifes de silencio, baña y envuelve su poesía solemne y reposada. Las "Bucólicas" y las "Geórgicas" de Virgilio son un monumento, elevado con los instrumentos del espíritu, a la vida dulce de los campos bendecida por la paz. Virgilio produjo además la "Encida", justamente afamada por su versificación que muchos consideran perfecta y sus descripciones de una verdad y colorido insuperables.

Ovidio pasó la primera época de su vida, dedicado al foro y a la oratoria, descollando en esta última. Pero ni aquél ni la política, pues fué triunviro y decenviro, consiguieron detener la inclinación que sentía por la poesía, a la cual en definitiva se consagró. Produjo numerosas elegías, varios poemas mitológicos y relaciones de hechos o fastos en verso; no pocas composiciones de un género nada recomendable porque rayaron en lo licencioso; y por último, su "Metamorfosis", la obra más medular de todas las suyas, en que reseña las evoluciones sucesivas de la humanidad.

Sus relaciones con la literatura griega. — Estos tres poetas, como la generalidad de los hombres de su tiempo, sintieron la influencia de la literatura griega; mas ninguno en la medida que Virgilio al escribir su "Eneida".

Propúsose él, hacer con esta obra el poema nacional de los romanos. La "Iliada" y la "Odisea" de Homero estaban en su espíritu, como los astros mayores del firmamento de la literatura humana. No se cuidó de que se le pudiera imputar falta de originalidad. Por lo contrario, siguió abiertamente las huellas del gran poeta griego, con la clara mira, o de sobrepasarlo, o de ponerse a su nivel.

En lo que toca al asunto o argumento, el propósito

le falló a Virgilio, porque en el vuelo imaginativo Homero es de todo punto superior al poeta mantuano. Pero, bajo otros aspectos, la "Eneida" alcanza la hermandad con la "Odisea" y con la "Iliada".

En la "Eneida" Eneas, errante por los mares como Ulises, se ve arrojado de Sicilia por una tempestad y llega a Cartago, donde la reina Dido le hospeda y le hace contar sus desgracias. Cuando Eneas la abandona, Dido se da la muerte. El abandono de Eneas ha sido motivado por la necesidad que siente de trasladarse a Italia, donde según un sueño de su padre Anquises y los augurios de la sibila de Cumas, los dioses depararían a su raza un grandioso porvenir.

Este argumento no produce sin duda el mismo efecto expuesto escuetamente, que desarrollado y vestido con las galas de expresión, la rima y los tonos descriptivos que le pone el poeta, eximio en esto como fué.

La historia: Tito Livio. — La expresión más alta de la historia le tocó darla en Roma a Tito Livio, nacido el año 59 a. J. C. y muerto el año 16 de nuestra era.

Tito Livio recibió de Augusto el encargo de escribir la historia de su patria. Probablemente el César quiso que hiciera Tito Livio, en Roma, lo que Herodoto había hecho en Grecia.

Diéronsele al Comisionado facilidades de toda especie, a fin de que pudiera llenar bien su cometido. Le fueron enteramente abiertos los archivos del imperio; proporcionáronsele cooperadores en la medida que los requirió; y se proveó munificentemente a sus necesidades por el tesoro del Estado.

Veinte años de la vida de Tito Livio fueron absorbidos por esta labor, que produjo una Historia riquísima en informes, bien que algo difusa y no siempre absolutamente exacta desde el punto de vista de los detalles por razón del método que siguió su autor, no basado con estrictez en lo comprobado.

La jurisprudencia. — Las decisiones dadas por los jueces acerca de puntos no previstos por las leyes, forma-

ban "jurisprudencia"; es decir, servían de norma para juzgar en casos análogos.

Eran tantos los casos de esta especie, que se requirieron personas que llevaran cuenta de ellos y los pudiesen invocar en las oportunidades adecuadas.

El número de estas personas fué poco a poco creciendo y acabó por formar un orden de estudios y un núcleo social selecto que fué el de los hombres que los practicaban, llamados jurisconsultos, jurisperitos o juristas.

Acaso en ningún orden de conocimientos sobresalió tanto, Roma, como en este de la jurisprudencia, porque se hizo una especie de conciencia pública respecto a la necesidad social de la justicia; y, bajo esta presión del ambiente, leyes y jueces buscáronla de manera afanosa y constante, al punto de haber dado lugar al juicio que vamos a reproducir de una de las más grandes lumbreras de los primeros siglos del Cristianismo, el famoso Obispo de Hipona, San Agustín, quien dice en su "Ciudad de Dios": "En atención a la justicia de sus leyes, merecieron los romanos el dominio del mundo".

La cultura entre la época de Augusto y la de los Antoninos. — Entre la época de Augusto y la de los Antoninos, es cuando vemos el mayor florecimiento cultural de Roma.

El motivo hay que buscarlo, por una parte en los estímulos que se dieron para el trabajo espiritual; y, por la otra en la paz que ya hemos visto no se alteraba en la nación por el hecho de que sustentaran luchas las legiones de las fronteras.

Esa paz que, así entendida, fué larga, hizo que las aspiraciones de los romanos no se circunscribieran a destacarse en los ejércitos y que surgieran en las clases pudientes hábitos y gustos por los cuales el talento encontraba, en todas sus manifestaciones, consideración social, halagos y aun compensaciones superabundantes de orden material.

La literatura: Lucano, Marcial. — Lucano nació en Córdoba de España, y era sobrino de Séneca. Se

distinguió en los estudios y demostró una asombrosa facilidad para el manejo del verso. Entre lo mucho que produjo en este género de la literatura, destácase su epopeya "Farsalia", destinada a reflejar las rivalidades de César y Pompeyo. Prometía llegar mucho más alto; pero cayó en desgracia ante Nerón por connivencia en una conspiración contra él; y tuvo que abrirse las venas a los 26 años de edad.

Marco Valerio Marcial, fué también español, nacido en Bilbao. Su especialidad y su fuerza estuvieron en el epigrama, que cultivó sin rehuir los temas desvergonzados, empero con una extraordinaria originalidad y belleza de forma. Respecto de los temas desvergonzados, debe reconocerse que no los adopta en todos sus escritos. Páginas tiene Marcial, y aun libros enteros, sin cosa alguna reprochable; y aun alternando con la escoria de su producción licenciosa, encuéntranse lumbrés y matices de dicción, primores y delicadezas de lenguaje y gracia fina y sana risa como la que llena la boca de la juventud y descubre rosas frescas y perlas húmedas. El poeta de las procacidades sabía, cuando quería, encerrar el iris dentro de un soplo hecho cristal.

Filosofía: Séneca, Epícteto, Marco Aurelio. — Córdoba de España, que produjera a Lucano y a Marcial, había dado igualmente a la fama la personalidad de Séneca, preceptor que llegó a ser de Nerón y sin duda el filósofo más prestigioso de su tiempo. La doctrina de Séneca puede considerarse como la expresión más acabada del estoicismo, consistente en la persecución de la felicidad, en la vida, por medio de la imperturbabilidad ante todos sus accidentes y variantes. Los favores de la fortuna como el rigor de las horas adversas, debían encontrar al estoico indiferente y frío, convencido de que esa frialdad y esa indiferencia serían las que le permitiesen gozar sin perjudiciales excesos de los placeres y sobrellevar con la menor amargura posible el dolor y el infortunio. Esta doctrina, que se desarrolló enormemente entre los romanos, formó hombres de cierta corrección de conducta, que se definían por negaciones, es decir: no eran depravados, no eran de malos sentimientos, no

abusaban ni del poder ni de las riquezas. Les faltaba, para ser virtuosos, el temple moral. Así a Séneca, que convivió con Nerón, indiferente a sus atrocidades y desórdenes; lo mismo que impasible ante la orden de abrirse las venas que recibió al perder su favor y que obedeció sin un instante de vacilación ni un asomo de protesta. Dejó Séneca una copiosa producción escrita, entre la cual descuellan, bajo algunos particulares aspectos, sus 124 "Cartas a Lucilio", sus 3 "Libros de los Consuelos" y un estudio científico titulado "Cuestiones sobre la Naturaleza".

Epícteto hizo su carrera desde el plano social más inferior. No era sino un liberto, al que favores imperiales encumbraron poco a poco y que consiguió, porque tenía luz en la mente, despertar la pública atención en torno de lo que escribía. Como Séneca, profesó el estoicismo y lo sintetizó en máximas que se difundieron mucho y que más tarde fueron resumidas por el griego Arriano en la forma de un Manual.

Marco Aurelio fué discípulo de Epícteto en filosofía. Como a la preconización del estoicismo añadió el cultivo de temas generales, de mayor interés para la masa de la población romana; como poseía relevantes dotes de escritor; y como además llegó a ser Emperador, superó la reputación de su maestro. La diferencia entre la doctrina y los hechos de Marco Aurelio, que señalamos al juzgar su paso por el gobierno, encuéntrase también en su vida de ciudadano, durante la cual formuló máximas y pensamientos de la mayor dulzura, frente a una organización social de la que era fuerte sustentador y que consagraba el imperio, en mil aspectos, de la desigualdad y la injusticia.

La jurisprudencia: Papiniano, Ulpiano, etc. — Dijimos que tal vez en ningún orden de conocimientos sobresalió tanto Roma como en el de la jurisprudencia y explicamos, con ese motivo, el significado de esta palabra.

Las inúmeras leyes que se habían dictado en el trabajoso y largo proceso de la vida de Roma, eran a

menudo contradictorias requiriendo aclaraciones o enmienda; y no podían ser estudiadas e interpretadas, sin tenerlas a la mano.

La primera recopilación de estas leyes, recopilación prolija y coordinada, hecha con pericia profesional, debióla Roma a dos de sus juristas cminentes que actuaron en el siglo II de nuestra era y se llamaron Papiniano y Ulpiano.

Las costumbres bajo el Imperio. — El cambio que se produjo en las costumbres romanas bajo el Imperio, relegó a la historia la Roma de hombres rudos y austeros de los tiempos de los Reyes y de la República.

La sociedad romana. — La nobleza por nacimiento se había visto perseguida durante largo tiempo y exaccionada hasta el empobrecimiento por las contribuciones para las guerras y para la seguridad personal de sus componentes. Vióse además substituída por otra clase que surgió y heredó, en buena parte, los privilegios de que ella antes gozara. Era esta nueva clase la de los funcionarios, elegidos por los Emperadores sin tomar en cuenta los títulos familiares, y muy generalmente entre libertos por razón de su mayor docilidad presunta. Como sólo se ganaba dinero ejerciendo posiciones de gobierno en las provincias, los nobles por nacimiento, que sólo llegaban a ellas por rarísima excepción, tenían que vivir del recuerdo nostálgico de su antigua prevalencia, consumidos a menudo hasta por el hambre malamente disimulada.

En cambio, los funcionarios con fortunas improvisadas lanzábanse a darse la notoriedad que les faltaba gastando desmedidamente en ostentaciones y refinamientos que crearon los hábitos suntuarios característicos de la Roma imperial.

Casi a la par de los funcionarios descollaron los caballeros, árbitros de las operaciones comerciales y burátiles de beneficio fabuloso.

Fueron estas dos clases las que transformaron la vida romana, dándole las exterioridades de brillo y esplendor con que ha pasado a la historia, por debajo de

las cuales asomó siempre, sin embargo, su faz angulosa y demacrada, la pobreza del mayor número agravada por la ociosidad.

La vida social en Roma. — Es esta la época en que cobra una intensificación extraordinaria la vida social en Roma. Aparecen las visitas de personaje a personaje y de familia a familia, como imperativo de una costumbre que, no por nueva, dejó de penetrar con hondura entre las gentes de posición. De las visitas se pasó a las comidas y recepciones en que cada cual procuraba sobrepasar a los demás en la exhibición de magnificencias. Y las comidas y recepciones se completaron con las obsequiosidades fastuosas en las termas y otros lugares de reunión.

La vida de un romano de situación pecuniaria desahogada, ajustábase por lo general a este programa: a) inmediatamente de levantado del lecho, saludo de la familia; b) recepción de los "clientes" (los incorporados a la familia) con sus pedidos de ayuda; c) paseo a pie o en litera, escoltado por la clientela; d) detención en el Foro, para tomar parte en elecciones o participar en la discusión de alguna ley; e) visitas y concurrencia a nupcias y entierros; f) almuerzo; siesta; g) concurrencia a las termas, baño y convites a las relaciones en las dependencias del lugar; h) concurrencia a las salas de esgrima o de representaciones y lecturas literarias; i) paseo como en la mañana; j) comida seguida de recepción.

La mujer ocupaba un sitio destacado en la mayor parte de estos actos, con atavíos de una riqueza insuperable y el más absoluto desprecio en ellos de la continencia y la severidad.

La vida de los niños comenzaba por la mañana en el hogar, con las lecciones del preceptor que imponían las costumbres. Terminadas estas clases, los niños eran conducidos al Campo de Marte, para ejercicios y juegos, encaminados a estimular el desarrollo de su vigor físico. Entre los juegos figuraba uno llamado "esferomaquia", muy parecido al football de nuestros tiempos.

Una vez llegado el niño a la pubertad y convirti-

do en joven, absorbían su tiempo la vestimenta, en la que debía poner sumo esmero, y los teatros y paseos. Cuando se le despertaba la aspiración de las posiciones públicas, aquellas atenciones aumentaban con las inherentes al halago de sus relaciones y del pueblo mediante invitaciones en que le correspondía demostrar mano pródiga, si quería hacerse de ambiente y surgir.

En cuanto a la masa popular, vivía entre el acecho de las distribuciones de trigo que hacían los poderes públicos, las sesiones de música, acrobacia y baile que se daban en las tabernas, los espectáculos del Circo Máximo y el estacionamiento, para observar y conversar, en los jardines y los pórticos, que se extendían en ambas márgenes del Tiber y en las laderas de las colinas cercanas.

Los espectáculos. — Ciertas complacencias del alma romana, como, por ejemplo, las del martirio de cristianos, no son comprensibles sino sabiendo la clase de espectáculos en que ella se plasmaba.

Esos espectáculos eran, invariablemente, fuertes y sangrientos, teniendo lugar con carácter gratuito en el circo o en el anfiteatro.

En el circo, recinto ovalado con gradas y galerías en torno de una pista, se corrían carreras de cuádrigas, o cuatro caballos atados a carros especiales, en los cuales el conductor debía mantenerse de pie y dar por el lugar siete vueltas vertiginosas.

Los vuelcos de consecuencias fatales, o cuando menos dolorosas para los guiadores, eran comunes y constantes, no teniendo interés el espectáculo, para la gran masa popular, si no era matizado con accidentes de este género.

El Anfiteatro. — Las emociones eran todavía más violentas en el Anfiteatro, edificio circular con una explanada libre al centro.

Los espectáculos de este lugar, consistían en combates entre fieras, luchas de gladiadores y batallas terrestres y navales, para las últimas de las cuales inundábase la explanada convirtiéndola en un lago.

Los gladiadores, eran condenados de la justicia o de la política que se salvaban, unos, si lograban sobrevivir un año a los combates; y otros, si resistían tres años. Las luchas de gladiadores comprendían a pocos y a muchos combatientes. En algunos, llegaron a intervenir varios millares de seres humanos, que en medio de un vocerío ensordecedor de la multitud, estimulándolos o apostrofándolos, libraban batalla hasta vencer o caer.

Antes de entrar en liza los gladiadores desfilaban por delante del palco del Emperador y pronunciaban la frase dolorosamente célebre: "¡Ave César! Morituri te salutant". (¡Salve, César! Los que van a morir te saludan).

Los gladiadores vencedores, con el rival vencido a los pies, debían antes de ultimarle explorar la voluntad de la muchedumbre. Si ésta agitaba los pañuelos, el vencido salvaba la vida; si señalaba la tierra con el dedo pulgar, el gladiador vencido era despenado.

Al César correspondía la satisfacción de estas manifestaciones de la multitud, que no modificaba sino por rarísima excepción si las veía uniformes.

Formada así el alma romana, la dureza fué su ley y la sangre humana no la impresionó más que la de cualquier res sacrificada para las necesidades de la alimentación, que alimento de los romanos fué, en los días que reseñamos, todo aquello que la civilización involucra en su concepto de la crueldad.

RESUMEN DE LA HISTORIA DEL IMPERIO Y LA CULTURA

Monumentos	Oradores	Poetas	Historiadores	Filósofos	Jurisconsultos	Obras
El Foro.	Cicerón.	—	—	—	—	Catlinarias, Filipicas, De la República, De los Deberes, De la naturaleza de los dioses, De la Vejez. De la Amistad.
El Capitolio.	—	Lucrecio.	—	—	—	De Rerum Natura.
Panteón de Agripa.	—	Horacio.	—	—	—	Odas, Sátiras y Epístolas.
Arco de Tito, Septimio Severo y Constantino.	—	Virgilio.	—	—	—	Las Bucólicas, las Geórgicas y la Eneida.
Columna de Trajano.	—	Ovidio.	—	—	—	Elegías, Poemas mitológicos y Fastos.
Teatro de Pompeya.	—	Lucano.	—	—	—	Farsalia.
Coliseo.	—	Marcial.	—	—	—	Epigramas.
Circo Máximo.	—	—	Salustio.	—	—	Historia de la guerra contra Yugurta y de la Conjunción de Catilina.
Termas de Caracalla y Diocleciano.	—	—	César.	—	—	Comentarios.
	—	—	Tito Livio.	—	—	Historia de Roma.
	—	—	—	Séneca.	—	Cartas a Lucilio, Libros de los Consuelos, etc.
	—	—	—	Epicteto.	—	Máximas.
	—	—	—	Marco Aurelio.	—	Máximas y Pensamientos.
	—	—	—	—	Papiniano y Ulpiano	Primera recopilación de leyes, hecha con pericia profesional.

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

168. — ¿Cómo se introdujo la cultura en Roma y porqué concluyó ella por tener propio sello y espíritu?
169. — ¿Qué novedad introdujeron los romanos en la arquitectura?
170. — ¿De qué monumentos de la Roma imperial, consérvanse en la actualidad ruinas o vestigios?
171. — ¿En qué superó al romano el arte griego y qué le dió a éste el arte romano?
172. — ¿Cuál fué el primer orador de Roma y porqué debe considerársele el primero?
173. — ¿Qué fué lo que hizo la personalidad literaria de Lucrecio?
174. — Aciertos y fallas de Salustio como historiador y calidades de Julio César en el mismo carácter.
175. — Méritos como poetas de Horacio, Virgilio y Ovidio.
176. — ¿A cuál de estos tres ilustres romanos, obsérvasele mayormente influenciado por la literatura griega?
177. — ¿Quién fué y qué hizo Tito Livio?
178. — ¿Porqué y cómo surgieron en Roma los juriconsultos?
179. — ¿Cuál es la época en que floreció mayormente la cultura en Roma?
180. — ¿Quiénes fueron y qué hicieron Lucano y Marcial?
181. — Sentido de la filosofía de que fué Séneca expresión.
182. — ¿Quién fué y qué produjo Epicteto?
183. — Marco Aurelio en sus teorías y en sus hechos.
184. — ¿Quiénes fueron y qué hicieron, Papiniano y Ulpiano?
185. — ¿Qué transformación se produjo bajo el Imperio en la sociedad romana?
186. — Vida del hombre, la mujer, los niños, los adolescentes y el pueblo, en la sociedad romana de esos tiempos.
187. — ¿Qué espectáculos se daban en el Circo y cuáles en el Anfiteatro?
188. — ¿Cómo se explica la complacencia del alma romana, en espectáculos como el martirio de los cristianos?

CAPITULO XI

EL CRISTIANISMO

Constantino y el Cristianismo. — Bajo Constantino, aparece por primera vez el Cristianismo, no resistido ni hostilizado por el poder público.

Se recordará la victoria que este Emperador obtuvo sobre Majencio, atribuída por él a la protección del cielo.

Lo que una vez dueño del mundo hizo Constantino en favor del Cristianismo, vamos a verlo en este capítulo.

Reseña de la evolución del Cristianismo en los primeros siglos. — La evolución del Cristianismo en los primeros siglos, había sido maravillosa.

Nacido de una doctrina que exigía toda clase de esfuerzos contra las humanas debilidades y a cuyo autor se le había dado muerte de Cruz, considerada en aquellos tiempos ignominiosa, comenzó por tomar cuerpo en el seno de las clases más humildes y desamparadas de la Palestina, rincón oscuro del mundo de entonces; pasó luego a las clases superiores y se propagó al fin por todas partes.

Si la mencionada doctrina hubiera nacido en Roma, cuya influencia dominadora se extendía a todos los ámbitos del universo; si hubiera halagado las inclinaciones del hombre a los placeres, a la soberbia, a las venganzas, a la molicie; y si la condición social de sus primeros adictos hubiera sido aquella que comporta para las personas prestigio y ascendiente, semejante crecimiento, que pronto rebalsó del Oriente para penetrar en el Occidente, habría sido un hecho no anormal.

Pero, producido en las condiciones a que nos hemos referido y, además, contra el riesgo y la pérdida misma de bienes y de vidas, según veremos, constituyó un fenómeno extraordinario, sin precedentes y de compren-

sión imposible dentro de las normas corrientes de la evolución de las ideas y los sucesos.

Situación moral del pueblo hebreo y del romano, al advenimiento del Cristianismo. — El pueblo hebreo había vivido de la esperanza mesiánica; o sea, de la promesa que recibiera, de un Redentor que reconciliaría al universo con la divinidad y glorificaría a Israel.

Esta era la situación moral del mencionado pueblo, al iniciar Jesús su vida pública.

Pero el mundo hebreo que llamaremos oficial, porque tenía las posiciones directivas del culto religioso y a su cargo la conservación de las tradiciones, no concebía los anuncios mesiánicos sino vinculados con el dominio terreno de Israel en el orbe. Esperaba un gran guerrero que sacara a los hebreos de la sujeción en que estaban respecto de Roma.

Ciertas señales concordantes con las Profecías que se habían manifestado en Jesús o Cristo, inclinaron en un principio al mundo oficial hebreo a considerar que Cristo podía ser el Mesías prometido. Mas dicha primera impresión cambió fundamentalmente al oír de los propios labios del Maestro que su reino no era de este mundo; y al observar que su predicación apartaba al pueblo del culto tradicional substituyéndolo por otro nuevo.

Jesús pasó a ser, entonces, un criminal que se atribuía el carácter de Mesías o Enviado de Dios, sin tenerlo. Y de ahí su proceso y suplicio.

En cuanto a la situación moral del pueblo romano, era la de una nación a la que habían hartado los goces materiales y que en sus clases de mentalidad superior presentía y ansiaba un algo que suprimiera el inmenso vacío de las almas.

Las intuiciones de Pitágoras, Sócrates y Platón sobre la existencia de un Dios único y de leyes para la conciencia, acogieronlas e hicieronlas propias las mayores celebridades romanas en las especulaciones del intelecto.

Cicerón escribió, como hemos visto, un tratado de moral.

En Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, nótanse también la preocupación y el anhelo de normas espirituales para la vida.

El dominio político y los placeres de la riqueza, no bastaban, pues, a juicio de ellos, para labrar la felicidad; y esto haría que el Cristianismo tuviera aspectos singularmente seductores para muchas inteligencias de Roma cultivadas en el estudio y trabajadas por la meditación.

La doctrina Cristiana. — No es posible delinear aquí, de una manera completa, un cuerpo tan vasto y armónico como el de la doctrina Cristiana. Pide eso un trabajo especial, que por otra parte escapa a la índole de este libro.

Diremos, pues, solamente, que la doctrina de Cristo se halla contenida en la segunda parte de la Biblia llamada "Nuevo Testamento", o sea: en los 4 Evangelios, en las Epístolas de San Pedro y San Pablo y en los demás escritos de los Apóstoles o las Sagradas Escrituras.

Y agregaremos lo esencial para el objeto de la presente Historia, que es dejar constancia de que la doctrina Cristiana creó un molde nuevo para la civilización.

En efecto:

Mientras las demás religiones antiguas y el mismo mosaísmo se desenvolvieron como cultos exclusivos de un pueblo o nación, el Cristianismo se presentó con el carácter de religión para toda la humanidad.

En tanto para Roma el individuo pertenecía al Estado, el cual poseía sobre él derechos omnímodos, para el Cristianismo la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas colocáronse sobre todo gobierno, cual ley punto menos que sagrada.

Para el concepto de la antigüedad, el trabajo era degradante. El Cristianismo lo ennoblecía, mostrándolo al mismo Salvador en el taller de Nazareth; y lo incluyó entre las obligaciones del cristiano.

La autoridad de los padres de familia era despótica en el hogar. El Cristianismo redújola a sus límites necesarios y justos, al propio tiempo de dignificar a la mujer hasta hacer que la compartiese.

Y, por último, mientras la esclavitud selló con tinta sombría todas las civilizaciones antiguas, el Cristianismo extendió sobre las víctimas de aquel flagelo social un manto de protección, obteniendo en la condición de ellas atenuaciones que traerían en el correr del tiempo su total liberación.

La propaganda de la doctrina. — La propaganda de la doctrina Cristiana encontró dos vehículos que, ni creados ex profeso, habríanle resultado más eficaces.

Fueron ellos: en Oriente, la organización, arraigo y difusión de la religión judaica, que había penetrado en todas sus capas sociales y preparaba el terreno para la germinación de la semilla doctrinaria esparcida por la palabra de Cristo; y en Occidente, el poder romano que había impuesto una sola lengua en las vastísimas zonas de su dominación.

Sin el mosaísmo y sin la lengua latina, que suprimía innúmeras barreras de incomprensión, el Cristianismo no habría podido propagarse tan rápidamente como se propagó.

Los apóstoles. — Los primeros propagandistas del Cristianismo fueron los discípulos que escogiera Jesús. designados después de su muerte con el nombre de Apóstoles.

Surge de esto un impresionante argumento en favor de la resurrección del Salvador, a la cual los Evangelios decláranla producida en el tercer día de su crucifixión.

Expresan los apogolistas cristianos que si la resurrección hubiese sido fraguada, por burlarse de alguna manera la vigilancia de los que tan interesados estaban en que no se produjese: guardianes del sepulcro y toda la vasta y enconada y sagaz clase sacerdotal judía. los discípulos del crucificado habrían tenido que participar en la superchería, o cuando menos conocerla; y que sería humanamente imposible hubieran salido de la medrosidad y abatimiento en que los sumió la prisión y muerte de su maestro, para sustentar un engaño que habría comenzado por hacer del mismo un vulgar impostor indigno de ser seguido, al no producirse la resurrección que

Cristo anunciara y prometiera. Agregan que también sería humanamente imposible, que el atán de engañar los hubiese llevado a los discípulos a sacrificarse por lo que ellos habrían sabido ser falso, de toda falsedad; y que lo certificarán a eso como verdadero al precio de su cabeza cual lo hicieron, puesto que todos padecieron muerte de mártires.

Por otra parte, en los primeros lustros subsiguientes a la crucifixión y resurrección de Cristo, cuando vivían todavía testigos presenciales de su predicación y de su pasión, existieron en Jerusalén, en todo el Oriente y en la misma Roma, núcleos de cristianos que creyeron cuanto creen los cristianos del presente.

Los Evangelios. — El relato de la vida, la doctrina y la pasión de Cristo está contenido en los Evangelios, que ya hemos dicho son cuatro y los escribieron San Juan y San Mateo, acompañantes del Maestro en los tres años de su vida pública; y San Marcos y San Lucas.

San Juan, además de su Evangelio, escribió el Apocalipsis, o visión personal de los tiempos últimos que sobrevendrán al acabarse el mundo. Esta visión es singularmente interesante, considerándola algunos autores como genial. San Mateo y San Marcos se particularizan, el uno por su sencillez y el otro por su prolijidad. Y en San Lucas, que era médico, nótase una precisión que denuncia las disciplinas científicas a que se ajustó su formación.

Si el análisis minucioso de las cuatro versiones, acusara discrepancias en detalles, como nada habríales sido más fácil a los Evangelistas que ponerse de acuerdo para decir exactamente lo mismo, desprenderíase que habrían puesto ellos la más estricta conciencia en lo que referían, no haciéndolo cada uno sino tal y cual vió u oyó relatar las escenas y con su estilo propio personal.

La Iglesia primitiva. — San Pablo, perseguidor que había sido de la fe cristiana y convertido a ella en las conocidas circunstancias de su viaje a Damasco, desarrolló una actividad estupenda en la predicación de la doctrina de Cristo; y su palabra, inflamada en un ardor extraor-

dinario, sacudió hasta la entraña a la sociedad pagana de su tiempo.

San Pablo no fué, sin embargo, el jefe de la Iglesia cristiana primitiva. El jefe fué San Pedro, que había sido instituido en tal carácter por Cristo antes de morir.

La iglesia cristiana primitiva reuníase en asambleas de fieles presididas por un Obispo, a objeto, en primer término, de recibir dichos fieles, el sacramento de la Eucaristía, o sea el cuerpo y sangre de Cristo según el significado de la institución de este sacramento.

Practicaban los cristianos de tal suerte la ayuda mutua, que parecían formar un solo corazón y una sola alma.

San Pedro, después de predicar el Evangelio en Antioquía, dirigióse a Roma estableciendo allí la sede del gobierno de la cristiandad, gobierno que ejerció por espacio de 25 años.

Los cristianos en Roma. — El Cristianismo no era conciliable con el culto de los dioses imperiales, que en Roma eran elemento de unidad política y fundamento creído indispensable del gobierno público.

La profesión de la fe cristiana resultaba, por esa razón, contraria a los intereses del Estado; y fueron anuncio de que éste no la toleraría, las voces que se echaron a rodar, desde los círculos paganos, atribuyendo al Cristianismo el ser enemigo del orden y de Roma, el reunirse sus adictos para urdir planes nefandos contra el bienestar y contra la salud del pueblo y hasta el adorar la cabeza de un asno, cargo este último del que dan prueba testimonial las caricaturas murales de Cristo encontradas en Pompeya.

Pero el Imperio reconocía los derechos de reunión, administración de bienes e inviolabilidad, a los colegios o gremios funerarios que se formaban para la organización de entierros y funerales. San Pedro hizo inscribir en los registros del Estado, como uno de tales gremios, a la Iglesia naciente que le tenía por jefe con el carácter de obispo de Roma; y, abonando el impuesto que regía para esos casos, adquirió la propiedad legal de las sepulturas que los cristianos construían en las Catacumbas, que no

eran sino galerías subterráneas abiertas en la ciudad, pequeñas y cortas en un principio y que se fueron ampliando hasta formar una vastísima red dentro de la cual se perdía la orientación sin el auxilio de conocedores o guías.

Fué en las Catacumbas donde durante los primeros tiempos practicaron su culto los cristianos de Roma; y donde encontraron asilo de relativa seguridad, cuando arreciaron las persecuciones y les dieron ellas tiempo para esconderse.

Los Cristianos y los Emperadores. — Para Roma los Emperadores tuvieron carácter divinal. La religión oficial equiparábalos a los dioses y les rendía culto. Así, pues, no adorar a los dioses de Roma, implicaba alzarse contra el imperio romano mismo.

Esta interpretación política de los deberes de la ciudadanía y la residencia en el imperio romano, puso desde un principio fuera de la ley a los cristianos, alzados de hecho contra los Emperadores por no adorarlos, aunque sólo los llevara en esto el propósito de rendir adoración exclusiva al Dios único en que creían, autor para ellos de la Vida y fundamento y esencia de la Verdad y el Amor.

Las persecuciones: sus causas. — Lo que antecede explica las persecuciones que se desataron contra los Cristianos y que ya hemos dicho fueron diez, no computando las que se desarrollaron de manera parcial por los subordinados de los Emperadores.

Obra estas persecuciones de una razón o causa política, su ineficacia en el sentido de modificar la resistencia cristiana a la adoración de los dioses del Estado, empujándolas hasta convertirlas en la expresión más acabada de odio y de crueldades que registra la historia.

Los Mártires. — Las persecuciones contra los cristianos duraron tres siglos y se calcula que produjeron seis millones de víctimas o mártires; figurando entre éstos San Pedro y San Pablo, crucificado el primero cabeza abajo porque se juzgaba indigno de morir al igual de Cristo; y decapitado el otro, en vista de que, por su ca-

lidad de ciudadano romano, no podía ser sometido a los suplicios que se consideraban arbitrados para la gente vil.

Progresos del Cristianismo: Constantino. — A pesar de todo, el Cristianismo progresaba. La sangre que se derramaba era semilla de más adictos de la nueva Fe, tan fervorosos y tan valerosos como los que los habían precedido.

Y llegó un momento delineado por Tertuliano con rasgos como de buril, cuando escribió dirigiéndose a los romanos: "Somos de ayer solamente, y ya llenamos cuanto os pertenece: ciudades, islas, guarniciones, municipios, asambleas y hasta los mismos campamentos".

Este es el momento en que aparece Constantino, para cambiar la faz de las cosas al iniciar en el mundo una era nueva y trascendental que nos corresponde señalar.

Reconocimiento oficial del Cristianismo bajo Constantino. — Esta era nueva y trascendental, consistió en la clausura de las persecuciones y el reconocimiento oficial del Cristianismo como religión que podía profesar libremente cualquier ciudadano romano.

El Edicto de Milán. — El reconocimiento a que aludimos, prodújolo Constantino por medio de un Edicto que se hizo famoso y suscribió él en Milán, en los comienzos del año 313.

Al amparo de esta resolución, el culto cristiano salió de las catacumbas y se mostró a la luz del día, surgiendo por todas partes templos y basílicas en una como florecencia gloriosa del Arte.

Ocho años más tarde, en 321, Constantino promulgó otro Edicto todavía más favorable para el Cristianismo, puesto que lo declaró religión oficial del Imperio Romano.

Teodosio suprimió más tarde al paganismo en el carácter de religión oficial del Estado, pasando a la Iglesia Cristiana los templos y privilegios del culto de los ídolos; Juliano intentó una reacción contra estas concesiones, que desapareció al desaparecer él; y entró después la religión del Crucificado a inspirar y presidir los destinos de nuestra civilización.

Concilio de Nicea. — Mientras la profesión de la fe cristiana no representó sino peligro y sacrificios, estuvo resguardada contra los elementos que pudieran buscar en ello el logro de humanas ventajas. Sólo se hacían cristianos, los que de veras amaban y comprendían la doctrina de Cristo. Pero cuando el Cristianismo quedó vencedor y dominante, junto con los conversos sinceros mezcláronse adictos que buscaban, antes que toda otra cosa, abrirse los caminos de la notoriedad.

Con este motivo comenzaron a mostrarse en el campo cristiano, sustentadores de teorías que no se ajustaban del todo a la doctrina evangélica y que hasta encamináronse a modificarla.

Entre los teorizadores de este género figuró un sacerdote de Alejandría llamado Arrio, que sorprendió a la familia espiritual cristiana con la tesis de que Cristo no había tenido carácter divino sino solamente el de intermediario entre el hombre y Dios.

Excomulgado Arro por los obispos del Egipto, despreció esas sanciones e hizo grupo aparte con los fieles orientales que le seguían, más o menos disimuladamente apoyado por el alto funcionarismo pagano que aun restaba en aquel país.

Dió lugar esto al primer Concilio o reunión universal de Pastores del Cristianismo, que fué el de Nicea, convocado en el año 325 y al que concurrieron 300 obispos.

El Concilio de Nicea condenó la herejía de Arrio y sancionó un Compendio de la Fe cristiana conocido con el nombre de "Credo", dictando además reglas diversas relativas a la jerarquía, a la disciplina y a la liturgia.

Organización de la Iglesia Cristiana. — Bajo San Pedro, tuvo su organización inicial la Iglesia Cristiana. Fué él quien nombró y consagró los primeros sacerdotes y los primeros obispos, los cuales fueron haciendo análoga cosa con los que los han sucedido hasta nuestros días.

Los sucesores de San Pedro son, como él, obispos de Roma y gobiernan la Iglesia con las facultades de Sumo Pontífice que aquél tuvo.

El Pontífice o Papa de la cristiandad tiene a su lado un cuerpo de colaboradores o asesores que es el gran Senado de la Iglesia. Se llama el Colegio Cardenalicio; y es el que provee a la vacancia del cargo, cuando ella se produce, con arreglo a procedimientos que están minuciosamente reglamentados y forman una especie de Código sagrado.

Los pontífices se manejan para el gobierno espiritual de la cristiandad, por medio de obispos que les están directamente subordinados y que son los jefes inmediatos de los sacerdotes, puestos a su vez a cargo de las parroquias o de las atenciones espirituales que los prelados les determinan.

Cada Obispado tiene su Senado constituido por el Cabildo de canónigos; y para las relaciones diplomáticas con los gobiernos, mantiene la Santa Sede, Nuncios, Internuncios y Delegados Apostólicos que, sin afectar la autoridad ni la jurisdicción de los obispos, desenvuelven el cometido de cultivar las relaciones de la autoridad pontificia con los Estados y tratar y resolver con ellos los asuntos de interés común.

Los cargos prelativos que confiere la Iglesia Cristiana son ad vitam, no habiendo influido en lo más mínimo sobre esta organización, sin duda alguna solidísima, las corrientes tan variables de los tiempos, pudiendo así aseverarse que la Iglesia Cristiana se gobierna, en la actualidad, lo mismo que cuando nació.

RESUMEN DE LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO

Crecimiento	Elementos que lo facilitaron	Transformaciones	La doctrina y sus fuentes	Organización
Nace en la Palestina, con la predicación de Jesús.	La religión mosaica, con su organización, arraigo y difusión, que preparaba el terreno para la germinación de la predicación de Cristo.	Religión para toda la humanidad, en vez de las comunes hasta entonces, que eran para un solo pueblo o nación.	Epístolas de San Pedro y de San Pablo.	San Pedro, Obispo de Roma y Sumo Pontífice de la nueva Iglesia.
Toma cuerpo en las clases humildes de todo el Oriente.	—	La libertad, la igualdad y la fraternidad, colocadas sobre todo autoritarismo, como ley punto menos que sagrada.	Evangelios de San Juan y San Mateo, acompañantes de Cristo en los tres años de su vida pública.	Inscripción del Cristianismo como Colegio o gremio funerario de Roma, con lo que adquiere la propiedad de las sepulturas de las Catacumbas.
Pasa a las clases superiores y se extiende al Occidente.	El poder romano, que imponiendo la lengua latina en las vastísimas zonas de su dominación, suprimió innumerables barreras de incompreensión.	Dignificación y ennoblecimiento del trabajo.	Evangelios de San Marcos y San Lucas, discípulos de los apóstoles.	Obispos y sacerdotes.
Aparece en Roma, ganando terreno a pesar de las persecuciones, hasta dar lugar a la famosa frase de Tertuliano.	—	Reducción de la autoridad de los padres de familia a sus límites necesarios y justos y equiparación de la mujer con el hombre al efecto de completa.	—	—
Edicto de Milán, reconociéndolo oficialmente.	La ansiedad que sentían las clases de Roma de mentalidad superior, de un algo que suprimiera el inmenso vacío de las almas.	Atenuaciones en la condición de los esclavos, que traían en el correr del tiempo su total liberación.	"Credo" de Nicea, Concilio o reunión universal de Pastores del Cristianismo que se reunió en el año 325 con asistencia de 300 obispos.	Sucesores de San Pedro hasta el presente, con sus mismos elementos coadyuvantes de obispos y sacerdotes, más los Nuncios, Internuncios y Delegados Apostólicos que acredita la Santa Sede ante los gobiernos.
Edicto del año 321, en que Constantino lo declara religión oficial.	—	—	—	—
Edicto de Teodosio, pasando a la Iglesia cristiana, los templos y privilegios del culto de los ídolos.	—	—	—	—

CUESTIONARIO PARA LA GIMNASIA DE SINTESIS

189. — ¿Qué caracteres tuvo la evolución del Cristianismo en los primeros siglos?
190. — ¿Porqué el mundo hebreo oficial dió la espalda y lo persiguió a Cristo?
191. — ¿Cuál era la situación moral de las clases de mentalidad superior de Roma, al advenimiento del Cristianismo?
192. — Transformaciones principales que trajo el Cristianismo.
193. — Factores que facilitaron su difusión.
194. — ¿Quiénes fueron los primeros propagandistas de la nueva Fe?
195. — ¿Qué contienen, cuántos son y qué características tienen los Evangelios?
196. — Cómo se estableció la Iglesia primitiva.
197. — ¿En qué forma consiguió darle San Pedro aspecto legal a las reuniones de los cristianos?
198. — ¿Porqué se produjeron las persecuciones y porqué se emborrecieron hasta ser lo que fueron?
199. — ¿Cuándo se produjo el reconocimiento oficial del Cristianismo y qué otro hecho trascendental subsiguio a éste pocos años después?
200. — ¿Qué fué y qué hizo el Concilio de Nicea?
201. — ¿Cómo se desenvolvió desde entonces la Iglesia Cristiana y cómo se gobierna ella hoy?

Tiempos primitivos	La República	Las Conquistas	Guerras Púnicas	
<i>Pobladores:</i> Fenicios, Etruscos, Griegos, Galos, Umbríos, Samnitas y Latinos. <i>Reyes:</i> Rómulo, Numa Pompilio, Tulio Hostilio, Anco Marcio, Servio Tulio, Tarquino el Soberbio. <i>Sacerdocio:</i> Pontífices, Flámines, Feciales, Lupercos, Salios, Vestales, Augures y Arúspices. <i>Ejército:</i> Decurias, Centurias, Manipulos, Cohortes, Batallones, Legiones. —	<i>Gobierno:</i> Cónsul, Dictador, Senadores, Asambleas, Tribunos, Ediles, Decenviros, Pretores y Ediles Curules. <i>Cónsules:</i> Bruto y Tarquino Colatino. <i>Situación social:</i> Los plebeyos sin derechos. <i>Romanos famosos de este período:</i> Mucio Scévola y Menenio Agripa. —	<i>Guerras:</i> De Albania, con los etruscos, volscos, ecuos y latinos, con los galos, con los samnitas y con los griegas del Sur. <i>Figuras salientes:</i> Tulio Hostilio, el Dictador Camilo, Manlio, Decio, Curio Dentato y Pirro. <i>Resultados para Roma:</i> Conquistas del Lacio, Etruria, Galia Cisalpina, los Abruzzos y la Magna Grecia. — —	1.^a Victorias romanas de Míkenas y Ecnome. Victoria cartaginesa contra Régulo. Victoria romana de las Islas Egates. 2.^a Paso de los Alpes por Aníbal, y victorias cartaginesas del Tresint, el Trebia y Cannas. Reconquista romana de Sicilia y Siracusa y victorias de Roma hasta la de Zama. 3.^a Sitio de Cartago, su destrucción y victorias romanas en Macedonia, Grecia, Siria y España.	P. 1. 2.

RESUMEN DE LA HISTORIA DE ROMA

Presidencia de la República	Guerras civiles	César	El Imperio	Roma después de Augusto	El Imperio y la Cultura	El Cristianismo
la desfiguración democrática y la corrupción política contra las cualidades de la república, una reacción:	<i>Figuras culminantes:</i> Mario y Sila. <i>Actuantes que también se destacan:</i> Cintra y Mario el Joven, Lépido, Pompeyo, Craso y Cicerón. <i>Victorias:</i> De Mario, contra Yugurta, y contra los cimbrios y teutones. De Sila, contra los Confederados itálicos, contra Mitridates y en Asia y en Grecia. De Pompeyo y Craso: contra Sertorio y contra Espartaco. De Cicerón: contra Catilina.	Inicia su acción pública como Edil y dirige con fortuna una expedición militar en España. Es nombrado Cónsul. Conquista las Galias. Desobedece al Senado y pasa el Rubicón. Vence a Pompeyo en Farsalia. Vence a Farnaces, hijo de Mitridates. Deshace en Thapso a los pompeyanos. Es nombrado Dictador Perpetuo. No persigue a sus enemigos, emprende grandes obras de Estado y moraliza la justicia y la administración. Muere en la conjuración de Casio y Bruto.	Llega Octavio a Roma a los 19 años, reclama el gobierno como sobrino e hijo adoptivo de César; y no para hasta obtenerlo y hacerse dueño del mundo. Hácese elegir Tribuno, Censor, Sumo Pontífice y Presidente del Senado. Adopta el nombre de Augusto. Llena su época con una vastísima acción que lleva al Imperio a la más grande prosperidad. Muere a los 76 años, 14 después del nacimiento de Cristo.	Emperadores de la dinastía de Augusto: Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón. De la de los Flavios: Vespasiano, Tito y Domiciano. De la de los Antoninos: Nerva, Trajano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio y Cómodo. Emperadores subsiguientes: Pertinax, Lucio Septimio Severo, Caracalla, Heliogábalo, Alejandro Severo, Maximino y Decio.	<i>Monumentos:</i> El Foro, el Capitolio, Panteón de Agripa, Arcos de Tito, Septimio Severo y Constantino, Teatro de Pompeyo, Coliseo, Circo Máximo, Termas de Caracalla y Diocleciano. <i>Oradores:</i> Cicerón. <i>Poetas:</i> Lucrecio, Horacio, Virgilio, Ovidio, Lucano, Marcial. <i>Historiadores:</i> Salustio, César y Tito Livio. <i>Filósofos:</i> Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. <i>Jurisconsultos:</i> Papiniano y Ulpiano.	Nace en la Palestina con la predicación de Jesús. Toma cuerpo en las clases humildes de todo el Oriente. Pasa a las clases superiores y se extiende al Occidente. Aparece en Roma, ganando terreno a pesar de las persecuciones, hasta dar lugar a la famosa frase de Tertuliano. El Edicto de Milán lo reconoce oficialmente. En un Edicto posterior, Constantino lo declara religión oficial. Finalmente Teodosio pasa a la Iglesia Cristiana, los templos y privilegios del culto de los ídolos.

INDICE

CAPITULO I TIEMPOS PRIMITIVOS

	Pág.
Italia	13
Descripción geográfica	13
Situación	14
Divisiones de Italia	14
El suelo	14
El clima	14
Las costas	15
Primitivos habitantes	15
Principales pueblos	15
Los etruscos y su civilización	16
Los latinos	18
Fundación de Roma	18
Leyendas	18
Muerte de Remo	20
Las Sabinas	20
Muerte de Rómulo	21
Epoca monárquica	21
Tradiciones sobre los Reyes	21
Organización social	24
La familia	24
La "gens"	25
Patricios, plebeyos, clientes: su situación respectiva	25
Religión	25
Religión pública y privada	26
Los grandes dioses y los héroes	26
Principales dioses magnos	27
Dioses familiares	27
El culto	28
Los sacrificios	29
Los sacerdotes	29
Los presagios	31
El ejército	31
Su organización	32
La legión	32
El armamento	33

	Pág.
El orden de batalla	36
La disciplina	36
El triunfo	36
Fundación de Colonias Militares	37
Resumen de la historia de los tiempos primitivos de Roma ...	35
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	39

CAPITULO II

LA REPUBLICA

Organización política de Roma en esta época	41
El Consulado	41
La Dictadura	43
El Senado	43
Las Asambleas	44
Aspiraciones de los plebeyos	44
La lucha por la igualdad	45
La adquisición de derechos	46
Los tribunos: sus derechos y prerrogativas	46
La igualdad ante la ley	47
Ley de las doce tablas	49
Igualdad social	49
Igualdad política	51
Igualdad religiosa	51
Triunfo de los plebeyos: consecuencias	51
La sociedad romana al terminar la lucha de los dos órdenes ...	51
Cuadro demostrativo de la lucha entre patricios y plebeyos en la antigua Roma	48
Resumen de la historia de los primeros tiempos de la Re- pública en Roma	50
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	53

CAPITULO III

EPOCA DE LAS CONQUISTAS

Conquistas en Italia anteriores a las guerras púnicas	55
Conquista del Lacio	57
Guerra con los etruscos	57
Toma de Veyes	57
El estipendio militar	58
Guerra con los galos	58
Guerra con los samnitas	58
Guerra con los griegos del Sur	61
Pirro	62
Resumen de la historia de la época de las conquistas en la antigua Roma	60
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	64

CAPITULO IV

GUERRAS PUNICAS

Pág.

Romanos y cartagineses	65
Origen de Cartago	65
Posición de Cartago en el Mediterráneo	65
Carácter de Cartago	66
Organización política	66
Extensión del dominio cartaginés	67
Fuerzas respectivas de Roma y de Cartago	67
Causas lejanas y causas próximas de las guerras púnicas	68
Primera guerra	69
Batalla de Mícnas	69
Los romanos en África	69
Combates en Sicilia	70
Triunfo de los romanos	71
Fin de la primera guerra	71
El tratado de paz	71
Resultado de la primera guerra	71
Roma y Cartago durante la tregua	71
Extensión de las conquistas de Roma	72
Los cartagineses en España	72
Amílcar	73
Segunda guerra púnica	74
Aníbal	74
Antecedentes biográficos	74
Aníbal en España	74
Causas de la segunda guerra	75
Expedición de Aníbal a Italia	75
Dificultades de la empresa	76
Paso de los Alpes	76
Combates en el norte de Italia: sus resultados	76
Fabio Constator	77
Batalla de Cannas	78
Importancia de la batalla de Cannas	78
La estrategia de Aníbal	78
Situación de los romanos, después de Cannas	79
Movimientos de Aníbal	80
Aníbal en el Sur de Italia	80
Estado de sus fuerzas	81
La actitud de Cartago	82
Escipión en África	82
Zama	83
Sumisión de Cartago	84
Últimos años de Aníbal	84
Juicio sobre Aníbal y sus hechos	85
Tercera guerra púnica	85
Destrucción de Cartago	86
Consecuencias de las guerras púnicas	88
Extensión de las conquistas romanas en Oriente	90
Conquista de Macedonia	90
Conquista de Grecia	90
Conquista de Siria	90
Consecuencias	91

	Pág.
El helenismo en Roma	91
Extensión del poder romano al terminar las guerras	91
Organización de los países conquistados	91
Resumen de la historia de las guerras púnicas	89
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	92

CAPITULO V

DECADENCIA DE LA REPUBLICA

Estado social y político de la República, al advenimiento de los gracos	93
La sociedad romana	93
La nobleza de nacimiento y por los honores	94
Los caballeros	94
Los esclavos	95
Situación respectiva	95
La vida privada	95
La familia	96
Situación de la mujer	96
El matrimonio	97
La vida política	98
Los magistrados	98
Cónsules	99
Censores	99
Pretores	99
Cuestores	99
Ediles	99
Senado	99
Comicios	100
La Cámara de los Honores	101
Transformación de las costumbres en Roma	101
Destrucción de la clase media: sus resultados	101
Manumisiones de esclavos	102
Corrupción política	102
Decadencia de las instituciones republicanas	103
Comicios, Senado	103
El desorden en el interior: las provincias y su administración	103
Los Procónsules: sus abusos	104
Los publicanos	104
Situación de los habitantes de provincias	105
Los gracos y sus reformas	105
Tiberio Graco: leyes agrarias	105
Oposición de la nobleza	106
Muerte de Tiberio	106
Cayo Graco	107
Ley frumentaria: fundación de colonias	107
Proyecto de concesión de ciudadanía a los latinos	107
Otros proyectos	109
Muerte de Cayo Graco	109
Juicio sobre los gracos y sus reformas	110
Resumen de la historia de la decadencia de la República	108
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	111

CAPITULO VI

EPOCA DE LAS GUERRAS CIVILES

Mario: su carácter y tendencias políticas	113
Guerra contra Yugurta	113
Guerra contra los bárbaros (cimbrios y teutones)	114
La acción de Mario	115
Popularidad de Mario: Consulados sucesivos	116
Sila	116
Su carácter y tendencias políticas	116
Guerra con los confederados itálicos: sus resultados	116
Rivalidad de Mario y Sila: su causa	117
Luchas de Mario y Sila en Roma	117
Huida de Mario	117
Primera guerra contra Mitridates	118
Sila en Grecia y en Asia	118
Regreso de Mario a Roma: su muerte	118
Sila en Roma: dictadura y proscripciones	119
Pompeyo: sus condiciones y tendencias	119
Pompeyo en España	121
Craso	121
Segunda guerra contra Mitridates	122
Lúculo y Pompeyo en Asia	122
Consulado de Cicerón	123
Conjuración de Catilina	123
Resumen de la época de las guerras civiles en Roma	120
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	124

CAPITULO VII

EPOCA DE CESAR

El primer triunvirato	125
César: sus antecedentes biográficos	126
César: sus tendencias políticas	126
Distribución de las provincias entre los triunviros	126
César y la conquista de las Galias	127
Los galos: sus costumbres, estado social y político	127
Intervención de César en los asuntos de las Galias	127
La conquista: breve reseña	128
Sublevación general de los galos	128
Vercingetórix	128
Triunfo de César	129
Rivalidades entre César y Pompeyo	129
Estado de Roma durante la ausencia de César	129
La acción de Pompeyo	129
Actitud de César	129
Paso del Rubicón	130
La guerra civil: Farsalia	130
Muerte de Pompeyo	131
César en Egipto	131

	Pág.
César en Asia, Africa y España	131
Dictadura de César	132
Reformas y proyectos de César	132
La conjuración	133
Muerte de César	133
Juicio sobre César y sus hechos	134
Octavio en Roma	134
Segundo triunvirato	135
Las proscripciones	136
Guerra contra los asesinos de César	136
Antonio en Oriente	138
Ruptura entre Octavio y Antonio	138
Batalla de Accio: sus consecuencias	138
Resumen de la época de César	137
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	140

CAPITULO VIII

EL IMPERIO

Causa de su establecimiento	141
Augusto: antecedentes biográficos	141
La absorción de los cargos republicanos	141
Títulos honoríficos concedidos al Emperador	142
Régimen imperial	143
Atribuciones del Emperador: el Consejo Privado	143
Principales miembros del Consejo Privado	143
Mecenas	143
Atribuciones del Senado	144
Creación de nuevas instituciones	144
Guardia pretoriana	144
Prefectura de víveres	144
Prosperidad económica del imperio	144
El Fisco y el Erario	144
La administración de las Provincias	145
Reformas y mejoras	145
La paz romana	145
El imperio en el exterior: estado de la Germania en la época de Augusto	137
Guerras con los bárbaros	147
Últimos años de Augusto	148
Muerte del Emperador	148
La apoteosis	148
Juicio sobre Augusto y su obra	149
Resumen de la historia de los primeros tiempos del Imperio en Roma	140
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	150

CAPITULO IX

ROMA DESPUES DE AUGUSTO

Reseña de los Emperadores de la familia de Augusto	151
Sus condiciones respectivas y hechos más salientes	151

	Pág.
Los Flavios	153
Acción de Vespasiano en el interior y exterior del imperio ..	154
Los Antoninos	154
Mención de los Emperadores más notables de esta familia ...	154
Adriano: sus reformas políticas y administrativas	156
Estado del imperio en la época de los Antoninos	156
Decadencia del imperio	156
La anarquía militar	157
Reorganización del imperio	158
Diocleciano	159
Constantino	160
Fundación de Constantinopla	160
Organización de la monarquía imperial	161
Sucesores de Constantino	162
Teodosio	163
La división del imperio y su duración respectiva	164
Resumen de la historia de Roma después de Augusto	165
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	167

CAPITULO X

EL IMPERIO Y LA CULTURA

Resumen de la cultura bajo el imperio: cultura artística ...	169
Los monumentos	169
El Foro	170
El Capitolio	170
Templos, arcos de triunfo, columnas, teatros y circos	170
El Coliseo	171
Termas y acueductos	171
Caracteres generales del arte romano	171
Desarrollo de las letras	172
La literatura a fines de la república	172
Oratoria: Cicerón	172
Poesía: Lucrecio	173
Historia: Salustio, César	173
Carácter e importancia de sus obras respectivas	173
Las letras en la época de Augusto	174
Los grandes poetas: Horacio, Virgilio, Ovidio	174
Naturaleza y valor de sus obras	174
Sus relaciones con la literatura griega	175
La historia: Tito Livio	176
La jurisprudencia	176
La cultura entre la época de Augusto y la de los Antoninos ..	177
La literatura: Lucano, Marcial	177
Filosofía: Séneca, Epícteto, Marco Aurelio	178
La jurisprudencia: Papiniano, Ulpiano, etc.	179
Las costumbres bajo el imperio	180
La sociedad romana	180
La vida social en Roma	180
Los espectáculos	182
El Anfiteatro	182

	Pág.
Resumen de la historia del imperio y la cultura	184
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	185

CAPITULO XI

EL CRISTIANISMO

Constantino y el Cristianismo	187
Reseña de la evolución del Cristianismo en los primeros siglos	187
Situación moral del pueblo hebreo y del romano, al advenimiento del Cristianismo	188
La doctrina Cristiana	189
La propaganda de la doctrina	190
Los apóstoles	190
Los Evangelios	190
La Iglesia primitiva	191
Los cristianos en Roma	192
Los cristianos y los emperadores	193
Las persecuciones: sus causas	193
Los mártires	193
Progresos del cristianismo: Constantino	194
Reconocimiento oficial del cristianismo bajo Constantino ...	194
El Edicto de Milán	194
Concilio de Nicea	195
Organización de la Iglesia cristiana	195
Resumen de la Historia del Cristianismo	197
Cuestionario para la gimnasia de síntesis	198

MAPAS

Italia Antigua.
 Italia Meridional.
 Italia Septentrional.
 Roma y sus siete colinas.
 Guerras Púnicas.
 Imperio Romano (en tiempo de Augusto).
 Imperio Romano (en tiempo de Diocleciano).
 Imperio Romano (en tiempo de Constantino).

